

AVES DE ESTANZUELA

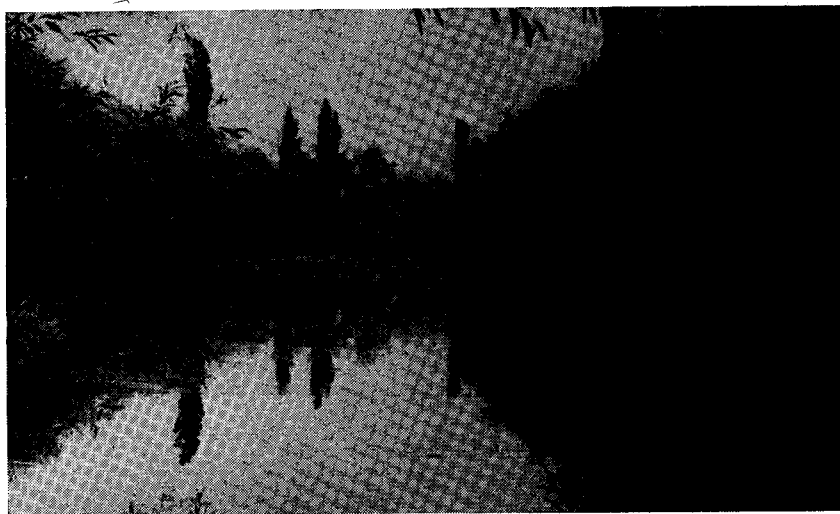
SAN LUIS

Por JORGE CASARES

Estanzuela es una antiquísima estancia, cuyo origen remonta al promedio del siglo XVIII, adquirida por los jesuitas, allá por el año de 1753, en virtud de una donación de los herederos de Toro Mazote, con lo cual agregaron un vasto fundo más, de una superficie aproximada de veinticinco leguas cuadradas, a los numerosos dominios, realmente feudales, explotados y gobernados por la poderosa y progresista Compañía, en el territorio, luego (1776), del Virreinato del Río de la Plata. Los emprendedores misioneros sin tardanza levantaron construcciones de piedra y adobe, plantaron viñas y nogales, poblaron con ganado los pastosos valles circundantes, y organizaron la distribución de las aguas para el riego, de lo cual dá testimonio la represa, de ciento cincuenta varas por cincuenta, conservada intacta, y cuyas aguas de vertiente mantienen su frescura bajo la sombra de sauces robustos y copudos. En la actualidad su extensión se encuentra disminuída por sucesivos fraccionamientos, pero queda el casco principal, con más de ocho mil hectáreas, propiedad de don Ezequiel Real de Azúa y señora, en el cual se conservan buena parte de las antiguas « poblaciones », de anchos muros dobles, y rastros de lo que fuera capilla de sólidos cimientos de granito, rodeadas por pirca de lajas, y cruzadas por acequias que riegan la huerta y los alfalfares próximos. Dentro del perímetro del actual establecimiento han quedado las caleras, cuyo horno, en un altozano de la sierra homónima, levanta su pétrea muralla con arco rebajado y con almenas, como baluarte medioeval; y escondidos entre el monte se apilan, formando las paredes de una pequeña habitación, grandes bloques de blanquísimo mármol, producto de una cantera hoy inexplorada. En la parte sur, en lo más escabroso de la misma serranía, tuve la singular fortuna de individualizar una « casa de piedra », vivienda de los misteriosos y extinguidos indios Comechingones, sobre la cual daré luego algunos detalles.

TOPOGRAFÍA. — Hacia el norte se extiende la parte más llana y apropiada para la cría de ganado, por la abundancia y calidad de los pastos,

donde el « guampudo »¹, multicolor y esquelético vacuno de la época jesuítica está reemplazado por rollizos ejemplares mochos de la raza *Aberdeen-Angus*, uniformemente retintos, y las ovejas criollas de luengo cráneo combado y de cerdosa lana, por las *Corriedales* de vellón largo, tipo *Lincoln*, con finura cercana a la del merino, reciente producto de la ganadería neozelandesa, resultado obtenido por cruzamiento y selección².



La represa.

(Foto del autor).

La situación precisa de Estanzuela se puede establecer, fijando « las casas »³ como punto, en el cruce de los 32°50' de latitud sur y los 64°55' del meridiano W. de Greenwich, a unos 840 m sobre el nivel del mar. Está flanqueada en su límite del poniente por las sierras de Tilisarao — que han dado nombre a la vecina estación del Ferrocarril Buenos Aires al Pacífico — y en su parte central se alzan las llamadas, también, de Estanzuela, cuya mayor altura — cerro del Molle — se aproxima a los mil metros. Estas sierras forman los contrafuertes de la prominente cadena de los Comechingones, eje del sistema orográfico central del país, línea divisoria entre Córdoba y San Luis, en la cual se yerguen sucesivamente altos picos con nombres de colores — negro, moro, verde, de oro, blanco — algunos de los cuales sobrepasan los 2000 metros,

¹ Argentinismo, por cornudo, de grandes cuernos: *guampa* = asta, cuerno; palabra en uso también en los estados ganaderos del Brasil, pero vocablo tomado, según Beaurepaire-Rohan, del Río de la Plata; se le da origen quichua, pero no está comprobado.

² En Nueva Zelandia se estableció el registro de experimentos en 1903; se oficializó la raza en 1905, y en la Argentina en 1915.

³ Denominación del paisano argentino, así en plural, para su hogar, aunque sea un rancho solitario, y con mayor razón cuando está formado, como generalmente lo está, por varias construcciones.

para rematar en 2880 con el cerro Champaquí, dentro ya de la provincia de Córdoba.



Frente este de la casa principal.

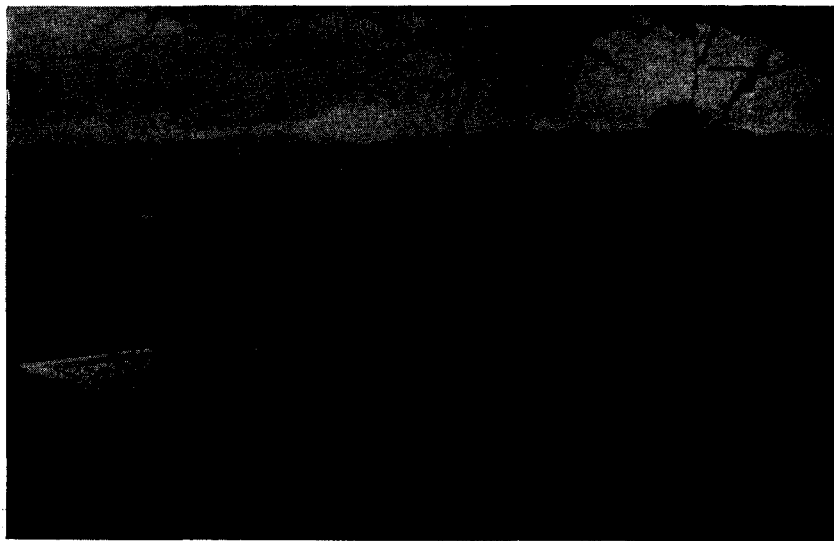
(Foto del autor).



Frente oeste de la casa principal. Antiguo granero y galpón de la esclavatura. (Foto del autor).

FLORA. — La flora es la típica serrana, cuya mayor lozanía se produce cuando está protegida por la falda montañosa, en los rincones donde

abundan las corrientes de agua, absorbidas luego en el llano por el suelo arenoso, en los cuales – Los Molles, Papagayos, Villa de Merlo, Piedra Blanca, – a lo largo del camino llamado de la Costa, porque « costea » la sierra, se perfilan a la distancia por sobre el arbolado vernáculo los altos abrigos de álamos, síntoma seguro de huerta y de acequia. La vegetación ofrece como característica la abundancia de palmeras [*Trithrinax campestris* Burmeister], las de tallo recubierto, de arriba abajo, por fibrosa capa uniforme de caduca hojarasca, sobre el cual elevan el tupido penacho de las hojas, como inmensas pantallas, en algunos casos aislados



Antiguo horno de la Calera.

(Foto del autor).

hasta los ocho metros de altura, cuando están favorecidas por la proximidad de un arroyuelo o de un *guaico*, como llaman en la región a la laguna formada por las lluvias¹. Las plantas, en gran parte las mismas de la zona pampeana de San Luis, son de crecimiento más decidido en Estanzuela, y algunas de ellas, en suelos más secos simples arbolillos, pasan a desarrollo de árboles. Entre éstos ocupa sitio preeminente el *Chañar* [*Gourliea decorticans* Gill], de fruta como una manzanita verde cuando pintona – en sazón rojiza – con pulpa blanca, compacta y aceitosa, de gusto áspero aunque no desagradable al paladar, y bien visible entre las apretadas hojas de un tinte azulado; el tronco es liso y de corteza verde brillante, desprendida en los ejemplares viejos en grietas grisáceas, particularidad, ésta – descortezante, *decorticans* – especifi-

¹ Palabra quichua: Mossi; Dic. Quichua-Cast. Sucre, 1857-60. «Huaycco... y cualquier canal, o cosa ahondada de avenidas». En Catamarca equivale a «zanja o cañadón», según Lafone Quevedo

cada en la nomenclatura. Su presencia, generalizada en una vasta zona, ha dado motivo a un botánico¹ para establecer una « estepa del chañar ». Pero uno de los más airosos y elegantes árboles es el *Algarrobo Blanco* [*Prosopis alba* Grisebach], con sus ramas que se estiran ondulantes, cubiertas por un follaje llorón, hasta formar la copa de mayor amplitud en aquel monte, de la cual penden vainas retorcidas, regalo para los moradores autóctonos que las transforman en *aloja*. El *Algarrobo negro* [*Prosopis nigra* Hieron.], primo hermano del anterior, aunque menos alto, está más difundido y abunda en los valles, donde constituye, por sus legumbres azuladas, alimento apreciado por la hacienda, y por los hombres



Palmeras.

(Foto del autor).

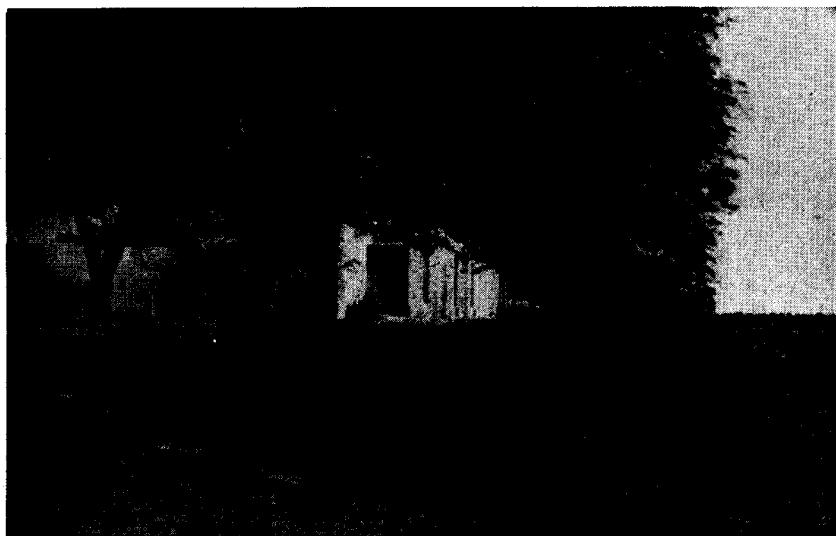
convertidas en pan de *patay*². Existe también el *Calden* [*Prosopis algarro-billa* Grisebach], de fornido tronco y hojillas claras, riqueza forestal por su madera dura, sobre todo en buena parte de la Pampa, propiamente dicha, denominada por alguno « zona del Calden »³. El *Peje*, conocido en el litoral por *Sombra de toro* [*Jodinia rhombifolia* (Hook y Arn.)], de hojas romboidales espinosas, no alcanza la corpulencia de los del Uruguay, donde es símbolo nacional. El *Espinillo* [*Acacia cavenia* Hook y Arn.], de fragantes glóbulos gualda, es algo distinto del corriente en el litoral

¹ Grisebach.² *Aloja*, bebida fermentada, y, por lo tanto, alcohólica. *Patay*, dulce en pasta. *Hacienda*, argentinismo por *ganado*, aunque de origen castizo, porque es de uso en Salamanca, nada menos, como quien dice en la mismísima Castilla la Vieja.³ Homberg.

y puede confundirse con la *Tusca* [*Acacia lutea* Mill.], distinguible ésta, sin embargo, por sus largas espinas blancas.

Entre los arbustos la *Jarilla* [*Larrea divaricata* Cav.] es una de las más abundantes, de hojas pequeñas y apretadas flores amarillas con un tenue olor a iodoformo, entre diminutos escobillones blancos, frutos en ciernes, y con troncos ramificados que se aprovechan como varillas en los alambrados locales.

Las quebradas, aún en el otoño, se colorean con el azul de una *pasionaria* [*Passiflora foetida* Linné ?], más erguida y leñosa que la bonaerense [*Passiflora cerulea* Linné], y con una diminuta *Flor de papel* [*Zinnia* sp.],



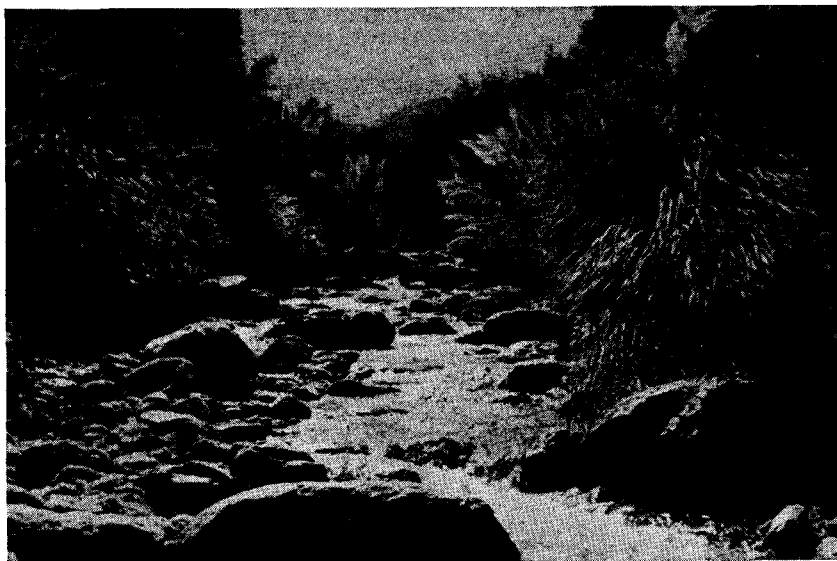
Algarrobo blanco.

(Foto del autor).

color de ladrillo. En las laderas los *hachones*, como allí llaman a ciertos cactus, reiteran su floración en el mes de Abril, el uno [*Trichocereus candicans* (Gill.)] en repetidas corolas, como platillos, de un blanco luminoso realzado por pesada borla de estambres dorados, y el otro [*Cleistocactus Baumannii* Lem.], en una corona encendida en rojo azulado, pegada al maslo espinoso. Entre los epifitas, además de las *Flores del Aire* [*Tillandsia* Spes.], blancas o escarlatas, se destaca la *Liga* [*Psittacanthus cuneifolius* (R. y P.)] con sus racimos casi perennes de flores tubulares coloradas, refugio y alimento de picaflores, como es en Nahuel Huapí el *Quintral* [*Phrygilanthus etrandus*], en torno al cual zumba, en enjambres, el colibrí araucano [*Eustephanus galeritus* Molina].

En los arroyos — bordeados por los plúmosos penachos de la *cortadera*, cuyas hojas filosas se deslizan en cascada verde-mar hacia la orilla —

los berros, el de flor blanca suave al paladar y el de flor de mostaza suculentoy picante, tiemblan entre los cabrilleos del agua descendente sobre el fondo guijarroso; en las praderas embalsaman el aire las yerbas olorosas, indígenas o aclimatadas, todas silvestres: el *poleo*, el *tomillo* la *peperina*, el *romerillo* y las mentas diversas: la *acuática*, la *piperita* y la *yerba buena*, mientras los potreros se colorean de heliotropo con las fragantes flores de la *yerba de la cabra*, y de amarillo con las corolas del *macachín* ¹.



Arroyo comarcano.

(Foto Gavio).

AVIFAUNA. — Las sierras de Córdoba y San Luis, en términos generales, fueron incluidas por Dabbene en la zona de la Avifauna Andina, de la cual es típico representante el Cóndor [*Vultur gryphus* Linné], cuyos majestuosos planeos pueden contemplarse, aún al este, en el Departamento de Punilla, por ejemplo, donde he visto a un grupo girar en espirales a gran altura, sobre un cerro próximo al Río Tinto, llamado de los Cóndores, el mismo nombre dado, por otra parte, a la más aislada y puntiaguda prominencia (1430 m) de una de las diez que forman el curioso conglomerado, de variada formación geológica, llamado El Morro, a unos 60 km al SW. Pero en Estanzuela, si bien existen especímenes de la zona Andina, predominan, a primera vista, las aves bonaerenses:

¹ Cortadera: *Cortaderia argentea*; Berros: *Cardamine* spec.; Poleo: *Lippia turbinata*; Tomillo: *Hedeoma multiflora*; Peperina: *Bystropogon molle*; Romerillo: *Heterothalamus bunioides*; Menta acuática: *Menta aquatica*; Menta piperita: *Menta piperita*; Yerba buena: *Menta rotundifolia*; Yerba de la cabra: *Heliotropium veronicifolium*; Macachín amarillo: *Oxalis corniculata*.

el tero, el hornero, el benteveo, la tijereta, el picaflor verde, el ovejero, y muchas otras más, a las cuales se agregan subespecies propias de la región y hasta alguna del noroeste argentino. Existe, por consiguiente, el atractivo de la afluencia y superposición de aves de zonas distintas.

Ahora bien; a esta reseña no se le debe dar más alcance que el de una serie de ligeras y fragmentarias indicaciones, porque es el resultado de dos breves permanencias de ocho días cada una, sin más arma que un prismático, con lo cual, naturalmente, sólo puede llegarse a conclusiones parciales e incompletas.

Van, pues, a continuación, las notas apuntadas en la libreta al azar de mis propias comprobaciones y del comentario del joven capataz Lucio Yrusta, puntano apegado a su terruño, atento observador¹. Agregó rasgos de plumaje y de « comportamiento » para facilitar al aficionado la identificación de las aves, por si con ellas se encuentra, y una que otra referencia adicional para hacer más llevadera la lectura; en la enumeración sigo, para comodidad de los técnicos, la disposición de los órdenes y las familias de Wetmore y Peters (1930), perfeccionadores del sistema de Sharpe (1891), emanado a su vez del de Huxley (1867).

En las partes llanas, particularmente en las cubiertas por los llamados pastos fuertes (*Stipa* Spc.), circulan, además del avestruz, las perdices, así bautizadas por los españoles, en la época de la conquista, debido a su semejanza con sus tocayas las europeas; nombre, por cierto, inapropiado, que ha sustituido al eufónico *Inambú*, de los Tupí-guaraníes, el mismo que Buffon (1778) transformara en *Tinamou*, generalizado luego en Europa para los individuos de esta familia (*Tinamidas*); familia, por otra parte, tan distanciada de las gallináceas, que en la sistemática actual figura reunida en un superorden con los aves-trueces, nada menos, grupo reducido de la más rancia prosapia, porque remonta su origen hasta empalmar con los reptiles, por la estructura de su paladar y otras particularidades anatómicas.

1. **Avestruz.** — *Rhea americana albescens* Lynch Arribálzaga y Holmberg. En las llanuras de la región se encuentran tropillas de ñandúes, la mayor de nuestras aves, en trote acompasado, mostrando el blanco del cuerpo al levantar las alas en movimientos compensadores de la marcha. No es necesario describirlo por demasiado conocido; recordemos, sin embargo, que es menor en tamaño que el sudafricano; que tiene tres dedos, uno más que el señor del grupo; que sus plumas modestas se quedan en plumero sin conseguir figurar en las cortes reales. El macho tiene el cuello más negro que las hembras; éstas ponen sus enormes huevos en

¹ Puntano: Natural de San Luis de la Punta, agregado este último de la época colonial, para distinguirlo de las tantas poblaciones homónimas. La capital de la provincia se encuentra al pie de la "punta de los Venados" de la sierra de su mismo nombre. De ahí *puntanos*.

sociedad, porque varias los depositan en el mismo nido, hasta juntar 30 ó 40 — Hudson dice que se encuentran hasta 60 — sobre los cuales se echa el macho, ejemplo de paternidad y de cooperación conyugal, para empollarlos. A los pequeños se les llama *charas*, *charitas*, *charabones*, y a los grandes, además del *ñandú* guaraní, *suri* en las provincias de influencia quichua; *choique* en las de araucana, aunque este nombre debe reservarse para el avestruz de la Patagonia. La variedad argentina tiene el pescuezo más negro y el tarso más largo que la uruguaya; existe, además, la variedad brasileña: en total tres subespecies. Últimamente se habla de dos más: una del Matto-Grosso (Brasil) y otra del Paraguay, al este del río del mismo nombre; no incluyo, naturalmente, en esta enumeración las dos especies del avestruz petizo, de género distinto, la patagónica [*Pterocnemia pennata* (D'Orbigny)], conocido por de Darwin, y la otra de los altiplanos argentino y boliviano [*Pterocnemia pennata garleppi* Chubb].

PERDICES. — Pude comprobar la existencia de la:

2. **Perdiz colorada.** *Rhynchotus rufescens pallescens* Kothe. — Magnífica ave de caza, de ruidoso vuelo, con alas « canela rojizo brillante » (Dabbene) y cabeza, cuello y pecho, también rojizos, aunque más pálidos (*pallescens*, palidescente), que en la especie típica (*Rh. rufescens rufescens*) habitante de Misiones, Uruguay y Brasil. En la región le dicen *Perdiz de ala colorada*. Da un silbido largo y tres cortos.

3. **Perdiz montaraz.** *Nothoprocta cinerascens* (Burmeister). — La propia del centro y oeste argentinos, siempre en la vecindad o dentro del monte, por donde pasea repitiendo su silbido espaciado . . . *pi*. . . *pi*. . . *pi*. . . , insistente al caer la tarde o cuando hay amenaza de tormenta o viento. La coloración jaspeada, que el paisano llama « batarás », es gris; lleva un marcado casquete negro. En tamaño es algo mayor que la *piuca*. Sus alas, romas y redondeadas, son propias para su vuelo en zig-zag entre los árboles; las despliega y cierra alternativamente produciendo un ruidoso matraqueo intermitente; en el nido las entreabre, y por su cuerpo corto, de cola rudimentaria, aparece entre las hierbas como una media esfera gris.

4. **Piuca.** — Nombre local de la perdiz chica. Difiere de la bonaerense, porque es la especie patagónica, conocida por de Darwin, en la variedad mendocina *Nothura darwini mendozensis* Chubb, francamente más clara y distinta en su coloración más grisácea, y con las manchas del pecho no tan negras. En Mendoza: *Yute*¹.

¹ En Quichua, nombre genérico de la perdiz = *Yuttu*.

5. **Martineta.** *Eudromia elegans morenoi* (Chubb). — La perdiz cope-tona, la martineta así llamada ya en el siglo XVIII, « por un moño o martinete que tiene sobre la cabeza », afirma Azara, quien agrega: se la encuentra en los « campos de Buenos Ayres desde los 37 grados para el sur », referencia exacta y precisa, como suya, porque la especie típica (*Eud. e. elegans*) aparece a la altura del Azul, alejada en varias leguas de la cuenca del río Salado, manteniéndose en la región más elevada denominada Tandilia para extenderse hacia el sur y el oeste. La martineta — cuyo nombre se apropia en el mercado, indebidamente, la perdiz colorada — es genuinamente argentina, no se encuentra fuera de sus límites¹; llega hasta Santa Cruz y se recuesta — en distintas variedades — hacia el oeste, incluyendo La Pampa, pero sin pasar al este de la región central del país, se corre hacia el norte y se encarama hasta los 2500 metros, en Salta, y da una bajada hasta el centro de Santiago del Estero; es desconocida en todo el litoral norte de Buenos Aires y en Santa Fe, Corrientes y Entre Ríos, provincia, esta última, donde positivamente no existe, a pesar de las reiteradas afirmaciones de algunos autores². La variedad local es una soberbia pollaza, muy corpulenta, al parecer mayor que la típica — no conozco comparaciones de medidas, — variedad dedicada en 1917, por el venerable Chubb, al Perito Moreno; es la misma que se extiende hasta el Neuquén, de donde proviene, por otra parte, el ejemplar tipo. Lleva, como todas, aquel copete negro bien levantado sobre la cabeza erguida, y practica, claro está, el mismo andar airoso y elegante que determinó a los autores a bautizarla, uno, *Eudromia* — la que camina bien — y otro, *Calopezus* — el del hermoso andar — coincidiendo todos en especificarla de *elegans*, elegante. Se las encuentra con frecuencia en grupos impares de 3, 5, 7. Tuve la suerte de encontrar un nido (véase lámina), del cual se levantó la martineta sorprendida; la postura era de 7 huevos de extraordinario brillo, en dos colores diferentes, cuya clasificación sobre dos ejemplares examinados es la siguiente: Ejemplar *a*. Verde manzana, el *Apple-green* n° 20 de la lámina X de *Nomenclature of colors* por Roberto Ridgway, edic. 1886, pero más claro en el huevo; al cotejarlo con los matices de *Color standards*, edición del mismo autor de 1912, está entre el *Oil-yellow* y el *javel-green* de la Plancha V. Las dimensiones eran de 53,5 × 38,2 mm.

¹ Esta aseveración, desde hace unos seis años, no puede mantenerse, porque Pierce Brodtkorf, en una publicación de la Universidad de Michigan, ha creado (1938) una nueva especie, *Eudromia mira*, basada en ejemplos encontrados en el Chaco paraguayo, a unos 200 kms al Oeste de Puerto Casado, y otros a 120, en igual dirección, de Puerto Pinasco.

² Este error proviene de que el Prof. Barrows, que estudió las aves de Concepción del Uruguay, publicó el resultado de sus observaciones en la revista *Auk*, bajo el título de « Birds of the lower Uruguay » en cuyo trabajo agregaba nombres de aves coleccionadas en el Sud de la provincia de Buenos Aires, entre las cuales figuraba la martineta cazada en Bahía Blanca. Ahora bien, en el Catálogo del Museo Británico, vol. XXVII, 1895, se cita este ejemplar como de « Bahía Blanca (lower Uruguay) », confusión geográfica debida probablemente al título del trabajo.

Ejemplar b. Verde-cromo, *chromium green*, n° 12 de la lámina X, edic. 1886, pero más claro; en la edición 1912 corresponde al *asphodel-green*, lámina XLI; dimensiones: 52 X 38,2 mm. A los dos días volví con el propósito de retratar a la martineta echada, pero con gran sorpresa encontré el nido vacío; sólo quedaban dos huevos, al parecer enteros, a pocos centímetros fuera del nido. Los recogí a los efectos de colocarlos en su sitio, pero comprobé que estaban con una pequeña rotura por debajo y vacíos. Quedaba por averiguar cuál había sido la alimaña destructora. La abertura estaba en la parte central, con un diámetro aproximado de un centímetro en ambos huevos; en uno de ellos, además, con

Nido de *Martineta* en Estanzuela.

(Foto del autor).

un agujerito como horadado por un colmillo. Supuse fuera la obra de un zorro o tal vez de un *cachilote*, pájaro comedor de huevos. Al someter el caso a Yrusta, sin trepidar diagnosticó: *iguana*, por la forma del agujero. Además señaló el círculo más pequeño como un golpe de ensayo dado con el colmillo; me explicó que el zorro tritura mucho más la cáscara; en cambio el *cachilote* da un puntazo con el pico para sorber el contenido, dejando el huevo con apariencia de intacto¹.

AVES ACUÁTICAS. — Como no abundan las extensiones de agua, la avifauna acuática no es tampoco abundante. Anoté, sin embargo:

6. Macá de pico grueso. *Podilymbus podiceps antarcticus* (Lesson). — En la represa ancha como un río, bordeada por añosos sauces, una pareja maniobraba, entre las plantas acuáticas, bajo cambiantes de luz y som-

¹ Cachilote: véase *ut infra*, n° 48. Iguana: *Tupinambis teguixin* (Linné).

bra, bien visible el pico robusto cruzado por una raya transversal muy oscura; « moros », en gris y castaño, de color, reflejando en el agua clara su trasero blanco¹.

7. **Pato franciscano.** *Nettion flavirostris flavirostris* (Vieillot). — En pequeños grupos de tres o cuatro en las represas y acequias. Una de nuestras más sabrosas cercetas; de pico amarillo, cabeza abultada, gris pardusco oscuro, con plumas esponjadas, sobre todo en la nuca, hasta dar la apariencia de una capucha de fraile. Negro rojizo en el lomo, claro por debajo, con manchas reniformes negras; las alas grises con un espejo negro de terciopelo, con franja verde metálico arriba y orilla canela. Se le llama también *barcino chico*.

8. **Pato barcino grande.** *Poecilonetta spinicauda* (Vieillot). — A falta, pues, de las grandes lagunas, propicias a las palmípedas, los patos son, por lo tanto, escasos. *Jergón grande*, lo llaman en el sur, probablemente por influencia chilena; *Veliche* en Mendoza, y en Buenos Aires, con frecuencia, *Maicero*, por su afición a merodear en los rastros de maíz. Lo de « barcino » le pega, por su color — « rojizo pardo vivo » (Dabbene), salpicado con manchas negras — porque coincide con la capa frecuente en el ganado y en los perros criollos: « rojo con manchas transversales negras o negruzcas » (Segovia), definición argentina que no coincide con la castiza, tomada de los árabes². Este pato, de cola puntiaguda, pico amarillo, con culmen negro, patas plumizas y alas con espejo negro entre dos fajas anteadas, se encuentra en todo el territorio de la Argentina, de Jujuy a Tierra del Fuego, las Islas Malvinas inclusive.

9. **Pato cuchara.** *Spatula platalea* (Vieillot). — Con su pico ancho, en espátula, como de cabritilla negra, y patas amarillas, pecho castaño rojizo con pintas negras y azul en las alas de espejo verde, puede confundirse con nuestro *Pato colorado* [*Querquedula cyanoptera cyanoptera* (Vieillot)] — « Blue winged teal », de los norteamericanos — aunque éste es más pequeño, de pico normal y más claro, y el color general de un castaño más vivo y azul en los hombros.

AVES DE RAPIÑA. — Las aves rapaces son variadas y numerosas, pero difíciles de identificar a la distancia, entre otras razones, por las variantes de plumaje, en la misma especie, según las edades. Sin embargo no puede confundirse al:

¹ Moro: En la acepción argentina « mezcla de pocos pelos blancos y muchos negros » (Solonet). Para la Academia Española es: « la caballería de pelo negro con una mancha blanca en la frente y calzada de una o de dos extremidades ».

² *Dicc. Acad. Española*: « Barcino: dicese de los animales de pelo blanco y pardo, y a veces rojizo ».

10. **Jote de cabeza negra.** *Coragyps atratus foetens* (Lichtenstein). — A medio día descansan, en sociedad, de sus depredaciones matutinas, y sobre el gris claro de los árboles secos se destacan, como inmensas brevas, por el negro profundo del plumaje, su cola corta y trunca, y, a guisa de pedúnculo, la cabeza y cuello pelados. Este tétrico buitre se encuentra en el país desde Nahuel Huapí hacia el norte, continuando hasta Colombia; más numeroso en la región andina, se encarga, casi doméstico a lo largo del Pacífico, de la limpieza pública de no pocas ciudades, donde se le respeta y considera en honor a la misión que desempeña, bajo el nombre corriente de *Gallinazo*; en Córdoba suelen lla-



Jotes en reposo.

(Foto del autor).

marlo *Congo*, *Pajapaja* en San Juan, *Palapala* en Tucumán y Jujuy, y en la zona de influencia guaraní, Chaco y Corrientes, *Iribú*. Los técnicos, notándole en su aspecto exterior una mezcla de cuervo y buitre, le compusieron un nombre con dos palabras griegas: *Corax*, cuervo, y *Gyps*, buitre; además, de puro negro, lo han declarado enlutado, *atratus*; y, viviendo de carroña, es lógico que sufra las consecuencias y no huela bien, muy al contrario, y resulte por ende un tanto fétido: *foetens*.

11. **Come-perros**, nombre local del *Cathartes aura jota* (Molina). — Del tamaño de un pavo — en Norte América llaman a esta especie, *Turkey-Vulture*, *Pavo-Buitre* — es por consiguiente más grande que el anterior. Cuatro de ellos en reposo sobre un árbol seco resolvieron acompañarnos en la ascensión al cerro del Molle y al llegar a la cima planearon

mucho rato sobre nuestras cabezas; agrandados por sus alas desplegadas se definía el largo de la cola y aparecían como ascendidos de buitres a águilas, mientras su pariente el *jote*, con su cola mocha y su planeo calmoso, queda siempre en los que es. Se perfilaban en vuelo como cruces negras suspendidas en el espacio, formada cada una por el cuerpo oscuro, a guisa de árbol, y como brazos la parte delantera de las alas, también oscura, destacada sobre el gris de las remiges mayores. Las patas claras señaladas como dos guiones sobre el vientre; claro también el pico que se alarga desde la cabeza pelada como el cuello, ambos rosados más bien que rojos, no sólo a la distancia sino aún de cerca. *Jote de cabeza colorada*, para algunos; *choya*, en Tucumán.

12. **Halcón blanco.** *Elanus leucurus leucurus* (Vieillot). — En vuelo como de gaviota, blanco todo por debajo; las puntas de las alas grises denuncian el manto del mismo color y los hombros negros. Negro también el pico, de fuego el ojo y las patas amarillas. En Buenos Aires se suele verlos de a tres y de a cuatro casi sin avanzar en el aire mediante un rápido aleteo que los mantiene en el mismo sitio, para largarse luego en « performances aéreas », diría Hudson, por lo cual en Chile, con toda propiedad, lo llaman *Bailarín*.

13. **Aguila escudada.** *Geranoaetus melanoleucus australis* Swann. — Me anunciaron la existencia en el fondo norte del campo, de un nido con su correspondiente aguilucho. Al final de un extenso potrero una pareja de águilas giraban a baja altura sobre un árbol aislado: denunciaron la ubicación del nido. Al acercarme percibí sobre un crecido chañar en medio de la trabazón de ramas del nido, al aguilucho emplumado, en negro y ante, medio cuerpo fuera, la cabeza provista ya de un pico poderoso. Mientras intentaba tomar una telefotografía — con resultado negativo porque operaba sin trípode — la madre, desde otro árbol vecino, chillaba agriamente, vigilante e inquieta; intenté contra ésta una nueva aventura fotográfica, también negativa, porque levantó el vuelo mostrando su conspicuo peto formado por la garganta gris y el pecho negro, sobre el resto blanco; negro también el extremo de la cola y lo inferior de las alas, así como el lomo. Se le llama también *Aguila blanca*.

14. **Chimango negro.** *Parabuteo unicinctus unicinctus*. (Temminck y Laugier). — Mucho más grande que su tocayo, el difundido *chimango*; en tamaño se acerca más al *carancho*. En la punta de un algarrobo uno de ellos hacía equilibrio; a la distancia parecía totalmente negro — y muy coludo — sin que pudiera percibirse el castaño de las cobijas alares. Quedó, por último, asentado sobre una rama, con lo que me resolví a intentar una telefotografía, mas en el momento de disparar el obturador,

voló, desenvuelto y pausado, mostrando el blanco del nacimiento de la cola — parecido en esto al *Caracolero* [*Rosthramus sociabilis sociabilis* Vieillot] — y el del extremo de la misma apenas acusado. Según información de Yrusta « le gustan los pollos y es más dañino que el *chimango* común, el de color marroncito claro ». Azara lo llama *Gavilón*



Chimango negro cazado en Estanzuela.

(Foto del autor).

mixto oscuro y canela. Se corre por el este hasta el cabo San Antonio, aunque en realidad se pasea por todas nuestras provincias, y por el Norte alcanza a Venezuela.

15. **Chimango.** *Milvago chimango chimango* (Vieillot). — Establecido en la región como en todo el resto del país, este habitante pardo rojizo de la mitad meridional de Sud América. Con las mismas costumbres, los mismos chillidos y el mismo eclecticismo gastronómico, porque le es lo mismo el alimento muerto o vivo, vegetal o animal, así sean reptiles, insectos o huevos. En las vecinas provincias de La Rioja y San Juan lo llaman *Ibiña*.

16. **Carancho.** *Polyborus plancus plancus* (Miller). — Escaso. Se presenta con su rayado fino transversal en blanco sobre pecho y espalda, su casco negro que termina en copete occipital, blanquecinas la cara y la garganta, el formidable pico color hueso con un mitón de piel en la base, horadado por las fosas nasales.

17. **Halcón canela.** *Cerchneis sparveria cinnamomina* (Swainson). — Al más pequeño de nuestros halcones. Hudson lo llama *Cernícalo argentino* — *Argentine kestrel* — aunque, a decir verdad, sale a los países vecinos. *Cernícalo* también le dicen en Mendoza, según Reed. Generalmente en sitios muy visibles. Canela en el lomo y la cola, azulado en la cabeza y parte de las alas, blanco por debajo y en la cara dos lagrimones negros que caen de los ojos. Hay diferencia entre el macho y la hembra; ésta, por lo pronto, es más grande; en cierto modo, ley entre los rapaces.

ZANCUDAS. — En las proximidades de la represa, entre el matorral de la orilla, alcancé a percibir, en trote acompasado, baja la cabeza, erguida la cola, agitada por el tic nervioso corriente en la familia (Rápidas), a la

18. **Gallineta overa.** *Pardirallus maculatus maculatus* (Boddaert). — Con su pico amarillo verdoso con algo de azul y escarlata en la base, un tanto corvo y mucho más largo que el de sus congéneres, del grupo llamado por Azara *Ipacahá*. Lleva dos colores dominantes: verdoso en lo superior, plumizo por debajo, ambos jaspeados de blanco grisáceo. En la provincia de Buenos Aires se le apoda *Burrito* en razón de su canto que recuerda a un rebuzno lejano.

En las partes llanas, con su grito vigilante, el

19. **Tero.** *Belonopterus cayennensis lampronotus* (Wagler). — El de la región no es el cordillerano (*B. c. occidentalis*), como podría suponerse, sino el mismo de la cuenca del Plata, ave nacional del Uruguay, que grita *teru... teru*, y no *quetrén... quetrén... como el otro*. El canto permite distinguirlos fácilmente, no así el plumaje, que es muy parecido; el del oeste tiene más negro de la garganta al pecho, es algo mayor y las plumas de la nuca más largas y finas. Por conocido no requiere descripción.

En los remansos de las acequias suele encontrarse desprevenido y confiado, en grupos de 3 ó 4, al

20. **Chorlo de patas amarillas chico.** *Totanus flavipes* (Gmelin). — Más pequeño que su hermano mayor conocido por *Chorlo Real* [*Totanus melanoleucus* (Gmelin)], también más claro el gris general, con blanco

y negro, no tan conspicua la rabadilla blanca, igualmente corto y negro el pico. Un campesino de los Llanos de La Rioja me decía que en su provincia era conocido por *Sacha-pollito*, como quien dice pollito silvestre, en conglomerado de quichua y castellano¹. Para los mendocinos es el *Pito-toy*.

PALOMAS. — Entre las arboledas del campo abunda la

21. **Paloma turca mora**, la *de cobijas manchadas* de Azara, *Columba maculosa* Temminck, mayor que la doméstica [*Columba livia* Gmelin] y de alas más largas y agudas, negras en la punta, como el extremo de la cola, el cuerpo todo gris con un tinte vinoso; goteado de blanco el



Nido de *Paloma turca mora*, sobre un espinillo.

(Foto Gavio).

lomo y sobre todo la base de las alas. A primera vista dá la impresión de ser algo más grande que la de Buenos Aires y como ella es de un vuelo sereno con extraordinario poder de traslación. El Profesor Héctor Gavio — a quien debo parte de las fotografías publicadas y algunos datos — me cuenta que un paisano del lugar le aseguraba que la paloma cuando arrulla dice: *Santa... cru... uuz...*; *Santa... cru... uuz*. « Así creemos aquí », confirma Yrusta, y, efectivamente, no puede darse onomatopeya más exacta de su canto. Iris francamente gris, comprobado en un ejemplar local.

¹ *Zaccha* = arboleda, bosque, monte; como adjetivo: silvestre, salvaje; el mismo vocablo entra, con acepción de falso, seudo, ordinario, en algunas expresiones populares de las provincias con influencia quichua en el idioma: Salta, Jujuy, Tucumán, Catamarca, Santiago del Estero.

22. **Paloma dorada**, llaman a la *paloma chica de monte*, *Zenaidura macroura* (Des Murs), la *torcaza*, propiamente dicha para los bonaerenses. La he visto en número discreto, no en esas impresionantes bandadas que caen en los sembrados, o en ese continuo pasar por el aire, frecuente en la primavera y el otoño. Andaban de a dos o tres picoteando en el suelo, mostrando su color general plumizo, sus manchitas negras junto a los oídos, los reflejos de oro metálico en los costados del cuello, que le han valido el nombre local, los mismos que se apagan al poco tiempo de morir el ave; las alas marginadas de blanco; este mismo color aparece en forma como de uñas, en la punta de las timoneras, salvo las centrales. Su canto, allá como acá, lo forman cuatro notas unísonas, acompasadas, con un descenso en la última: *Tuu... tuu... tuú... túo...*, emitido con voz ronca y hasta áspera, por contraste, cuando la polifonía de arrullos, en época de invasión, es interrumpida por el diálogo aislado de la *pupona*, la *bumbuna* [*Leptotila verreauxi chloroauchenia* Giglioli y Salvadori] con su lánguida queja: *buu... buu...*, de suavidad femenina.

En La Rioja le dan el nombre de *Apoca*, y en Mendoza *Paloma puntana*, vale decir de San Luis.

23. **Tortolita**. *Columbina picui picui* (Temminck). — Habitualmente en pareja, como es costumbre de la más pequeña de nuestras palomas, la *torcacita* o *palomita de la Virgen* en otras provincias; la *urpilita* de los santiagueños y tucumanos — en quichua *urpi* o *urpa* = paloma. En vuelo despliega su manto gris que la cubre desde la cabeza hasta la mitad de las alas y desciende en punta sobre la cola de vértices blancos y separado por una franja también blanca del extremo negro de las alas. Su *tuo... tuo... tuo...* es un tanto agudo y monótono; repite hasta siete u ocho veces la nota, rara vez nueve; suele quedar en cuatro, rara vez menos.

24. **Pupona**. *Leptotila verreauxi chloroauchenia* (Giglioli y Salvadori). — Alguna vez se oye el lamento melodioso — *buu... buu...*, contestado: *buu... buu...* — de la paloma de alas castañas. Visiblemente más grande que la *dorada*. Menos sociable que la mayoría de sus congéneres, anda por los bosques con frecuencia sola — por eso algunos la llaman « solitaria del bosque » — caminando en el suelo en busca de semillas. Su vuelo pesado para una paloma — las alas son cortas — es a veces casi vertical, abierta en abanico la cola oscura. Por encima es gris, color más claro en la frente en disminución de tono hacia la parte posterior del cuello; en la base de éste y parte del lomo las plumas llevan un borde verde bronceado iridescente, casi imperceptible, el ave en la mano, y por lo tanto inapreciable en vida, a la distancia, brillo que en las pieles de colección se disuelve en vinoso rojizo; por debajo el gris más claro es ligeramente vinoso;

la garganta, vientre y rabadilla inferior, muy plumosa, de color blanco; sobre las alas pardo-rojizo oscuro — las plumas llevan separados ambos colores; — bajo las alas castaño-rojizo mucho más intenso en las plumas axilares; la cola pardo-negruzca, con algo de vinoso, manchada de blanco en los extremos; patas coloradas, pico negro, iris ante.

LOROS. — Mucho más abundante, abundantísima, en proporción de plaga, como lo es en Buenos Aires su hermana la cotorra [*Myiopsitta monacha monacha* (Boddaert)], vagando en tropel, la:

25. **Catita.** *Myiopsitta monacha calita* (Jardine y Selby). — Esta variedad de cotorra vista en libertad, apenas puede distinguirse de la especie típica; sin embargo, el verde de las partes superiores es más oscuro, su tamaño más reducido y el pico menos fuerte que la ríoplatense; tiene como aquélla cola larga y aguda, la punta de las alas azuladas y el correspondiente capuchón gris, por lo cual ha merecido el nombre de Monja (*monacha*). En el técnico, el subespecífico de *Calita*, es un error de los clasificadores (Jardine y Selby. 1830), que debieron escribir *Catita*, de acuerdo al vernáculo mendocino.

Percibí un loro, más o menos del tamaño de un *Hablador* [*Amazona aestiva* Linné], encaramado en un algarrobo, que creo puede identificarse con el:

26. **Loro verde.** *Aratinga leucophthalmus leucophthalmus* (P. L. S. Müller). — Más pequeño que un loro barranquero [*Cyanoliseus patagonus patagonus* (Vieillot)]. Totalmente verde, salvo algunos toques de rojo en el cuello y las alas. El círculo blanquecino alrededor del ojo, le ha valido la denominación de « ojos blancos » (*leucophthalmus*).

Entre los Cuculillos:

27. **Col-col.** *Coccyzus melanocoryphus* Vieillot. — He oído el canto triste — *col... col... col. col. col.*, — lento al principio para terminar precipitado, de este cuco, algo menor que una paloma, cuyo color general es gris pardusco, claro casi blanco en el vientre; el pico negro. Debido a su reclamo angustioso, en La Rioja, provincia limítrofe, lo llaman *Ahogado*.

28. **Pirincho.** *Guira-guira* (Gmelin). — El que tan! impropriamente llamamos en Buenos Aires *Urraca*, siendo un cuculillo. Andan, comúnmente, en ruidosos grupos, paseando sus rayitas ya blancas, ya negras, sobre el pardo del lomo o el blanco sucio del pecho, respectivamente, levantando en caso de alarma su flácido copete, y guardando el equilibrio, al posarse en la rama, con el vaivén de la cola. *Machilo* le dicen en Tucumán.

mán, *Rubiala* en Santiago del Estero, *Quililo* en La Rioja, *Pinchirracá* y *Chasca* en Salta.

LECHUZAS.

29. **Alilicuco.** *Otus choliba choliba* (Vieillot). — Este buhito de orejas cortas, jaspeado de negro y pardo, como buena parte de su parentela, anda escondido en el monte, amartelado con su compañera. Tiene un grito — *tu ru tutú... turu tu tu tú* — semejante, aunque no tan profundo, al del *Nacurutú* (acertada onomatopeya), el buho común mayor en la Argentina [*Buho virginianus nacurutu* (Vieillot)], razón por la cual lo nombran con frecuencia como *ñacurutucito* y también *ñacurutú-t* (en guaraní: pequeño = *i*). Azara le aplicó el nombre de *Choliba*, registrado por la nomenclatura, « porque así llamaban en mi país a un páxaro de la familia », dice, nombre, por otra parte, que no existe registrado en ningún diccionario ni listas regionales de aves, debiendo ser por lo tanto una denominación local de Barbuñales (Aragón), de donde era originario Azara. Sin embargo en la región mesopotámica argentina el nombre extranjero ha hecho camino y es usado con frecuencia, más que por el pueblo, por los aficionados. En Jujuy lo llaman remedando su grito: *Surumucuco*.

30. **Lechucita de las viscacheras.** *Speotyto cunicularia cunicularia* (Molina). — La misma de Buenos Aires, con los mismos usos y costumbres, la cueva como nido y el poste de alambrado como percha, desde donde chista con desconfianza, girando en redondo su cara avizora de disco. Si bien tiene el mismo color pardo con manchas blancas, por un exceso de suspicacia me pareció encontrar ejemplares mucho más claros, en particular las cejas de un blanco más puro y más espesas, pero luego de breve reflexión concluí en que se trataba, sencillamente, de ejemplares jóvenes.

PICAFLORES. — El picaflor verde común, distribuído desde el norte de Formosa hasta más al sur de San Luis, y que se interna, más allá del trópico, en el Brasil central y en Bolivia, siempre al este de los Andes, es conocido con el nombre de:

31. **Rondín.** *Chlorostilbon lucidus aureoventris* (d'Orbigny y Lafresnaye). — De rutilantes reflejos de bronce dorado, el macho, mientras la hembra, de librea menos llamativa, es grisácea por debajo. Construye con líquenes un nido ovalado y profundo. En Santiago del Estero, provincia donde es corriente el habla quichua, lo llaman *Manimbú*, variante del *Manumbí* de los guaraníes.

Pero no puede rivalizar con el impresionante, próximo en exotismo y belleza a los ases de la familia, como el *Gouldia* colombiano y el *Loddigesia* del Alto Amazonas:

32. Rundún coludo. *Sappho sappho* (Lesson). — El *Tuminico* de los tucumanos y *Run-run* en Córdoba. Es abundante y he visto hasta cuatro juntos, en vuelo muy alto, para un picaflor, con rapidísimas caídas en picada que las detiene abriendo las tijeras de la cola, como de diez centímetros de largo, mitad oscura y mitad, interior, de brillante anaranjado rojizo, que contrasta con el cobre reluciente del cuerpo, realzado por el carmesí cambiante de la base del lomo y nacimiento de la cola. La hembra puede distinguirse por las partes inferiores blanquecinas con manchas verdosas en los flancos. Podemos considerarlo como el más argentino de los picaflores, porque su área de distribución está totalmente en la Argentina, a la cual atraviesa por el eje longitudinalmente, en más de mil kilómetros, para incursionar al S. E. de Bolivia y S. del Paraguay.

MARTÍN PESCADORES. — En una región donde no corren grandes ríos, los Martín-pescadores no pueden ser muy variados ni numerosos, y así sólo he comprobado la presencia del

33. Martín pescador chico. *Chloroceryle americana mathewsii* (Laubmann). — El más pequeño de las tres especies argentinas, verde bronceado en la parte superior, degolladura blanca, mancha rojo-castaño en el pecho y blanco el vientre. La hembra en vez de la mancha rojo-castaño lleva un collar verde-bronceado. Suelen llamarlo Martín-pescador verde.

CARPINTEROS. — Naturalmente que en tierra de árboles los carpinteros se encuentran a sus anchas, y entre todos ellos el más atrayente, sobre todo para quien lo vea por primera vez en la vida, fué el

34. Carpintero blanco. *Leuconerpes candidus* (Otto). — En vuelo aparece el cuerpo enteramente blanco, de formas aerodinámicas, como un torpedo, que le dan semejanza con un diminuto aeroplano de alas negras, color dominante en la parte superior, salvo un toquecito de amarillo en la nuca, del que está desprovista la hembra. Cuatro de ellos, dando gritos agudos, asidos casi en vertical, correteaban, como jugando a las escondidas, en torno al ramaje mayor de un sauce vetusto. Es de buen tamaño, muy poco menor que el campestre común en Buenos Aires. En Tucumán lo llaman *Tirro*.

35. Carpintero real. *Chrysoptilus melanolaimus melanolaimus* (Malherbe). — Recuerda al *Campestre*, de los llanos bonaerenses, por lo que anda en campo abierto y al volar muestra una rabadilla parecida, blanquiza con manchas negras, tiene también negro puro el copete, con rojo en la nuca, muy rayado todo él de negro y blanco, con algo de amarillo; pico y patas negros y también la garganta como su nombre lo indica (en griego *mélas*, *mélanos* = negro, *laimós* = garganta).

36. **Carpintero cimarrón.** *Neophloeotomus Schulzi* (Cabanis). — « Todo negro, llamarada colorada en la cabeza, con manchas blancas en lo alto del lomo », describía Lucio Yrusta. Uno de los carpinteros más grandes del país; a primera vista no menor que el *Rey de los Taladros*, de Nahuel Huapí [*Ipocrantor magellanicus* King], con el cual tiene bastante semejanza. Es muy gritón.

37. **Carpintero de pico blanco.** *Phloeocastes leucopogon* (Valenciennes). — Negro, cara y copete muy puntiagudo carmesí, blanco el lomo con un recuerdo de amarillo, algo de rufo en las alas, pico blanco, iris amarillo. Uno de estos carpinteros estaba empeñado, sobre el tronco de un algarrobo, en un enérgico martilleo que le repercutía en vibración del copete; a pesar de la resistencia de la madera insistía, sin ningún temor, por lo visto, a la conmoción cerebral.

38. **Carpintero de los cardones.** *Trichopicus cactorum parvus* (Brod-korb). — Mediano de tamaño, negro por encima, blanco por debajo y en la nuca y en la frente con salpicaduras de lo mismo en lo oscuro, y en lo oscuro pardas, rojo en la corona (el macho), anaranjado en la garganta. Afición a los cactus.

39. **Come-palo.** *Dyctiopicus mixtus berlepschi* (Hellmayr). — Más chico que el anterior, con barras negras y blancas en el lomo, amarillo y negro en la cabeza, blanco en ambos costados de la nuca, por debajo blanco con rayas longitudinales negras.

PÁJAROS. — Los pájaros propiamente dichos (*Passeriformes*) componen el grupo que reúne a las aves pequeñas, terrestres, voladoras y, generalmente, arborícolas, sin que pueda establecerse, por otra parte, una división precisa y definitiva. En la S. O. P., últimamente, el Dr. Emiliano MacDonagh disertó sobre el punto con la autoridad, y galanura, habitual. El latino hacía el distinguo entre *avis*, ave, término en cierto modo genérico, y *passer* (del cual deriva la palabra castellana *pájaro*), el ave pequeña, cuyo tipo era el gorrión. El ambiente boscoso les es propicio, y por lo tanto su variedad, y cantidad, es mucha.

Entre los *Trepatroncos*, o, si se quiere, entre los *Picacortezas* (*Dendrocolaptidae*), para coincidir con el nombre técnico, porque en este caso *Dendron*, árbol, tiene por extensión significado de corteza y *colaptēs*, de picoteador (siempre en griego); entre los miembros, pues, de esta familia tengo observados el:

40. **Chinchero chico.** *Lepidocolaptes angustirostris* (Vieillot), probablemente la variedad *chacoensis* de Laubmann. De pico comprimido y encorvado, casi tan largo como la mitad de su cuerpo; algo menor que el

de un *hornero*. Su coloración general es castaña, con algunas rayas blancas como lo es la ancha ceja extendida hasta pasar la nuca.

Este curioso pico le sirve para buscar en la corteza de los árboles los insectos de que se alimenta, mientras evoluciona trepando en espiral alrededor del tronco hasta llegar al tope, para luego dejarse caer al suelo, como en paracaídas, para empezar de nuevo. Es, con menudas diferencias, el *trepador* del litoral.

41. Chinchero grande. *Drymornis bridgesii* (Eyton). — Parece el mismo anterior visto con vidrio de aumento, porque es más de un tercio mayor y lleva la misma conspicua ceja blanca; más claro el color castaño, rayas blancas en lo inferior. Se le ve con más frecuencia que al pariente menor, en vuelo recto y lento, como si el pico corvo le pesara, el mismo que introduce en tierra en busca de alimento cuando sobre ella camina, con bastante desenvoltura por cierto. También lo llaman *Bilbil* — en Catamarca *Gil-gil* — en razón de su canto ruidoso y bochinchero. El profesor Gavio me sugiere la posibilidad de que el nombre actual sea simplemente una aféresis de bochinchero. Por otra parte White, que lo ha conocido en Catamarca, dice: « El grito de este pájaro es muy parecido al del *Carpintero* ». Ha sido señalado en todas las provincias argentinas, menos en las mesopotámicas de Entre Ríos y Corrientes.

El primero entre los numerosos miembros de la familia de los Furnáridos (*Furnariidae*) es nuestra ave nacional, el:

42. Hornero. *Furnarius rufus rufus* (Gmelin). — Con su prodigioso horno de barro, construído con solidez, el mismísimo *hornero* que desde Buenos Aires se dispersa en abanico hasta Santa Catharina y Paraná, en el Brasil, y San Luis y Mendoza, en la Argentina, cediéndole el campo del norte del país a la raza del Paraguay (*paraguayae*), que invade por Formosa y el Chaco hasta Salta y Jujuy incluyendo Tucumán y Santiago del Estero, variedad que sólo se distingue por rasgos casi imperceptibles: más roja la nuca así como lo posterior del cuello. No he visto el *Hornerito* de copete (*Furnarius cristatus*) descubierto por Doering en las sierras cordobesas y definitivamente clasificado en 1888 por Burmeister.

43. Caminera. *Geositta cunicularia cunicularia* (Vieillot), o tal vez la variedad *hellmayri*, propia de San Juan y Mendoza, muy semejante a la bonaerense, con diferencias inapreciables a la distancia, de color terroso con marcas negras, la cola y las alas canela. El nombre vulgar le cuadra porque es una gran caminadora y vuela torpemente, sólo al ras del suelo sin poder posarse en rama porque la conformación de los dedos no se lo permite. Es parroquiana de las viscacheras, donde en un agujero de

algún desnivel del terreno construye su nido. También la llaman *minera* y *caserita*.

44. Collita. *Coryphistera alaudina alaudina* Burmeister. En La Pampa *Cucurucha*. Su nombre específico *alaudina*, como quien dice parecida a la *alondra*, le viene de perlas porque realmente puede parecerlo, y además es, como aquella, pedestre más que voladora. En un senderito polvoriento dos parejas caminaban a paso de codorniz, con pinta de cardenales por lo copetudas, no por el color, en mudanzas de zamacueca, al compás de un débil falsete. Eran « bataraces » (argentinismo, por plumaje jaspeado), en negro y castaño. Lucio Yrusta comenta: « Aquí lo llamamos *Sonsito*, porque es muy manso, se arrima a la gente y se mete hasta bajo los carros. Anda siempre en *descampao* ». En Tucumán, *Burrito*.

45. Meneacola. *Cinclodes fuscus fuscus* (Vieillot). — Este pequeño furnárido no parece pertenecer a la familia por sus costumbres, pues la variedad de Nahuel Huapí, que debe responder a la especie *patagonicus*, a la cual tengo más observada, la he visto con frecuencia circular entre los guijarros de las playas del lago o caminando en el agua entre los remolinos de los bajíos de arroyo, por lo cual en el sur le dan el nombre de *Remolinera*. Tiene una semejanza remota, una cierta apariencia, con el *Pecho colorado* [*Leister militaris superciliaris* (Bonaparte)] por su manto pardo y las cejas muy marcadas más una mancha larga bajo el ojo, aunque carece de rojo en el pecho.

46. Ruiseñor. *Upucerthia certhioides luscini* (Burmeister). — Este pajarito lleva este nombre, registrado por Burmeister, « porque los criollos lo llaman así », por su evidente parecido externo con el gran cantor europeo [*Luscinia luscinia* Linné] — plumaje de uniforme pardo terroso-rojizo — más que por su canto, porque, según el mismo, « su voz es tan poco melodiosa como la del *hornero*, cuyo puesto de gritón ocupa aquí [Mendoza] el hasta ahora no descrito *Ochetorhyncus luscini* Nob » (sinónimo de *Upucerthia*). White, allá por el año 82, estuvo en contacto con él, en Fuerte de Andalgalá, Catamarca; lo encontraba « alrededor de los cercos, en primavera, desde una rama a otra, emitiendo continuamente un agudo silbido espasmódico », pero, a mi juicio, con una expresión desconocida entre los miembros de su familia, como pude comprobarlo, en especial junto a la « casa de piedra »: el canto sonoro y prolongado — *chiqui... chiqui... qui... chiqui... qui... qui... qui... chi...* — repetido en variantes continuas, no era tan dulce como el del rey de los cantores — inolvidable animador de la Alameda de la Alhambra, — pero con todo el cantante criollo lanzaba sus gorjeos con aplomo, plantado entre las hojas de un algarrobo,

la cabeza en alto, entreabriendo el pico largo y algo corvo, en actitud de oír su propia música, como divo consentido. En Mendoza, de donde proviene el ejemplar de origen, lo llaman *Adivino*, y según Reed es escaso. En San Juan *Picatierra*, probablemente por su afición a picar en el suelo. Los autores de habla inglesa caracterizan a los miembros del género diciéndole *Earth-creeper*, el que se desliza en la tierra.

47. **Leñatero.** *Anumbius annumbi* (Vieillot). — Pardo terroso con marcas oscuras, ceja y garganta blancas, negra la cola aguda con borde crema, pardo ocre claro por debajo. Construye un desmesurado nido con ramas largas, arrastra'as trabajosamente en vuelo inclinado hasta el sitio elegido a baja altura. Su canto característico, espaciado y luego rápido, suena « como una bolita de vidrio tirada sobre piso de baldosa », según la exacta definición de alguien. Es el *añumbi* de los guaraníes; suelen llamarlo *chinchibirra* y también *espinero*.

48. **Cachilote.** *Pseudoseisura lophotes* (Reichenbach). — Conocido en el Plata por *Caserote*. Parece un tamañazo hornero de copete, eréctil a voluntad, de color más o menos pardo castaño. Es constructor de un



Nido de cachilote sobre un molle de beber (*Lithraea molleoides*).

(Foto Gavio).

importante nido fabricado con ramas, puesto con frecuencia a baja altura, alrededor del cual el matrimonio gira en el suelo, rezongando entrambos, con un andar patizambo poco airoso. El Profesor Gavio me escribe: « Cantan a dúo como el hornero, batiendo al mismo tiempo las alas, pero su voz

es más grave y mucho menos agradable. Tengo la impresión de que viven todo el año en pareja. A fin de febrero, cuando ya no hay postura, se les ve sobre o cerca de sus nidos voluminosos cantando en la forma anteriormente expresada. Supongo que el nombre vulgar *Cachilote*, es decir aumentativo de *Cachilo*, le viene de la comparación con el *Chingolo* (*Zonotrichia capensis*), que también allí vive y recibe aquel nombre, con el cual tiene un parecido, a pesar de su mayor tamaño ». También le dicen *Coperote*. En la comarca le dan fama, bien merecida por cierto, de aficionado a los huevos de gallina, al punto que para muchos es derechamente, sin eufemismos, el *Come-huevos*.

TAPACOLAS — familia *Rhinocryptidae*.

49. **Gallito.** *Rhinocrypta lanceolata* (Is. Geoffroy-Saint Hilaire). — Ningún nombre mejor puesto; tiene la apariencia de tal cuando corretea, cola y copete en alto, esquivo y curioso, a esconderse entre las zarzas. No lo he visto nunca en vuelo. Es pardo rojizo con finas rayas blancas, más claro por debajo. El Profesor Gavio me agrega que en La Paz, algo más al norte, ya dentro de Córdoba, es « muy abundante en los caminos por los que anda velozmente, levantando la cola; casi no vuela, y perseguido busca refugio entre los cercos espinosos ».

TIRÁNIDOS. — Los peleadores tiránidos (*Tyranidae*) son muchos y variados, como corresponde a tan numerosa familia americana, tal vez la más numerosa, porque sus miembros deben pasar de setecientos. Llevan un pico de punta afilada, « aganchadito », diría Azara, apropiado para ensartar insectos. Pude comprobar la presencia de:

50. **Boyero coronado.** *Taenioptera* (*Xolmis*) *coronata* (Vieillot). — Una pareja sobre los postes del alambrado, « como enormes flores blancas », diría Hudson; luego en el suelo en corridas breves, alternando con vuelos cortos, vibrantes las alas — costumbre de familia, — que muestran patente sus rayas transversales blancas, rayado propio del género *Taenioptera* (del griego = de alas con cintas), los *Pepoazá* (alas atravesadas) de los guaraníes. De tiempo en tiempo emitían el prolongado silbido de tropero que les ha valido el apodo de *Boyerros*. Tienen la corona negra a manera de casco bien destacado sobre el círculo blanco de la frente a la nuca, pico y patas negras, gris el manto, alas y cola negruzcas, con mucho blanco en el resto.

51. **Viudita.** *Taenioptera* (*Xolmis*) *irupero irupero* (Vieillot). — Este pajarito, todo blanco, con sólo la parte externa de las alas, el ápice de la cola, las patas y el pico negros, lo encontré, aunque abundante, siempre solo como un punto blanco sobre el follaje oscuro. Hudson dice que su nombre

vulgar de *Viudita* se debe a los colores de luto, pero este nombre se le da también porque anda siempre sin compañero; en Buenos Aires, y en el Uruguay, únicamente en primavera lo he visto en maridaje. Recibe denominaciones diversas, aunque menos apropiadas, según las provincias: *Monjita* en La Rioja, *Nievecita* en Salta, *Animita* en Catamarca; y en algunas partes de Córdoba, *Copo* y *Suspiro*.

52. **Ovejero.** *Machetornis rixosa rixosa* (Vieillot). — Hasta dieciséis juntos alrededor de una majadita de ovejas, tres sobre ellas, los demás acechando los insectos entre las hierbas, con sacudimientos convulsivos de las alas, listos al ataque, como un dardo el pico negro, engastado en la sombra oscura que le atraviesa el ojo, repitiendo su *Trit... tit... trit...*, para terminar, tras velocísima corrida, con un mortífero lanzazo. La sombra oscura muy señalada en vida, en las pieles de colección sólo se percibe poniéndose a distancia. Lleva la librea más corriente en la familia: pardo-oliva en lo superior, amarillo por debajo y un invisible copete rojo entre algunas plumas blancas, que, el ave en la mano, aparece como una pequeña herida sanguínea; este rasgo (según algunos) le ha valido el nombre de *Matadura*, que le dan en la Mesopotamia argentina, aunque para otros, como lo señaló d'Orbigny¹ en 1834, responde a que con frecuencia se posa sobre el lomo de las bestias con mataduras, en espera de las moscas. En la estancia « La Portaña », en San Antonio de Areco, donde es azote de las abejas, le dicen *papamoscas*, denominación apropiada.

53. **Tijereta.** *Muscivora tyrannus tyrannus* (Linné). — Inconfundible con su cola negra en larga tijera, como de treinta centímetros por hoja, retinta la corona, ceniciento el lomo, pardas las alas, blanco por debajo, toque de amarillo en la corona. Peleadora y valiente, ataca a los Chimangos [*Milvago chimango* (Vieillot)] y los pone en retirada.

54. **Benteveo real o Suiriri grande.** *Tyrannus melancholicus melancholicus* Vieillot. — También éste tiene, al par del *Ovejero*, la frecuente librea de la familia: por encima gris algo verdoso, amarillo por debajo, con el correspondiente copete, más o menos oculto, colorado y amarillo. Vistos en piel se asemejan bastante, pero el *Benteveo Real* tiene un pico muy ancho y chato, por igual negro, y es mucho más bigotudo que su pariente. En vida no hay posibilidad de confusión por su distinto comportamiento. Mientras el *Ovejero*, más terrestre que arborícola, prefiere cazar entre los pastos, el *Benteveo Real* o *Suiriri* (así lo llaman,

¹ *Voyag. IV Oiseaux*, pp. 350-50. « Non seulement ils se nourrissent d'insectes, mais ils paraissent aimer les croûtes qui se forment sur le dos des chevaux blessés, ce qui les a fait nommer *Matadura* par les correntinos, du nom même de ces blessures » ... « Les mbocobis du Chaco les nomment *cologgo* ».

por su voz, en las regiones guaranílicas), es aficionado a las alturas y capta los insectos, sus víctimas aladas, en cetrerías aéreas. En Piedra Blanca (750 metros sobre el nivel del mar), cerca de Estanzuela, en el límite con Córdoba, pude observar un buen rato a tres ejemplares que evolucionaban desde lo más alto de un sauce en vuelos de arremetida, violentos y alternados, alas agitadas y en suspenso, desplegando y contrayendo la cola en horqueta, el cuerpo y los miembros todos en acción nerviosa y concentrando el esfuerzo al servicio de la implacable cacería. Con la luz del poniente brillaba, intenso, el amarillo del cuerpo mientras el de bajo las alas quedaba en transparencia. « Su humor parece triste », dice Azara; de ahí viene lo de *melancholicus*, pero en realidad es bravío y movedizo cuando abandona la quietud del acecho. En enero de 1941 pude verlo, en el Canal del Urión, Paraná de las Palmas, persiguiendo nada menos que a un imponente *Carancho* [*Polyborus tharus* (Molina)], que huía despavorido de los picotazos propinados en la nuca por el diminuto enemigo, sin poder desprenderse de él a pesar de los vuelos en zig-zag, hasta que con una rápida caída dejó al *Suiriri* distante, el que abandonó la partida, volviendo, despreocupado de la aventura, a instalarse de nuevo, impassible e inmóvil, en la misma rama seca de donde se levantó para lanzarse a la audaz empresa

55. **Churi.** *Empidonomus aurantio-atro-cristatus* (Lafresnaye y d'Orbigny), le doy como nombre vulgar el que le aplican en Santa Fe. Uniforme gris-pardo oscuro, intensificado hacia negro pardusco en la cola y las alas, capota negra bajo la cual lleva, materialmente invisible, un copete amarillo. En lo alto de un árbol sin hojas una pareja en actitud sosegada, pero de pronto irrumpía uno de ellos en vuelo a veces recto y en caída tras algún incauto insecto que era saboreado luego, en sosiego, sobre la misma rama; y hasta el próximo.

56. **Bicho overo.** *Myiodinastes solitarius* (Vieillot). — « Siempre solitario sobre las ramas altas de monte » (Gavio). Jaspeado longitudinalmente de gris, negro y blanco, la cara rayada; cola negra con márgenes rufos; por debajo blanco grisáceo, rayado de negro; lleva sobre la corona el correspondiente parche amarillo, sobre blanco y negro; pico ancho y fuerte como el benteveo real, pero si bien negra su mandíbula superior, la de abajo es color hueso. *Suiriri* « chorreado todo » lo llama Azara.

57. **Pito Juan.** *Pitangus sulphuratus bolivianus* (Lafresnaye). — El Benteveo de Buenos Aires; los guaraníes le daban el nombre, todavía en uso en Corrientes, de *Pito-hue*, onomatopeya perfecta de su grito; en Tucumán: *Quetupi*. Ruidoso y griton, con su casquete negro, con mancha amarilla, sobre un círculo blanco; pardo por arriba y azufrado por debajo.

58. **Burlisto cieniciente.** *Myiarchus pelzelni ferocior* Cabanis. — En Piedra Blanca un ejemplar muy confundible a la distancia con el Benteveo Real, puede distinguirse sin embargo porque tiene menos amarillo en lo inferior y el pico más angosto y más claro.

Ahora, pasando a los tiránidos de menor cuantía, en tamaño y agresividad, no así en gracia y placidez:

59. **Piojito de pico amarillo.** *Spizitornis flavirostris flavirostris* (Sclater y Salvin). — Uno de los más pequeñitos, si no el más pequeñito de los miembros de la familia en la Argentina: pardo oliva por arriba, copete negro bien marcado, pico francamente amarillo, alas rayado claro, coludito, y por debajo algo de amarillo palidísimo.

60. **Tiqui.** *Serpophaga subcristata* (Vieillot). — Este *piojito* gris pizarra con vientre amarillo, tiene las alas con bandas blanquizecas, el copete no muy pronunciado, negro con gris y algo de blanco. En la Estancia « San Isidro », de Earnshaw, en Magdalena, Buenos Aires, tuve oportunidad de ver un nido, pequeño y hondo, formado con líquenes.

61. **Pulguita.** *Serpophaga munda* Berlepsch. — Para este *piojito* tomo el nombre vulgar dado en La Rioja (vecina a San Luis), según Giacomelli, quien escribe, probablemente por error, *Pulgita*, pajarillo al que trata de « insignificante y bailarín ». Insignificante lo es por su tamaño, porque ha de ser uno de los más pequeños miembros de la familia, y bailarín también, pues vive en perpetua agitación entre las zarzas, en busca de insectos diminutos proporcionados a su volumen. Color pizarra por arriba y blanco por debajo, así como la banda de las alas y parte del copetillo.

62. **Piojito oscuro.** *Serpophaga nigricans* (Vieillot), también llamada *oscurito*; lo es en efecto, porque el gris fuliginoso de las partes superiores, algo de pardo en el cuello y pecho, como el color general ceniciento, quedan como oscurecidos por el negro de la cola y de las alas. Cuando hay brisa sus plumas finas se agitan y al contraluz forma como un halo de humo. En la estancia San Isidro de Earnshaw he visto un nido de construcción compacta, con tintes rojizos y negros.

63. **Ffo-ffo.** *Elaenia albiceps chilensis* Hellmayr. — A este *piojito* aceitunado, un si es no es copetón, lo llaman en la vecina Mendoza *Silbador*, y como todos los miembros del género tiene matices oliváceos (en griego *elainos* = de olivo) y sobre la cabeza, a falta de copete definido, una manchita blanca. Dice: *tic... tic... tic...*

CORTABROTES. — De la familia, larguísima, de los Tiránidos, pasamos a la cortísima de los Cortabrotes (*Phytotomidae*) — en griego: *phytón* = lo que crece, por extensión brote; y *tomós* = cortante — tan corta y escasa que en total se queda en un solo género con tres especies, y cuando mucho se le puede agregar una subespecie.

64. **Quejón.** *Phytotoma rutila rutila* Vieillot. — La presencia de este hurao pajarito se comprueba más por el oído, a causa de su canto misterioso, que por la vista, a pesar de ser vistoso (*rutila* = encendido de color) debido al rojo ferrugíneo del pecho y de la frente, aunque en el resto es plumizo, salvo unas marcas blancas en las alas. Esto para el macho, porque la hembra es bien diferente y de mayor modestia, pues no pasa de un jaspeado de gris y negro, con una remota semejanza con el *Chingolo* (*Zonotrichia capensis*), por lo cual en algunas partes lo llaman *Chingolo grande*, como que es casi un tercio más grande que el verdadero. Su pico, su temido pico para los retoños de primavera, impresionó a Azara al punto de dedicarle una minuciosa descripción, que merece transcribirse: « Pico largo y ancho $5\frac{1}{3}$, alto $3\frac{1}{2}$ [líneas francesas], agudo, un poco corvo, pardo verdoso arriba, celeste abaxo, robusto, la mitad inferior notablemente más ancha y un poco más larga que la superior; cuyos labios tienen interiormente dientecillos finos como los de una rueda catalina de reloj de faltriquera, que sólo se advierten abriendo la boca. La mandíbula superior tiene también iguales dientecillos muy notables. La lengua no tan ancha como la boca, ni muy delgada, la punta muy aguda ». Por todo esto lo moteja de *Había Dentado*. Pero su distintivo esencial, es el inconfundible reclamo, signo denunciador, rechinante y extraño. Hace algún tiempo en El Destino — Magdalena, B. A., — propiedad consagrada como un paraíso de los pájaros, residencia de Don Ricardo Pearson y de su señora Doña Elsa Shaw, mientras escuchábamos, en un monte de talas, el canto aquél, o mejor dicho exótico quejido, se trató de definirlo. Don Mauricio Earnshaw explicó: aquí lo llamamos *Ranita del Monte*, por su grito como de rana; a mi vez pretendí caracterizarlo como chasquido de corcho sobre vasija de barro, y por último el Dr. Mac Donagh, con mayor exactitud, agregó: es una rama rota que cruje. En Buenos Aires le dicen *Rechinador*; en Tucumán, Salta y Jujuy: *Corderito* y también *Carnerito*, porque, en efecto, su garganteo puede evocar un balido. El extraño sonido lo produce tanto el macho como la hembra, para lo cual antes de empezar hinchán la garganta como las palomas para su arrullo, y al emitirlo apenas entreabre el pico y se les encrespan las plumas de la nuca; son, por otra parte, un tanto despeinados de plumaje.

GOLONDRINAS. — Entre las golondrinas anoté:

65. **Golondrina negra.** *Progne modesta elegans* Baird. — Diez de ellas, al parecer totalmente negras, mas en realidad de un azul púrpura intenso y lustroso, alas agudas y cola ahorquillada, en revoloteos a tontas y a locas desde unas altas ramas secas a una cornisa, interrumpidos por uno que otro « raid » como demostración de la potencia de su vuelo, deslizante y giratorio, acompañando las maniobras con un agitado sonido con pretensión de gorjeo, pero que no pasaba de un conato de pitada en pito cascado.

66. **Golondrina rabadilla blanca.** *Iridoprocne leucorhoa* (Vieillot). — En vuelo bajo, gárrulas, muy brillante el verde intenso, bien definida la rabadilla blanca que separa, en ancha franja, el bronceado, que domina en el cuerpo, del negro caudal, algo verdoso; frente blanca como toda la parte inferior.

67. **Golondrina parda,** como la llama Azara. *Phaeoprogne tapera fusca* (Vieillot). — La más argentina de las golondrinas, porque anida en el horno del *hornero* (*Furnarius rufus*), como lo refiere Hudson, dato confirmado por Ronald Runnacles en enero de 1935 y reiterado en carta del 2 de enero de 1940, fechada en Ajó, Buenos Aires: « La golondrina parda anida exclusivamente en el nido de *Hornero* ». Es de color pardo oscuro uniforme, salvo el blanquizco de la garganta, el resto pardo grisáceo, más oscuro en los flancos y el vientre blanco, la cola un tanto dividida. Azara nos cuenta que: « quando se aproxima el invierno, que es tiempo de dexarnos, se junta en bandadas hasta ciento », pero en sus migraciones no sale de Sud América, porque no pasa de Venezuela y Colombia. El mismo decía: « Se posa en árboles secos o poco frondosos », por eso Hudson la llama *Tree Martin*, golondrina (vencejo) de los árboles en los cuales canta con notas « algunas ásperas, otras argentinas o líquidas, como chorreantes gotas de agua » (Hudson).

RATONAS. — Y en hablando de buen canto le llega el turno a un pajaro que, aunque venga a la zaga del anterior, no le va en zaga, ni mucho menos, en cuanto a melodías.

68. **Pititorra casera.** *Troglodytes musculus chilensis* Lesson. — Su canto dulce, sostenido y rotundo, es oído con variantes en toda América latina, porque nuestro típico *Reyezuelo* se difunde, con pequeñas diferencias raciales, desde México y las Antillas a las Malvinas, mientras sus próximos hermanos del mismo género (*Troglodytes aedon*) recorren los Estados Unidos y parte del Canadá. En la Argentina, donde pueden señalarse cinco o seis variedades, recibe popularmente nombres diferentes, en particular el de *Ratona* (*musculus* = ratoncillo), y a veces *Tacuarita* en Buenos Aires, como en Salta *Tacuara*, y *Carrasquita* en

Tucumán, La Rioja y Santiago del Estero; *Pititorra* también en San Juan, Mendoza y Córdoba, así como *Cucuruchita*. Para el profano, que no tiene por qué entrar en distingos sistemáticos sólo puede haber dos ratonas en el país, de género diferente, por otra parte (*Troglodytes* y *Cistothorus*), y de ellas ésta, la *Casera*, es la más oscura: color café, con rayitas negras al través, en el dorso. Vive en perpetua movilidad, recorriendo, como un ratoncito, enredaderas y aleros, sin cuidarse del hombre, en cuya propia casa busca el agujero o la rendija, con entrada en algunos casos reducida, a manera de defensa, a una pulgada de diámetro. Esta afición a construir su nido en sitio recóndito le ha valido a esta graciosa avecilla, el terrorífico nombre de *Troglodito* (sic), cual antropoide habitant de cavernas, despiadadamente aplicado por Azara (1805)¹, y luego consagrado definitivamente por Vieillot (1807), metódico clasificador de gran parte de las especies descubiertas por aquél. Su hermana, la del ave se entiende, (*T. m. musculus* Naumann) residente en el Paraguay, en la mayor parte del Brasil y en nuestro territorio de Misiones, fué la primera en recibir tan ofensivo mote, cual si fuera un temible bárbaro, mote que pasó en seguida a nombre de familia, por haber sido aplicado, quieras que no, a su prima la « House Wren » norteamericana (*T. a. aedon*), quien llevó hasta entonces y durante un tiempo (1791-1807), más graciosamente, la denominación de *Motacilla aedon*, como quien dice: Bardo meneacola. Los guaraníes, más humanos, le decían *Basacara-guaí*, tratando de representar la eufonía de su canto, del cual Azara decía: « Su estilo es por el término del Ruiseñor ». Por otra parte, Hudson, al comparar su gorjeo con el congénere inglés, considera que el del « pájaro argentino tiene mayor dulzura y más poder », y Burmeister lo declara « uno de los mejores cantores del país ». Los antiguos le atribuían particular valentía a la ratona - Shakespeare en *Macbeth*, cuando Macduff huye, hace decir a Lady Macduff, al sentirse abandonada ella y sus hijos: « Le falta el instinto de la naturaleza, porque hasta la pobre ratona, la más diminuta de las aves, peleará, sus pichones en el nido, contra la lechuza ». Esto haría sospechar que Shakespeare hubiera leído a Aristóteles, porque éste en su *Historia Animalium*, Lib. IX, 1, 14, dice: « Hay enemistad entre la ratona (ὄρχιλος, órchilos) y la lechuza (γλαύξ,

¹ El inventor del nombre no fué, por cierto, Azara. El primero entre los ornitólogos, en aplicarlo a un ave fué Gesner (1555). *Avibus*, Liber III, pág. 625, y lo hace en favor, o en contra - como fácilmente puede comprobarse por el dibujo que acompaña - del luego denominado *Roitelet* - *reyezuelo* - por Brisson (1750), la *Common wren* de los ingleses, llamada en España *Chochín*, *Castañita* o *ratilla* (hoy *Troglodytes troglodytes*). Gesner, a su vez, toma esta denominación de Aetius, *Tetrabiblos*, Lib. XI, Cap. XI, médico de la Corte de Bizancio, quien dá varias recetas para ingerir al pajarillo, como remedio para las afecciones renales, y establece las diferencias con el *reyezuelo* propiamente dicho [*Regulus igni capillus* Temminck]. « Sin embargo, se parece al reyezuelo en muchas cosas: *similis est autemregulo in multis* », dice Aetius a través de Gesner. El nombre *troglodytes* quedó como quien dice en la penumbra, hasta que Linné a la especie que en *Fauna Suec* n° 232 llama *Motacilla grisea*, la transforma en *M. troglodytes*, y pasa al primer plano cuando Vieillot crea (1807) el género.

glaúx)¹, aunque el poeta pudo estar informado por su tocayo y compatriota William Turner (1500-1568), quien se ocupó de las aves en en Aristóteles, en su obra *Avium praecipuarum quarum apud Aristotelem et Plinium mentio est, brevis et succincta historia* (1554).

No he visto, pero me dicen que existe, entre los arbustos del monte, la

69. Pititorra del campo. *Cistothorus platensis platensis* (Latham). — Un tanto menor y más clara, de un color arena o leonado pálido muy estriado de negro, las remeras moteado de claro. En la provincia de Buenos Aires se encuentra hasta en pequeñas colonias en los pajonales y cañadas. Su canto es decididamente menos sonoro y variado que el de la casera; sin embargo la variedad paraguaya — y de San Pablo del Brasil — recibe de Azara, quien la llama *Todo Voz*, los más superlativos elogios sobre su canto. Para distinguir una de otra basta recordar que la casera es más oscura y uniforme de color y la del campo toda jaspeada longitudinalmente de la cabeza a la cola y ésta transversalmente.

CALANDRIAS. — Y en materia de canto vamos *in crescendo* porque hemos de encontrarnos con las *Calandrias*, cantoras máximas argentinas. Pertenecen a un grupo (género) americano cuyas 26 variedades se distribuyen, de polo a polo, toda la mitad central del meridiano, como quien dice de Boston a Comodoro Rivadavia, sin arriesgarse a ocupar, por demasiado fríos, los 45 grados restantes, arriba y abajo. Todas ellas poseen un sorprendente don de imitación que ha motivado la denominación técnica de *Mimus* — mimo, bufón. — Los notreamericanos llaman a las suyas [*Mimus polyglottos polyglottos* (Linné), y *M. p. leucopterus* (Vigors)] *Mocking-bird* — pájaro imitador — y los mejicanos, a las propias, *Sinsonte*, deformación de *Cenzontle*, nombre dado por los aztecas (idioma Nahuatl), y cuyo significado es « Cuatrocientas leguas ». Nosotros las llamamos arbitrariamente — como a algunos otros animales de nuestra fauna — *Calandrias*, porque así la bautizaron los españoles desde su llegada al Río de la Plata, por encontrarla semejante a la *Calandria* española, también llamada *Alondra grande* (*Alauda calandra*), que « tiene la habilidad de remedar el canto de las otras aves canoras » (Vayredo. *Fauna Ornith. de Gerona*. 1883); ya en 1729 el Diccionario de Autoridades, el primero publicado por la Real Academia Española, decía de la misma: « enciérrese en jaula y suele imitar la voz y canto de otros pájaros ». Pero Azara supone que le dieron a la nuestra el tal nombre porque « canta deleytosamente », y también, me permito agregar, por-

¹ *Macbeth*, act. IV, esc. 29:

He wants the nat'ral touch; for the wren,
The most diminute of birds, will fight,
Her young ones in her nest, against the owl.

que, además de imitar, canta volando o vuela cantando – como más plazca. Y luego comenta: « mas no por esto se ha de pensar que tiene analogías con la *Calandria* de mi tierra, de quien dista muchísimo, por cuyo motivo convendría darle otro nombre ». El pudo hacerlo, hoy es irremediable.

70. **Calandria de la sierra**, como llaman a la especie patagónica *Mimus patagonicus* Lafresnaye y d'Orbigny. — La más pequeña de las tres y no tan bien dotada en cuanto a gorjeos. Muy parecida a la siguiente. Es la más austral de las calandrias, registrada en Santa Cruz, Patagonia (45° lat. S.) – se expande sin embargo, por todo el centro del país hasta llegar a Maimará en Jujuy.

71. **Calandria común**. *Mimus saturninus modulator* (Gould). — La mayor y más frecuente de las argentinas, con distribución semejante a la de la anterior, aunque no se corre tan al sud. Es de un gris oscuro general, algo blanquecino por debajo, con aquella ceja clara que acentúa la expresión vivaz e inquieta de los ojos, cuando corre sobre el césped con incomparable gracia de movimientos, dejando caer las alas y levantando la cola, en alto la cabeza mecida por lentos esguinces laterales del cuello. Cantante incansable y hábil imitadora, muestra preferencia por los árboles espinosos, desde la punta de los cuales irrumpe en ascensiones verticales desgranando notas.

72. **Calandria blanca**. *Mimus triurus* (Vieillot). — Extraordinariamente abundante, se la encuentra en grupos de 6 a 8 en los boscajes de chañar y espinillo; al pasar en vuelo de un árbol a otro dan la impresión de un pájaro blanco, porque el gris pardusco del lomo y el más pálido del pecho, son eclipsados por las anchas fajas blancas de las alas que resaltan, aún más, sobre el negro de las mismas, y también por la cola, por igual blanca, que la pavonea al volar, como subrayada por las plumas centrales oscuras; blancos también los costados de la cara más las cejas, garganta y centro del abdomen. Es la *Calandria Real* buscadísima, cuando posee variedad de imitaciones, en cuyo caso alcanza alto precio en las pajarerías, en una de las cuales – una de las clásicas en calle Moreno, Buenos Aires – existía hace algunos años un ejemplar que formulaba 36 « remedos », según su propietario. Azara la llamó, un tanto caprichosamente, « de las trescolas », « porque parece que las tiene cuando vuela ». Esta es la que Hudson consideraba « entre los pájaros cantores como el diamante entre las piedras ». En la región cuyana recibe el nombre general de *Tenca*, a usanza chilena, nombre de origen araucano: *thenca*, registrado por Molina (1782). Se encuentra

desde el Río Negro hacia el Norte, pasa por Uruguay hasta el Sud del Brasil, y llega al Paraguay y S. E. de Bolivia.

ZORZALES. — Entre los zorzales, también destacados cantores:

73. **Mandioca.** *Turdus amaurochalinus* Cabanis. — Conocido corrientemente por *Zorzal blanco*, aunque en realidad no lo es porque su color es gris-oliva con gris claro por debajo, mientras el blanco sólo aparece en el vientre; ojo redondo como todos sus congéneres, pico amarillo. Se le llama así por contraposición a su pariente el *Zorzal colorado*, al cual aventaja en su canto de primavera, más decidido y resonante. « Los acordes del *Zorzal blanco* — dice Hudson — fluyen en una continua corriente », y agrega: « entre nosotros, en el clima templado de Buenos Aires empieza a cantar en septiembre, posee el mejor canto de los pájaros que conozco, exceptuando sólo la *calandria blanca* ». En las provincias de influencia guaraní así como en algunas regiones del Uruguay, suelen llamarlo *Sabidá*, a usanza *Tupí*, por contagio brasileño; en el guaraní propiamente dicho es *Habidá*, nombre genérico de los zorzales adoptado por Azara¹. Tiene parentesco, aunque algo lejano, con el renombrado *sabidá* de los poetas brasileños — *Minha terra tem palmeiras onde canta o sabidá* (Olavo Bilac) — porque éste pertenece a otro género [*Platycichla flavipes flavipes* (Vieillot)] y es conocido por *Sabidá-una*², vale decir zorzal negro, con una cierta semejanza con el mirlo europeo, como la tiene nuestro *mirlo* o *zorzal de la sierra*.

74. **Chalchalero colorado.** *Turdus rufiventris rufiventris* Vieillot. Asllamado por su afición al *Chalchal* (*Allophilus edulus* Jussieu), sapindáícea que produce como fruta unas bayitas rojas. Mayor en tamaño y parecido al anterior, pero rufo por debajo y el pico más oscuro, con el mismo andar nervioso y gallardo, desprendidas las alas hacia el suelo. Canta agradablemente e insiste en un trino que en el lugar interpretan como un: *te quiero pepito*, vocalizada con rapidez. En Buenos Aires: *Zorzal colorado*.

75. **Mirlo.** *Turdus chiguanco anthracinus* Burmeister. — Abundantísimo muy visible por lo grande y oscuro; íntegramente, casi negro (*anthracinus* = de color carbón), en los jóvenes pardusco, pico algo curvado, amarillo anaranjado, como el círculo que rodea el ojo, todo lo cual le da gran semejanza con el Mirlo europeo, si éste tiene patas oscuras el nuestro las tiene amarillo pálido y es bastante más voluminoso. Como aquél es apreciado como ave de jaula por su silbido sonoro y dulce.

¹ MONTTOYA, *Tes. Leng. Guaraní* (1939): « Haábia, çoreal, ave conocida ».

² H. VON IHERING, *Av. Estado de S. Paulo*, pág. 128: « O mais estimado cantor entre os sabiás » provavelmente entre os passaros do Brazil ».

Es uno de los maestros cantores del lugar. Se le llama también *Zorzal de la Sierra* o *Zorzal negro*; en Catamarca, *Cochoino*, y en Tucumán: *Viuda*, probablemente por su color de luto, y en las regiones montañosas de la misma provincia, en los cerros, como allá dicen, donde existe influencia quichua en el idioma, lo llaman *Isma*, que quiere decir, precisamente, *Viuda*. La variedad peruana habita aún a mayor altura, como que d'Orbigny la encontró arriba de los 2000 metros, recibiendo de los indios Aymarás el nombre de: *Chiguanco*.

En la primavera tuve oportunidad de presenciar un caso curioso de adopción, ejercida por un par de *horneros* en favor de un mirlo inmaduro, de vuelo débil, plumaje completo, pero con el pico no totalmente desarrollado, ni con el color definitivo. Se paseaba el día entero por ambos frentes de la casa principal de Estanzuela, vigilado por sus padres adoptivos, solícitos en alimentarlo recogiendo insectos y hasta alguna tamaña lombriz que ponían en la boca del presunto huérfano, que la devoraba con glotonería. Por lo general era uno solo el *hornero* proveedor porque se alternaban en la tarea de abastecimiento; al que estaba de turno lo seguía de cerca el joven mirlo, acortando la distancia en un trabajoso revoloteo cuando el *hornero*, con su paso redoblado, se alejaba con rapidez propia de un peatón veterano. En una ocasión los legítimos padres se juntaron con el vástago pretendiendo ejercer, con todo derecho, la patria potestad; pero los putativos no admitieron semejante intromisión, y sin más trámite arremetieron contra la pareja de mirlos, como si fueran intrusos, y ante tan incomprensible injusticia, evidente abuso de autoridad, verdadero secuestro, los mirlos, desconcertados, huyeron, mientras los *horneros* entonaban un dúo risueño y continuaban atendiendo a su protegido. Sin embargo, a pesar de tanta solicitud, los *horneros* tenían, por lo visto, normas para el trato con el hijo adoptivo, porque una vez que éste intentó seguirlos al nido — en un paraíso, a baja altura — lo sacaron al trote a picotazos. No sé cuándo habrían empezado a ejercer esta tutela; yo pude comprobarla durante cuatro días, y duró, según me informaron, cuatro días más, al cabo de los cuales los tutores resolvieron declarar mayor de edad al pupilo, despachándolo violentamente.

Y entre los exclusivamente moradores del bosque o de la selva (= *sylva*) se encuentra el único miembro argentino de la familia de las Sylvidas (*Sylviidae*):

76. **Piojito azulado.** *Poliophtila dumicola dumicola* (Vieillot), precioso pajarito que me es familiar por haberlo observado en frecuentes oportunidades, en particular en el Delta del Tigre, generalmente en pareja, arriesgándose hasta los zarzales de la orilla, en inquieta movilidad, meneando su colita negra de ribetes blancos, más larga que el cuerpo azul-grisáceo. Uno de los rasgos llamativos es la ojera negra,

propia del macho, que de la frente llega hasta la nuca, y encubre el ojo como parche de tuerto. Saltan entre las hojas, de ramilla en ramilla (*dumicola* = = habitante del matorral), con un insistente quejido, como en diálogo; Hudson dice que no tienen canto propiamente dicho, pero emiten, sin embargo, un débil silbido. En la estancia « San Isidro » de Earnshaw — Magdalena, Buenos Aires — me mostraron un nido, en forma de media esfera, perfectamente construido, a base de líquenes; los huevos son azulados con pintas castaño, lo que corrige la referencia de Burmeister, que los suponía blancos. En Tucumán lo llaman, con bastante propiedad, *Azulejo*; en Santa Fe, *Tacuarita mora*.

Entre los verderones (*Vireonidae*), también saltarines entre las frondas, sólo anoto al:

77. Chiví-chiví. *Vireo virescens chivi* (Vieillot). — Color general aceitinado (*vireo*, *onis* = verderón; *virescens* = el que se pone verde), cejita posterior clara, partes inferiores gris azulado claro, algo de amarilló en el bajo vientre, pico fino con uñita tipo tiránido. Azara, a fuer de Capitán de Fragata — porque lo era, además de Teniente Coronel e Ingeniero — lo nombra al *Chivi-chivi*: *Gaviero*, porque anda por las gavias, vale decir por la parte intermedia; « esto es, sin dexarse ver en las cumbres, ni en lo inferior de los árboles, ni en el suelo »; lo da por muy inquieto, « y para pillar los insectos de las hojas, toma todas las situaciones posibles »; y su voz « unas veces suena *chivi-chivi*, y otras *ble-ble-ble*; y parece que su oficio es cantar ».

Cachirlas familia *Motacillidae*

78. Cachirla o Cachila. *Anthus correndera* Vieillot. — La misma tan común en las praderas de Buenos Aires, con aquella manera de elevarse en vuelo trabajoso y vertical, carente de planeos, mientras emite un canto débil, discontinuo, y aquel plumaje color de arena, poco vistoso y perfectamente mimético con el ambiente en que vive. Su tamaño aproximado al de un gorrión. Se extiende sobre buena parte del territorio en un cuadrilátero cuyos cuatro vértices pueden fijarse en Río Negro, Mendoza, Salta y Misiones; pasa al Uruguay, Sud del Brasil y Paraguay. Hay tres razas más: una de los Andes catamarqueños, otra del sur de Patagonia y Tierra del Fuego y una tercera, o sea cuarta, de las Malvinas, sin perjuicio de otras once especies pertenecientes al mismo género y a otros países.

PROJITOS; familia *Compsothlypidae*.

79. Amarillito. *Geothlypis aequinoctialis velata* (Vieillot). Y lo es casi totalmente, salvo la cabeza gris y la frente y mejillas negras; de

tamaño aproximado a un misto cimarrón [*Sicalis flaveola pelzelni* Selater], pero con pico más largo y fino, como de insectívoro.

En ambiente tan favorable no puede faltar el único representante, en nuestro país, de los Plocidos, intruso originario del viejo continente, invasor universal de las tierras de abundancia.

80. **Gorrión.** *Passer domesticus domesticus* (Linné), escaso, pero lo necesario para darle una nota europea al ambiente colonial. Desde su llegada, hace 70 años, en la época de Sarmiento, los gorriones traídos por el cervecero Bieckert, como un recuerdo vivo del país natal, se han difundido por todo el país sin perdonar ni al lejano territorio de la Tierra del Fuego. A fuer de ciudadanos no se les ve en el bosque; están siempre en las poblaciones arrimados a la vida fácil proporcionada por las sobras de cocinas y establos; además encuentran refugio abrigado en el nido del *hornero*, del cual se apoderan en cuanto queda desocupado, si no lo madruga la *golondrina parda*. Como en todas partes andan a saltos, vivarachos y aprovechadores, el macho con sus parches blanco-grisáceos en el cuello y la garganta negra, y la hembra en colores pardos sin ningún rasgo saliente.

TORDOS.

Vienen luego los tordos, familia de los *ictéridos* (*icteridae*), caracterizada por la inteligencia y mansedumbre de sus miembros, de los cuales no todos tienen el color propio de la ictericia (= *icteros*, en griego), a pesar de lo cual están agrupados con la amarilla *oropéndola*, llamada por los griegos, igualmente, *icteros*. También les dicen *Trupiales*, por aquello de andar en tropa (*troupe*), según invento de Brisson (1760), y no de Carlos Bonaparte, como lo supone Newton (*Dict. of Birds*), pues el príncipe ornitólogo no hizo más que adoptarlo para un género de su creación en el cual estuvieron incluídos nuestros pechos colorados; invento explicado por el deseo de separar a las especies cuyo color dominante es el negro, de las que nada tienen de color de gualda. Para nosotros el primero de los tordos, lo es casi por antonomasia el

81. **Renegrido.** *Molothrus bonariensis bonariensis* (Gmelin), el famoso y comentadísimo *Tordo negro argentino*, aunque no es, por cierto, precisamente negro, porque luce tornasolados reflejos purpúreos. Comentado sobre todo por Friedman, quien en su admirable trabajo (*The Cow-bird*, 1929) sobre el parasitismo, ha escudriñado la vida íntima de este vagabundo sin hogar, desprovisto de casa propia, perpetuo depositante de sus huevos en nido ajeno, sin reparos ni medida, como lo demuestra el censo levantado por aquel autor, el cual comprueba la existencia de 84 especies de inocentes pajaritos víctimas de tan extraña ausencia de

sentimientos maternos, censo completado en 1931 con 16 especies más, con lo cual se completa el centenar de víctimas. De esta carga, pesada y gratuita, no se ha librado ni la menuda *ratona*, la cual, alguna vez, al volver a su modesta madriguera se ha encontrado, con la consiguiente sorpresa, con un desmesurado huevo que no era ni podía ser suyo, pero sobre el cual, por la fuerza imperativa del instinto, ejercerá la función incubadora; drama afligente, luego pavorosa tragedia cuando nace el polluelo, expósito precoz, que a los pocos días ha superado en tamaño a sus atribulados padrastrós, quienes no dan la ida por la venida acarreado alimentos para el monstruo insaciable. Entre tanto, el padre verdadero corretea despreocupado por los campos, en banda con otros, seguidos por sus compañeras, éstas siempre en menor número, descoloridas a un tinte pardo ceniciento. El Renegrido merece, pues, el nombre de *Molothrós*, que los griegos bizantinos aplicaban a lo que hoy llamaríamos un parásito, porque, como explica Suidas (Siglo X), era: *qui non vocatus, alienas sedes intrat*, el que sin ser llamado entra en casa ajena.

82. **Mulata.** *Molothrus badius badius* (Vieillot). — Tordo gris, en general, con alas castañas; en Buenos Aires se reúne en pequeñas tribus, parteras y confiadas, que con toda naturalidad circulan en los patios de las estancias, realizando, a veces, al encontrarse dos bandos, una serie de maniobras en conjunto, conocidas por « el baile de las mulatas », con arrastres de alas, conatos de vuelo, corridas y entreveros, en alto el pico entreabierto por los intermitentes gorjeos. Ambos sexos son iguales. Llevan unas ojeras oscuras que les hacen unos ojos muy sombríos y rasgados, verdaderos ojos de mulata, razón, probable, de su nombre vulgar. En algunas partes lo llaman *Tordo músico*, con toda justicia, porque cantan en coro, pero a contrapunto, con tonos débiles y tonos fuertes, cual si ensayaran una sinfonía, bastante sonora, por cierto. En San Juan: *Violinista*; en Uruguay: *Guitarrero*. El *badius* = bayo, aplicado por Vieillot, francés, no resulta de exacta aplicación en la Argentina, porque *bayo* es para nosotros el blanco amarillento en los caballos, y la tonalidad más clara en las partes inferiores de la *Mulata*, no autoriza tal denominación; pero el nombre, dado al ave por Azara, de *Tordo pardo-rojizo*, ha sido interpretado, en cuanto al color, como el *bai* francés, capa del caballo pardo-rojiza, correspondiente en los léxicos latino-franceses a *badius*; en cambio el pelaje *bai*, francés, equivale exactamente a nuestro zaino, de manera, pues, que no debe aceptarse el nombre vulgar de *Tordo bayo* — extraído de la nomenclatura y usado por algunos autores, — pero sí puede emplearse, en su reemplazo, el de *Tordo zaino*, como que, en realidad, sus alas pueden ser zainas. Como información, conjetural y pintoresca — cuya fuente no puedo precisar, —

agregaré que tengo entendido que el *bayo* español trae su origen de los árabes — maestros en caballerías, — porque era el color de la baya del datilero no sazonado, en tanto que el *bai* francés (zaino) es el color de la misma baya, pero madura; que lo digan las cajas que nos llegaban antaño de Marsella, con sus apretadas hileras de sabrosos dátiles perfectamente *zainos*.

83. *Loica*. *Pezites militaris militaris* (Linné). — Nombre regional del *Pecho colorado grande*. Pardo con negro en lo superior, ceja blanca, bien estirada, colorada en su nacimiento; por debajo escarlata como la banda de las alas, blanco debajo de las mismas, pico muy agudo. En cantidad en los alfalfares. La denominación de *Loica* debe ser adoptada de los indios ranqueles¹, de habla araucana, porque los mapuches (araucanos) de Chile llaman a este pájaro *Loica* o *Lloica*, desde los tiempos del Padre Febres (1765).

Entre los *Tangarás*, en volumen como fringílidos (gorriones, chingolos), pero de variados y contrapuestos colores — ejemplo: los *obispos* de las pajarerías, que vienen del Brasil — sólo había anotado uno, y de ahondar la búsqueda sospechaba no llegaría a dos, por razones de latitud y altura. Esta numerosa familia, exclusivamente latinoamericana — no cuento al aislado excursionista de verano a los Estados Unidos — era conocida hasta hace poco bajo el nombre de Tanágridos (*Tanagridae*), pero víctima de la frecuente, y a veces perturbadora, volubilidad de la nomenclatura, aparece ahora con el patronímico de *Thraupidas* (*Thraupidae*), emparentándola, así — parentesco verbal, por otra parte, — con un pajarito, *Thraupis*, mencionado por Aristóteles y que hasta ahora no se ha podido identificar con precisión²; y todo porque Boie (Friederich, 1789-1870), erudito jurista al par que ornitólogo, creador de numerosos géneros, desenterró el nombre ese para aplicarlo (1826) nada menos que a un *arzobispo* (*Thraupis archiepiscopus*, hoy *ornata*).

Pero el hecho es que esta familia, de glotones frugívoros, genuinamente criolla, ha sido de antiguo perseguida por el sino helénico, pues Marcgrave (1648) menciona un ave « *Tangara brasiliensibus* (*tangará*

¹ Los ranqueles, hasta varios años después de 1870, época de la famosa excursión del entonces Coronel Lucio V. Mansilla, ocuparon todo el extremo sudeste de San Luis, como resulta de las comprobaciones del bizarro militar, quien calculaba la existencia de 10.000 indios entre los 63 y 66° de Greenwich y los 35 y 37° de latitud sur.

² Aristóteles, en *Hist. Animalium*, VIII.3.6, lo menciona entre los pájaros que se alimentan del cardo (*ἄκανθο-φάγος*, acantho-phágos = el que come cardo), por lo cual podría colocársele entre los jilgueros (*carduelis*), como lo interpreta el primer traductor Gaza (1476). Gesner (1555) sigue a Gaza. Aldovrandi (1600), *Ornith.*, vol. II, Lib. XVIII, pág. 798, dice: El *Thraupis* de Aristóteles no es nuestro jilguero. *Thraupis Aristotelis non est carduelis nostra* — y más adelante al ocuparse del nombre aplicado por Belon (1555) dice que debe entenderse que es el ave « llamada *citrinella* por los italianos », hoy *Carduelis citrinella*. D'Arcy W. Thompson en su última edición de *Glossary of Greek Birds* (1936) supone sea *Serinus hortolanus* el *Verzellino* de los italianos.

para los brasileños), de la cual se encuentran algunas especies que varían de color »¹, — registrando por primera vez el nombre dado por los indios Tupís, y hete aquí que en 1766 aparece transformado por una metátesis de Linné, en *Tanagra*, sin que nada tengan que hacer en el asunto las delicadas terracotas de Beocia, ni tampoco la antigua ciudad que les diera el nombre, a pesar de que en ella — único antecedente ornitológico — se adiestraban los más famosos gallos de riña de toda Grecia.

84. **Naranjero.** *Thraupis bonariensis bonariensis* (Gmelin). — Por la diafanidad de la atmósfera serrana sus varios colores aparecen muy brillantes y contrapuestos entre el follaje oscuro del monte. El anaranjado



Naranja comida por un *naranjero* en la estancia la Barra de San Juan. Colonia, R.O.U. (Foto del autor).

del pecho, abdomen y la rabadilla, más el azul de la cabeza y las alas, intensificados por el negro del lomo y de la cara, justifican el nombre dado por Azara de *Lindo celeste oro y negro*. Lo de naranjero le corresponde no sólo por el color sino también por su afición a las naranjas. Cuando éstas entran en sazón el *naranjero* circula por entre las lustrosas hojas verdes en busca de la fruta predilecta; elige, después de varios ensayos, la colocada en situación más favorable a su faena alimenticia, se posa en una ramita vecina y desde allí comienza a menudear un martilleo con el pico sobre la corteza de la fruta; al pie del árbol va cayendo un polvillo anaranjado

¹ *Hist. Rer. Nat. Brasiliae*: reperiuntur ejus aliquot especies colore variantes.

y blanco, y sobre la tierra negra queda como rastro denunciador del audaz que se atreve a merodear en el cercado ajeno. Poco a poco ahonda un agujero hasta llegar a la pulpa, sorbida con fruición por el operante; la abertura es agrandada en círculo, por donde pasa la cabeza, para entregarse a la glotonería, luego el círculo crece de acuerdo a las necesidades, hasta llegar a un diámetro que permite al *naranjero* instalarse en uno de sus bordes y proseguir el yantar, y por último, metido en el interior de la naranja, la deja completamente vacía, limpia de hollejos y pepitas, pero pendiente, sin embargo, de su pedúnculo, de manera que, de mirarla del lado contrario a la trepanación, parece intacta (véase lámina). Alguna vez suele verse a la pareja trabajando, cuando las circunstancias lo permiten, cada uno por lado opuesto; en ese caso la naranja aparece con una circunferencia por costado, a manera de farolillo. En Entre Ríos le dicen *Siete colores*; en Corrientes, *Santa Lucía*; *Virreina* en Santa Fe; en Mendoza y San Juan, *Feste*. El nido es una perfecta media esfera. La hembra es diferente: pardo-gris, con algo de amarillo por debajo.

No esperaba encontrar otro miembro de esta familia, sin embargo, con gran sorpresa, encontré el

85. **Tangará azul, oro y celeste.** *Tanagra musica aureata* Viellot. — Azara lo llama *Lindo azul y oro, cabeza celeste*, y a todos los del grupo a que pertenece los califica de *Lindos*: «Así los denominó, porque poseen los esmaltes y colores más bellos de la naturaleza». En un rincón de singular amenidad, por el agua que corre y la vegetación, al caer la tarde, percibimos dos pajaritos de vivísimos colores. Costaba convencerse de que fueran lo que eran, porque no están señalados en la región: desde Bahía en Brasil se corren hacia el Este del Ecuador y el Perú y en la Argentina sólo bajan hasta Corrientes y Tucumán. Sin embargo eran lo que eran; observaciones posteriores comprobarán si su presencia es únicamente accidental. El macho daba la espalda y mostraba su cabeza y nuca «bleu de ciel», como ha descrito Taczanowski, y el lomo dorado entre las alas oscuras. Dejo que Azara continúe: «Baxo de la cabeza, sus costados y la frente son negros aterciopelados, sobre la misma y cogote celeste bellísimo, aunque claro, y da vuelta por detrás del oído: y de la nuca al lomo, las cobijas menores y timoneles superiores morados en conjunción con la luz, y azules bellos en oposición. El orden mayor de cobijas, remos y cola negros. El lomo, la garganta hasta la cola y costado de oro purísimo. El ala por debaxo, o los remos plateados, y las tapadas color de perla variada con amarillo; pero el encuentro es un jaspe de amarillo, negro y perla». Y no hay más que pedir. Su compañera, mucho más modesta, lucía el casquete celeste, algo más apagado, sobre una tonalidad, general, verde, oliva en su parte superior y amarillenta en la inferior. Según Stolzmann — en Taczanowski, *Ornithologie du Pérou* — esta especie

llega en las montañas hasta 7600 pies sobre el nivel del mar. Lo de *musica* le viene por la especie típica originaria de las Antillas, de la cual dice Desmarest: « Su voz es muy extendida y muy variada, y lo que es muy notable, es que puede tomar sucesivamente todos los tonos de la octava subiendo de grave a agudo ».

FRINGÍLIDOS. — De este grupo numerosísimo de granívoros, familión mundial, he anotado una docena.

86. **Picohueso.** *Saltator aurantirostris nasica* Wetmore y Peters. — Su voz pronuncia claramente un *chichiviro*..., como el que resuena entre los ceibos y sauces de nuestra mesopotamia, traducible a un *Juan Chiviro*... insistente y ruidoso. En Estanzuela es uno de los cantos más sonoros, estalla retumbante y alegre en la tranquilidad del monte, llamado que se expande a lo lejos y luego se repite como si el eco lo devolviera. A simple vista, entre la penumbra de las frondas, resulta un *Juan Chiviro* rioplatense (*S. a. aurantirostris* Vieillot), sin ninguna diferencia. Para establecerla he recurrido al cotejo de ejemplares de los Museos de Buenos Aires y La Plata, y debo confesar que no he conseguido fijar ninguna; la única particularidad que los distingue es el pico, más fuerte en los de San Luis. Haré, pues, la descripción del plumaje de la especie típica (*S. a. aurantirostris*), descripción que considero valedera para ambas razas. Se trata de la variedad que Azara llama *Había de pico anaranjado* — *había*, nombre genérico de los zorzales en guaraní¹, — la cual se encuentra en las provincias de nuestro litoral fluvial, se corre luego a través del Uruguay hasta el sur del Brasil; de ahí, cruzando el Paraguay, llega a Tucumán y aún al S. E. de Bolivia. Su color general es gris pizarroso con baño oliváceo bien marcado; el negro de la frente y costados de la cara está separado de la coloración restante por una raya blanca que desde el ojo cae a la base del cuello; la garganta no es negra, como describe Sclater en el Catálogo del Museo Británico, sino blanca lavada de leonado y está enmarcada por un collar pectoral negro que se une con el negro de la cara; todo lo inferior pardo teñido de un leonado, que se intensifica hasta el rojizo al refugiarse en las axilas y al llegar a las tapadas de la cola. Las alas y la cola responden al color general, aunque más profundo. La « grande mancha blanca » en la pluma exterior de la cola, señalada por Azara, no la he podido comprobar; se reduce, en los ejemplares examinados, a un borde desteñido. Es de tamaño más que mediano para un fringílido, porque su largo total oscila en los 18 centímetros. El pico anaranjado (*aurantirostris*) es sólido,

¹ MONTÓYA, *Tes. Leng. Guaraní* (1638): « Haabia. çorçal, ave conocida. Haabia-ti, çorçal blanco ». El *Sabá* de los brasileños. Rodolpho García en *Nomes de Aves en lingua Tupi*, trae la etimología: « contracção de haa-piy-har = aquello que reza muito (cf. Baptista Gaetano: 3, 147) ».

con punta fina cuyo extremo más agudo se encorva. Y en el pico está la disparidad entre las dos subespecies. La semejanza del plumaje, como ser la coloración más francamente gris en algunos ejemplares de San Luis, así como el pico más oscuro, podrían ser simples variaciones individuales, aunque he visto repetirse el caso en ejemplares vivos. El pico, pues, es más fuerte, igualmente puntiagudo y fino, imperceptiblemente más largo, más alto y ancho, sobre todo en la mandíbula inferior, con dimensiones que varían hasta en 2 milímetros; esta cifra va como simple indicación y puede servir de punto de partida para quien, disponiendo de tiempo, y de ejemplares, realice un estudio comparativo más completo. Cabe hacer notar que los ejemplares cazados en Mendoza – sitio de origen – presentan un pico más voluminoso en la base. Agregaré, a manera de contribución para quien desee continuar los cotejos, parte de la lista de ejemplares por mí examinados, con sus respectivas medidas, en la comprobación de las cuales he tenido la colaboración de mi amigo el Profesor Alfredo Steullet; tomadas para el largo, en el culmen expuesto (libre de plumas), y para el alto y ancho a la altura del ángulo del *gonis*.

SALTATOR AURANTHIROSTRIS AURANTHIROSTRIS

				LARGO (EN MILÍMETROS)	ALTO	ANCHO
1. M. B. Aires.	Nº 7349	♂	Santa Fe. Mocoví ..	20	12	8
2. M. La Plata	» 5461	♂	Sgo. del Estero. Girardet	18,9	11,5	9,6
3. » » »	» 5649	♀	Chaco. Napalpí	18,4	12,4	8,5
4. M. B. Aires.	» 8428	♀	Tucumán. Vipos	17,5	12,3	9,5 pico más negrozco.

SALTATOR EURANTHIROSTRIS NASICA

				LARGO (EN MILÍMETROS)	ALTO	ANCHO
5. M. La Plata	Nº 4458	♂	Mendoza. Vilucó ..	21	13	10,5
6. » » »	» 4459	♀	» » ..	20	13	9,5
7. » » »	» 0171	♀	San Luis	22	13	9,3
8. M. B. Aires.	» 448	♂	San Luis. Sierra San Francisco	19,6	12,1	9,5 plumaje muy gris.
9. M. La Plata	» 0166	♀	San Luis	19	11,5	9,3
10. » » »	» 7391	♀	Córdoba. Embalse .	19,1	13	9,3
11. Col. Steullet y Deautier..	s/n	♂♂	Córdoba, oeste. No- no.	19,3 17,6	12,8 12	9,9 9,5
12. M. La Plata	Nº 5373	♀	Buenos Aires. Cristiano Muerto	20	13	9,8 sin determinación subespecífica.

Al ejemplar del Museo de La Plata N° 5373, coleccionado por Alberto Merkle el 13 de agosto de 1923, en Cristiano Muerto, provincia de Buenos Aires, en las proximidades de la costa atlántica – latitud 38° 40', longitud 59° 30', meridiano de Greenwich, – no se le ha dado determinación subespecífica, pero por las dimensiones del pico, como puede comprobarse por el detalle que antecede, pertenece a la raza *nasica*, con lo cual su difusión queda notablemente extendida hacia el sur y el este, a no ser que se tratara de un caso aberrante como pareciera el de Mocoví; por comparación de las precitadas dimensiones se infiere, aparentemente, la existencia de un proceso de intergradación cuyo estudio acabado sólo podrá efectuarse con un material más copioso.

A pesar de esta imprevista dispersión, se le puede designar al *Picohueso* como *Pepitero cuyano* – *pepitero* se le llama en el noreste y parte del oeste argentinos, – porque le corresponde tal naturalización, dado que es oriundo de Mendoza, está en San Luis y debe encontrarse en San Juan – las tres provincias que, unidas, formaban la antigua de Cuyo – desde que se le ha descubierto también en La Rioja, límite norte del Cuyo colonial. *Pepitero* es el nombre dado a algunas especies del género *Saltator*, en la región montañosa norte y central del país, pero en la región ribereña tal nombre es desconocido, como podrá comprobarlo quien recorra las orillas de los ríos Paraná y Uruguay, porque sólo oirá de boca de los naturales el apelativo de *Juan Chiviro* – nunca *Pepitero* – registrado así en la lista de nombres vulgares de Enrique Lynch Arribalzaga, controlada y reforzada por la autoridad del Dr. Roberto Dabbene¹. Ahora bien, en los últimos tiempos se ha dado en adjudicar el nombre de *Juan Chiviro* al *Buen Cantor* (*Cyclarhis guayanensis ochrocephala* Tschudi), y en cierto modo esta adjudicación tiende a oficializarse, porque así está consignado en las láminas editadas por la casi Giberti y dirigidas por la S. O. P.² Hecho mínimo que merece atención. A pesar de todo el *Saltator aurantirostris*, contra viento y marea, continuará, imperturbable, gritando: *Juan chiviro!*..., como un desmentido a quienes pretenden modificar su estado civil.

Entre tanto el distraído *Buen cantor* no ha de ofenderse, porque nunca ha pretendido pronunciar un nombre al modular su canto jovial, ese « soliloquio » que a Hudson le recordaba a « uno de los descuidados silbidos de un muchacho que silba simplemente para expresar su alegría, sin tener ninguna tonada precisa en la mente ».

Al *Pepitero cuyano*, sus descubridores Peters y Wetmore le han aplicado (1922), para distinguirlo, el sobrenombre de *nasica*, como quien dice

¹ Ya en 1834, anotaba d'Orbigny, *Voyag. IV. Oiseaux* - pág. 257-58: « A Corrientes ou les nommes *Juan chito chiviro* » (sic), onomatopeya perfecta, por otra parte, del canto.

² El primero en adjudicarlo fué Holmberg en el Censo de 1895: entre ambos pájaros puede haber una cierta semejanza física que facilita la confusión.

narigón, o mejor dicho narigueta, porque hay discrepancia entre los léxicos en cuanto a su acepción exacta, aunque todos coinciden en el concepto de nariz puntiaguda y afilada, una de las características del pico del ave. Este calificativo de *nasica* no es agravante, al contrario, porque fué también aplicado, en tiempos remotos, a toda una dinastía de los Escipiones, familia de las más ilustres de la antigua Roma, la misma del glorioso Africano vencedor de Aníbal. El primero del apodo, Publius Cornelius Scipio Nasica, fué considerado como « clarísima luz de la magistratura »¹, y declarado por un Senado Consulto, « el hombre más virtuoso de la República », según refiere Tito Livio, aunque el precavido historiador paduano, por reparos de exactitud, reserva su opinión sobre el punto². De cualquier manera el *Pepitero cuyano* queda en buena compañía, vinculado a un linaje histórico.

87. Cardenal amarillo. *Gubernatrix cristata* (Vieillot). — Entre los varios ejemplares encontrados, uno de ellos mereció especial anotación porque estaba posado en lo alto de una rama, bien visible por la tiesa postura y por el dominante amarillo verdoso en el lomo tizado, tiznes repetidos en la cola y las alas, erecto el copete, de un negro de terciopelo, que se desdobra a modo de gorguera enmarcada por el dorado de las mejillas; al emprender el vuelo, recto y precipitado, el amarillo vivo de bajo las alas y vientre prevaleció reverberante a la luz del sol. La hembra, más apagada, lleva gris en el pecho y blanco en la cara. Es buscado como pájaro de jaula, no sólo por su plumaje, sino también por su canto insistente y dulce, aunque uniforme.

88. Rey del bosque. *Pheucticus aureoventris aureoventris* (Lafresnaye y d'Orbigny). — También víctima de la jaula, por iguales motivos de plumaje y canto. Más corpulento que el anterior, es menos luminoso, aunque ofrece mayor contraste en los colores, con predominio del negro, en la cabeza, pecho, lomo y cola, realzado por el amarillo del vientre (*aureoventris* = de vientre dorado), y de las alas, que llevan alguna nota blanca, así como los flancos. Es uno de los reyes de las pajarerías, muy solicitado porque no es nada bullanguero, su voz es suave y variada y por consiguiente nada cansadora. Tiene un pico potentísimo, que en algo se asemeja al del loro; por eso en Tucumán lo llaman *Sacha-lora* (*Sacha* en acepción de pseudo).

¹ VALERIUS, MAXIMUS, *Fact. Dict. Mem.* VII 5.2: *P. autem Scipio Nasica, togatae potentiae clarissimum lumen.* (pues) P. Scipión Nasica, clarísima luz de la magistratura.

² *Hist. Rom.* XXIX 14.8: *P. Scipionem... judicaverunt in tota civitate virum bonorum optimum esse... ita meas opiniones, conjectando rem vetustate obrutan non interponam*

Juzgaron a Publio Escipión como al mejor de los hombres virtuosos de la ciudad... considerando, así, conjetural un hecho sumergido en la antigüedad, no expondré mi opinión personal.

89. **Reina mora.** *Cyanocompsa cyanea argentina* (Sharpe). — Continuamos con la realeza. Después del rey, la reina, pero de prosapia (léase género) distinta. El *Celestino*, tal es su nombre en Tucumán, aunque más enjuto, no le va en zaga al precedente en suntuosidad de ropaje, porque con su mayor sencillez de colorido llega a un efectismo más decorativo, sobre todo si se presenta con su pareja, entre el verde de las hojas, pues el macho luce un juego de azules intensos desde el índigo predominante al cobalto, plateado en la frente y profundo en lo alto de las alas, para terminar en agrisado, con algo de negruzco, en la punta de las mismas; negra la cola marginada de azul grisáceo; patas violáceas, pico negruzco. La hembra, en cambio, lleva un atavío más sobrio, en tonos pardo-rufos, pardo con variantes de rubio en las alas y de ferruginoso en la cara y en lo bajo del cuerpo; más modesta cede a su compañero el adorno exterior, pero se compensa con la esbeltez, porque lo sobrepasa en una pizca de altura.

90. **Cabecita negra.** *Spinus magellanicus tucumanus* Todd. — Una de las ocho variedades existentes en la república, variedad que llega hasta Salta pasando por Tucumán. Muy parecida a la de Buenos Aires — la típica (*Sp. m. magellanicus*), — tan característica por su cabeza, verdadera bochita negro-fuliginosa; en la habitante de San Luis el negro de la garganta, en el macho, está menos extendido; tiene igualmente el verde-oliva muy claro por encima, pero el amarillo del vientre, rabadilla, y bandas bajo y sobre las alas no es tan vivo

El « porteño » que sale de su provincia de Buenos Aires, añora las superabundantes *Cabecita-negras*, que convierten en rumorosa pajarera a las arboledas de las viejas estancias, en una de las cuales — « La Segunda », en Chascomús — un aficionado inglés, suspenso ante los incessantes gorjeos, pintorescamente exclamaba: « ¡Cómo chisporrotean »! Y chisporrotean de verdad, no sólo con sus notas de aprendices canarios, sino también con sus vuelos breves y relampagueantes, cuando al despertar revolotean de un árbol a otro, como en Acelain, del Tandil, donde al alba cada uno de los tupidos cipreses — predilecto refugio — que se estiran próximos a la señorial mansión, están moteados por las cabezas, como bolillas de carbón, de los pajaritos aún recogidos, pero no bien clarea la aurora, las movedizas pelotillas de hollín se lanzan al aire y estallan en luz porque aparece el amarillo interior, y las bandas doradas de las alas flamean como si ardieran.

A pesar de las muchas variedades, las diferencias entre sí son pequeñas, salvo en la especie cordillerana-norte (*atratus*), que es casi totalmente negra. Resumiendo, las variedades son: I. *Sp. m. magellanicus*, especie típica, muy numerosa en Buenos Aires, llega hasta Río Negro; se encuentra también en el sur de entre Ríos y en el Uruguay, pero no

en tanta abundancia. II. *Sp. m. tucumanus* que comentamos. III. *Sp. m. Alleni*, más descolorida, del Chaco y Formosa, llegando hasta Bahía, Brasil, y la IV. *Sp. m. ictericus* de Misiones, sudeste del Paraguay y Brasil hasta Río de Janeiro, muy parecida a la porteña, pero algo más pequeña y con menos negro en la garganta. Ahora bien, en los Andes, de Mendoza para arriba, se superponen tres especies: V. la de pico grueso, *Sp. crassirostris*, de las grandes alturas (3000 m), desde Puente del Inca a Salta, y en Chile en Aconcagua; VI. la negra *Sp. stratus*, con poco amarillo en alas y cola; alcanza al Perú; VII. la de rabadilla amarilla *Sp. uropigyalis*, de los Andes centrales de Chile y Argentina; y por último VIII. la de babero negro, del sud, desde Neuquén a Tierra del Fuego y Malvinas *Sp. barbatus*. En la mayoría de las especies las hembras con más descoloridas, y en general — menos en la negra — falta el negro en la cabeza.

91. Jilguero o Misto cimarrón. *Sicalis flaveola Pelzelni* Selater. — Anda solo o en pareja. El macho amarillo más definido, color más brillante cuando sube, hasta llegar al anaranjado en la frente; marcas de negro y pardo en el cuello, alas y cola. Se encarama en lo más alto de un arbusto o de un árbol para lanzar un continuo, porfiado chirrido, de insecto más que de pájaro. En Buenos Aires lo llaman generalmente *Jilguero*, y quizás a él se refiere la frase gauchesca « Dejá de cantar jilguero, que me estás atormentando », en alusión a su estridente aunque débil chirriar, a veces irritante. La hembra lleva un humilde plumaje pardo grisáceo, rayado de negruzco, apenas con un recuerdo de amarillo en la cola y las alas. Azara lo llamó *Chuy*. En San Juan, *Chamuchina*, nombre que suena a onomatopéyico. En el Buenos Aires de nuestros abuelos, antes de la invasión del gorrión (*Passer domesticus* Linné), allá por el 73, el *jilguero* era un popular ciudadano monógamo, avecindado en los patios con higuera y parral.

92. Misto del campo. *Sicalis luteola luteiventris* (Meyens). — Este, en cambio, tiene costumbres menos austeras, o más musulmanas, porque es polígamo, y, más grave aún, su comportamiento autoriza a suponer que practica desenfadadamente el amor libre, porque anda por los campos en bandadas de a cientos, volando a la loca, entreverados, unos pocos machos y muchas hembras, desgranando una lluvia de notas alegres, breves y múltiples. El misto no es tan brillante de aspecto como su primo el *jilguero*. Se distingue por ser más pequeño, verde oliva claro en la parte superior con marcas oscuras; alas negruzcas como la cola; de ante oscuro la garganta y pecho; el amarillo franco sólo aparece de la base del pecho a la cola. La hembra es más desteñida y algo menor. En esas bandadas, a veces de miles en los rastrojos, hacen sus cosechas,

su bárbaro agosto, los cazadores con redes, los mismos que desalmadamente forman manojos de pechugas, rematados en racimos de cráneos, con destino a la despiadada polenta.

93. **Diuca chica.** *Diuda diuca minor* Bonaparte. — Muy nombrada por la gente del lugar, como sinónimo de buen cantor. Si oyen un trino en el monte, decretan *diuca*, sin más trámite. Tienen razón en su juicio, porque la voz es dulce y cálida. A mi antigua conocida de la Estancia Península Huemul, en Nahuel Huapí, es muy fácil representársela: un pajarito encapuchado con un manto gris paloma, que lo cubre totalmente, manto abrochado bajo el pecho dejando a la vista todo el resto inferior blanco, garganta inclusive. Lleva en lo bajo de los muslos un borrrón colorado, que en algunos casos se concreta a un bordecito de plumas rizadas, más rojas y finas, pegadas al tarso, a manera de liga. Con su reclamo *Chiipe... chiipe... chiipe... chiipe*, como corcho sobre una botella, parecería que la pareja se está susurrando el uno al otro: *muchachito... muchachita...* No tuve la suerte de verla en persona a mi amiga *Diuca*, pero sí la de oírla: en un espeso palmar, repitieron su reclamo, y como si quisieran darse a conocer a un viejo camarada, me pareció que pronunciaban su propio nombre: *diucachica... diucachica... diucachica...*

94. **Afrechero.** *Lophospingus pusillus* (Burmeister). — Suelen llamarlo *cardenal negro* y en las pajarerías *cardenalillo de la sierra*. Tiene efectivamente la apariencia de un pequeño cardenal pero en colores negro, gris y blanco. Sobre un ejemplar en vida, minuciosamente observado, hice la siguiente anotación: de tamaño algo mayor que un *chingolo* pero más largo y enjuto de cuerpo y de cola, copete negro airoosamente levantado, el negro continúa por la nuca a juntarse con el gris pardo del lomo, desde la frente avanza una ceja blanca que continúa paralela al negro del copete y de la nuca, luego una franja negra de la base del pico pasa sobre el ojo, por debajo de ésta otra franja blanca y por último la garganta negra; en resumen, la cabeza, de perfil, presenta tres fajas negras, con dos blancas intercaladas; de frente el parche negro de la garganta muy visible sobre el resto blanco; punta de las plumas de la cola blanca, partes inferiores gris; cobijas alares jaspeadas de gris; muy marcada la diferencia de color en el pico, negruzca la mandíbula superior, blanquizca la de abajo.

95. **Chingolo.** *Zonotrichia capensis* — subespecie *choraules*? (Wetmore y Peters). — El *Chingolo* es para nosotros casi un símbolo nacional, como lo es para los uruguayos. Su canto melodioso y evocativo fué representado con toda exactitud en un verso de Leopoldo Lugones: « Curí... »

curí... quiquió... »¹. Cuando espaciado por un silencio, y luego repetido, se oye a la hora del crepúsculo, resuena con sedante, apacible cadencia; si alguna vez estalla en medio de la noche, cobra singular repercusión y se le atribuye virtud de pronóstico: anuncia viento, afirmaban los paisanos de mis lares. El *Chingolo* lleva un color gris terroso rayado de pardo negruzco, librea rústica que se ennoblece con la gracia de la listada cabezuela, enaltecida por un diminuto tupé gris como punta de casco, asentado sobre una raya blanca, y luego por debajo negra; usa un collar castaño y la garganta es blanca; el pecho gris ceniciento. Los guaraníes lo demominan « *Chesihast*, porque lo canta todo el año con mucha claridad » (Azara). En Córdoba *Cachilo*, en Tucumán *Ycancho*, y en San Juan, a la variedad andina, *Chischín*. Ahora bien, en Estanzuela sólo vi uno a la distancia; creo haberle notado más blanco en la cabeza, como los observados en Viedma y Península Huemul, razón por la cual me inclino a suponerlo de la raza *choraules* (flautista); tampoco lo oí cantar; de oírlo me hubiera ilustrado, porque los de Viedma y Huemul dicen: *chtu chtu chi i r r*, prolongando el trino final.

96. **Quién te vistió.** *Poospiza torquata pectoralis* Todd. — Todo ella en blanco, negro y gris; casco gris oscuro bordeado por una línea negra; una ceja blanca que va del pico a la nuca, gris el lomo, negras con algo de blanco la cola y las alas; arriba con manchas, por debajo blanco cruzado bajo el pecho por una banda negra (*torquata pectoralis* = con collar en el pecho). Su nombre vulgar pretende remedar su voz. White, el autor de *Cameos from the Silver-land* encontró tres o cuatro « activamente ocupadas en comerse los tiernos brotes de un algarrobo ».

97. **Siete vestidos.** *Poospiza melanoleuca* (D'Orbigny y Lafresnaye). — Muy parecida a la anterior. También con su casco seminegro como la cabeza y el cuello, color que alternado con el blanco completa su vestimenta, y el correspondiente lomo gris, pero le falta el collar sobre el pecho. Es el *Chipiú* blanco y negro de Azara.

LA CASA DE PIEDRA. — Cumplido mi deber ornitológico y mi compromiso con la dirección de EL HORNERO, por cuya amistosa insistencia he pergeñado las notas que anteceden, paso a dar algunos pormenores sobre un tema que no es de mi especialidad, lejos de eso, mas por lo mismo con la atracción de lo desconocido, con el incentivo de los misterios, los mismos,

¹ Libro de los paisajes: El Chingolo.

lector paciente, « a los cuales no podrás, con todo, penetrar a través de estos explícitos papeles », como diría el bordelés Ausonio ¹.

Al partir para Estanzüela llevaba la natural curiosidad por la avifauna del paraje, pero llevaba también el anhelo sigiloso e inquieto de descubrir una *casa de piedra* de los extinguidos comechingones, « los famosos indios barbudos » ² habitantes de la *Comechingonia*, el territorio así bautizado por el P. Pablo Cabrera, quien, movido por infundados escrúpulos de morosidad, asienta por ahí: « se me tachará, tal vez, de haber diferido demasiado el acto bautismal » ³.

Los dominios de estos aborígenes, bravíos e indomables al extremo de dejarse exterminar antes que caer en vasallaje, pueden ser delimitados, aproximadamente, a lo largo de toda la cadena montañosa, a la cual legaron su nombre, desde la actual Cruz del Eje hasta Punilla; por el oriente abarcan el valle de Calamuchita extendiéndose hacia el norte y sur, y del lado del poniente alcanzaban, en desdoblamientos de tribus, las sierras de San Luis. Este era el feudo franco otorgado por el destino a una raza « barbada » — rasgo excepcional en las Américas — y esbelta, como lo comprueba el esqueleto de un metro ochenta y cuatro de altura, exhumado por Gess en Nogoli (San Luis): « Eran morenos, altos, con barbas como los Cristianos. Biben en cuevas, debaxo de tierra », declara el historiador Diego Fernández, llamado el Palentino ⁴.

La expectación al iniciar el viaje la debo a mi amigo el Embajador Don Roberto Levillier, eruditísimo compilador y nutrido historiógrafo de la Conquista del Tucumán, cuyas fundamentales obras me han dado la orientación de este relato ⁵. Llevaba en mi memoria la bizarra figura de Pedro González de Prado, héroe esfumado de la cruzada de Comechingonia, oscurecido por la importancia de los Capitanes con quienes desde el Alto Perú emprendiera la singular aventura de la Entrada al Río de la Plata, como se dió en llamar a la arriesgada exploración (1543-46), en el transcurso de la cual los soldados de Castilla y Aragón hollaron el suelo de diez de las catorce provincias argentinas.

Muerto Francisco Pizarro (1541), conquistador del Perú, por la pandilla de Diego de Almagro, el Mozo, vencido y ajusticiado éste (1542) por el Gobernador Licenciado Vaca de Castro, era necesario, después de tanta turbulencia, distraer y premiar a la gente guerrera en holganza peligrosa, para lo cual organiza el vencedor algunas « conquistas y entradas ».

¹ *Epistola* IV, ad Theonem, verso 67 *mysteria*

» 68 *Quas tamen explicitis nequeas deprendere chartis*

² y ³ PABLO CABRERA, *Córdoba del Tucumán Pre-Hispánica y Proto-histórica*. Córdoba, 193 pág., 102 y 89.

⁴ *Historia del Perú*. Sevilla (1571). Libro II, Cap. IV. véase *Relaciones Geog. de Indias*. Madrid, 1881. II, pág. 151. Relac. de Pedro Sotelo Narvaez (1583): « La gente de esta tierra es gente muy crecida ».

⁵ *El Tucumán. Probanzas de Méritos y Servicios de sus Conquistadores*. Madrid, 1919. *Nueva Crónica de la Conquista del Tucumán*. Madrid, 1927. *Biografías de Conquistadores de la Argentina en el siglo XVI*. Madrid, 1928.

Transcurría el otoño austral del 1543, en el Cuzco, cuando un pelotón de infantes y jinetes, armados a la usanza de la época, se alistaba « debaxo del estandarte real », a las órdenes del Capitán Diego de Rojas, agraciado, para el caso, con el título de Gobernador; lo acompañaban Felipe Gutiérrez como Capitán General y Nicolás de Heredia como Maestro de campo. « Movióse gente principal »¹, entre ella nuestro González de Prado. Todos juntos no pasaban de doscientos. Debían partir hacia una región ignota e indeterminada entre la « provincia de Chile y el nascimiento del río grande que llaman de La Plata »². La expedición fué costeadada por los tres jefes, cada uno de los cuales aportó treinta mil pesos en oro. « Para poder mejor y más cómodamente passar los despoblados »³, salieron en tres grupos al mando de sus respectivos Capitanes. El último en salir fué el comandado por Nicolás de Heredia « con diez e ocho hombres »⁴. Llevaban más de doscientas leguas de fatigosa marcha a través del Altiplano, cuando trasponen las cumbres que serían con el andar del tiempo el límite de la República Argentina. Iban rumbo a lo desconocido. En el pecho de los denodados conquistadores ardía la esperanza de encontrar el fabuloso País de los Césares, la legendaria Trapalanda; el recuerdo de las riquezas y el oro de México y el Perú hacían verosímil el tropiezo con cualquier deslumbrante botín⁵.

Abandonado Buenos Aires después de su efímera existencia de un lustro (1536-41) y despoblados los fuertes de Gaboto sobre el río Paraná, en toda la vasta extensión de tres millones de kilómetros que forman hoy nuestro país, no existía alma cristiana; medio continente meridional de las Indias (aún no recibía el injusto patronímico de Vespucio) se conservaba en su primitivo estado de tierras sólo habitadas por indios y por fieras. Hacia allí marchaba ese puñado de audaces, y entre ellos Pedro González de Prado: « yo fuí con el Capitán Nicolás de Heredia que fué el que entró con su gente a la postre », decía él mismo; pero no iba como un cualquiera sino como « fijodalgo », que « por tal es avido y tenido », afirmaba el Padre Juan Ceron, « clérigo presvitero » de esta peregrinación laica, y agrega que « lo vido como llevó dos caballos el uno ala-

¹ y ² DIEGO FERNÁNDEZ, el Palentino, *Historia del Perú*, Cap. III, del Libro II.

² VACA DE CASTRO, Gobernador del Perú, Carta a Carlos V del 24 de noviembre de 1542.

⁴ *Probanza de Méritos de Pedro González de Prado*. Cuzco, 1548-56. Todas las citas entre comillas de esta narración son frases textuales de los propios actores y del cronista Diego Fernández, conocido por El Palentino, contemporáneo de los mismos, como ellos soldado — era capitán, — con larga residencia en el Perú, y de quienes debió recoger directamente los datos menudos que menciona, tomando, como él lo dice: « muy copiosa y verdadera relación de todo el suceso ». Las frases que no llevan especificación — a fin de disminuir en lo posible el amontonamiento de notas — pertenecen a Pedro González de Prado, personaje central de este relato, quien tal vez conoció y trató a El Palentino a juzgar por la coincidencia en los hechos — y hasta por la analogía en ciertas frases — de la relación del historiador con las declaraciones de Pedro González en la Probanza de Méritos exhumada del Archivo de Indias, en 1919, por Don Roberto Levillier. La *Historia del Perú* de El Palentino Diego Fernández, fué publicada en Sevilla en 1571, pero su circulación fué prohibida por el Consejo de Indias, y durante dos siglos no se permitió la introducción de un solo ejemplar en América.

⁵ En un mapa en mi poder, de Nason, editado en París, año 1636, Trapalanda figura en una región imprecisa entre los ríos Desaguadero y Carcarañá.

cano y el otro castaño e una esclava y sus muy buenas armas e vestidos adereços de su persona e muchos indios de su servicio y fué uno de los que mejor adereçados entraron ». Era un mocetón de veinticuatro años, llegado a los diez y ocho al reino del Perú « con dos cavallos e un negro » — declara él mismo sin mencionar a su esclava nicaragüense. Podemos imaginarlo garboso y cenceño, nervudo y ágil. Venía impulsado por una vocación congénita e incontrastable de conquistador cabal, armado por lo tanto de entereza de ánimo y reciedumbre física. ¿En qué vieja casona de Andalucía o Extremadura soñaba la madre con el hijo ausente que no habría de volver? Allá circulaba el *Amadís de Gaula*, encendiendo en la imaginación de las gentes el ansia de aventuras e iniciando el desfile de Beleanises y Palmarines dominadores de la afición popular, durante media centuria más, hasta enfrentarse con Don Quijote, que los pondría en fuga. Mas, si bien allá los caballeros andantes vagaban por el mundo de la ficción, aquí en América — a pesar del veredicto cervantino de que sus aventuras « han de caer, del todo, sin duda alguna », última frase del libro inmortal — renacen y perduran transformados en una realidad, en varones de carne y hueso, con mayor valentía, con mayor arrojo, con ánimo y tenacidad superiores, porque carecían todos de la ayuda de un Encantador amigo y, casi todos, del estímulo de una Dama de sus pensamientos: sólo podían contar con su brazo y su coraje.

El poderoso Carlos V se debatía en Alemania con la perturbación traída por la amenazante Reforma; vencedor de Francisco I, estaba ya ligado, contra turcos y protestantes, a su pariente político el talentoso Paulo III, Papa del anatema a Enrique VIII, de la bula confirmatoria de los Jesuitas, evangelizadores luego de las Américas, y del Concilio de Trento; jefe de la Cristiandad en plena madurez del Renacimiento, cuando Miguel Angel, terminado su Juicio Final, se disponía a dirigir la construcción de San Pedro por exigencia del pontífice, quien en ese preciso año de 1543, casi octogenario, ordenaba al Tiziano lo retratara con su punzante mirada y su luenga barba¹. Entre tanto el imberbe Felipe de Austria, como Príncipe de Asturias, en el preludio del siglo de oro, promovido por Boscán y Garcilaso, tomaba, por delegación de su padre, la regencia de España, ahogada ya la sublevación de los Comuneros de Castilla; y mientras el emperador germano bregaba por extender su prepotencia europea, los soldados españoles desparramados por el mundo le ensanchaban los límites de su imperio hasta conseguir que en él no se pusiera el sol.

¹ Tres retratos en el Museo de Nápoles — un cuarto figuraba en l'Ermitage de San Petersburgo —; en uno de ellos aparece en compañía de sus legítimos nietos el Cardenal, como él llamado Alejandro, y Octavio Farnesio, Duque de Parma, casado con la hija natural de Carlos V, Margarita de Austria, más tarde Gobernadora de los Países Bajos, la segunda del mismo nombre, padres del tercer Alejandro Farnesio, el intrépido combatiente de Lepanto y hábil estratega de Flandes, compañero y amigo de su tío Don Juan de Austria.

Y entre las más osadas huestes del monarca puede contarse a esa ínfima partida de soldados que avanzaba hacia una tierra de promisión. Marchan los exploradores a través de los abruptos Andes, entre los multicolores despeñaderos, protegidos por empavonadas corazas, cotas, afilados morriones, adargas y rodela; prontas las armas ofensivas — espada, pica y arcabuces — bajo alguna flameante bandera rojo y gualda, guiando con cautela las cabalgaduras, inquietas sobre la peña resbaladiza, resoplantes al contornear el abismo.

Se encuentran al oeste de Jujuy — probablemente en la línea del paralelo 66° — en las alturas donde el *viento blanco* azota con torbellinos de punzante nevasca; adelantan por el camino llamado de los Incas a la vista de las sierras de Chicoana, atraviesan las punas, tierras secas con escasos mechones de *iros*¹, sufriendo de hambre y de sed, asediados de continuo por Humahuacas y Jujuyes, « indios de guerra de los Andes », contra quinientos de los cuales Pedro González de Prado — relata el Padre Ceron, su constante compañero en la larga correría — « fué el primero que de todos arremetió... con una adarga e su lanza en la mano... sacó herido el su cavallo de un flechazo y traxo en la adarga muchas flechas que le avian pasado... fuera el que mejor lo hizo », desempeño que no asombra a su fiel acompañante y admirador Antón Griego « por ser como es (Pero González) tan buen soldado y a doquiera que se halla hace lo que deve a tal »; y el tal con cristiano recato cuenta que si bien ellos, los españoles, eran « tan pocos », y los indios « mas de quinientos », éstos « con la ayuda de Nuestro Señor fueron desbaratados ». Con lo cual infunden respeto a sus atacantes « y ansy se pudo pasar sin peligro el dicho camino ». Bajarían por la cuenca del río Doncellas, van recorriendo de norte a sud cincuenta leguas de áspero suelo jujeño — vivero de agresivos cactus espinosos, cardones y quimilos² — bordean lagunas salobres (Quayatoc) y grandes salinas; entran en Salta; continúan las salinas, cruzan entre niebla de polvo y arena las ásperas pampas ventorreras de San Antonio de los Cobres, ladean los nevados de Cachi, bordean luego el río Calchaquí; cincuenta leguas más, para llegar a Catamarca, pertenencia de los implacables diaguitas, los mismos que tuvieron luego por jefe a Calchaquí, cacique cuya bravura se hizo legendaria, hasta el punto de darle su propio nombre a las tribus de la región (Calchaquíes). Están en el valle de Santa María, altiplanicie a un nivel de dos mil metros, encajonada entre las sierras de Quilmes y las de Aconquija. Los indios no dan tregua: desploman piedras desde los altos « peñoles » al paso de los invasores; los esperan y asedian al cruce de los ríos. En ese páramo hostil, presunto camino al Arauco de Chile, meta verdadera y propuesta del Capitán Diego de Rojas, el encuentro

¹ Iro: pasto de la puna. *Sestuca* spcs.

² Cardones: *Oreocereus* spcs.; Quimilos: *Opuntia* spcs.

de una gallina de Castilla motivó la información, tal vez intencionada, de los astutos indios, de que al otro lado de la montaña hacia el naciente, existía una tierra de hombres blancos ricos en oro; y el espejismo de la opulencia, vislumbrado desde la miseria de los eriales atravesados entre la fiereza de sus moradores, conmovió los propósitos fluctuantes de los expedicionarios, y, tras largas deliberaciones, resolvieron torcer el rumbo a través de las sierras que dividen « estos Reinos de Pirú a los del Río de la Plata », según expresión de Julián de Umarán, del grupo de Felipe Gutiérrez. Y Pedro González se encarga de facilitar la empresa. Un día sale con « otro soldado los cuales traxeron una cabeza de un indio que dezian que era hermano del señor de aquella provincia e otro indio vivo el cual nos guió hasta pasar los andes », dice su coetáneo Miguel Sánchez de Lantínilla.

Tienen a su frente los Nevados del Aconquija, culminante El Clavillo (5550 m), blanco siempre de nieve, inserta en las nubes la cúspide inaccesible; trepan las cimas, marchando hacia el oriente, en fila india a veces, bordeando precipicios, vigilados por los cóndores en planeos de inmensas trayectorias o en descensos inquiridores, y rasantes hasta mostrar la gola blanca y la carnuda cresta. Al caer en las empinadas mesetas (3600 m) de la vertiente oriental, aparecen como avanzadas de la fertilidad, las *queñoas*, árboles de ramas torturadas, con tronco fofo y volátil corteza de hojuelas tostadas; y los exploradores divisan a su izquierda el turgente Nuñorco (3200 m) — cerro del seno — terso de blancura al medio día, sonrosado en los crepúsculos, mientras allá en la quebrada distante huyen los esquivos huemules (*tarucas*, diría el quichua) ¹.

Ahí va Pedro González con « los dos dichos caballos », acompañando al Capitán Heredia, más « ocho hombres a pié »; descienden a la espesura de la selva, y asoman los rectos alisos, luego pinos achaparrados o enhiestos, según disponga la escabrosidad del terreno, nogales y robles corpulentos, cedros enormes, bosquecillos de fragantes laureles y algún horco-molle con olor a trementina, todos en exhuberante lozanía entre la frescura de las aguas que fluyen cantantes hacia el llano, moderadas por la curva de breves remansos cuya quietud se quiebra por el chapaleo del anta, bajo la fronda animada ^{con} el gorjear sonoro de una *isma* ².

« En esa tierra de arboledas e cerros », comenta Pedro González, « hay muchos ríos que van muy recios », tan recios que Sánchez de Lantínilla « vido que llevaba al Pedro González un río, e a un caballo, e milagrosamente nuestro Señor lo libró »; « íbamos avriendo el camino con aza-

¹ *Queñoa*: *Polypsis racemosa*. — Nuñorco, en quichua: *nuñu* = seno de mujer, *orcco* = cerro. — Taruca: *Hippocamelus antisensis*, variedad de huemul del noroeste argentino hasta el Ecuador, algo diferente al del sur.

² Alisos: *Alnus jorullensis*. Pino: *Podocarpus parlatorei*. Nogal: *Juglans australis*. Roble: *Ilex argentina*. Cedro: *Cedrela fissilis*. Laurel: *Phoebe porphyria*. Orco-molle: *Blepharocalix giganteus*. Anta o tapir: *Tapirus terrestris spegazzinii*. Isma: Véase *ut supra*: 75. Mirlo.

dones e hachas », y Anton Griego remata: « con mucho trabajo ». Pero nada importa: no hay indios, sopla una brisa incitante, la naturaleza vibra en su renuevo primaveral; el aire, cargado con gérmenes de vida, excita el brío de los músculos juveniles y el ardor de la faena, avivando nostalgias de amores ausentes. Continuarán la marcha de esa travesía de « diez e ocho leguas » — una elástica corzuela brincaría en el zarzal, rauda piara de *cuchis* de rechinantes colmillos cruzaría por un abra — bajarán a las faldas cubiertas por el manto rosado de los lapachos en flor y nimbadas por la nube azul de los jacarandás; por delante se extiende una llanura verde y sin límites, surcada por ríos innumerables; tienen a sus espaldas y ante los ojos al Jardín de la República: han descubierto El Tucumán¹.

En busca de reposo después de tanta fatiga, forman, « en la dicha provincia », « un poblezuelo » « con atalayas e Iglesia »². Pero el descanso fué corto, porque estuvieron « en grandísimo riesgo de la vida » en razón de que « avía mucha gente de yndios flecheros ». El siempre dispuesto Pedro González pasaba las noches de ronda sobre su caballo y « dava el otro en que velase un soldado », y en una de ellas « nos vinieron a dar los yndios una guazavara », dice expresándose con un término recogido en las Antillas³, guazavara patética por su magnitud, en la cual estuvo en juego el arrojo masculino y también el valor femenino; en las anteriores los españoles habían conseguido apresar cuatro caciques, conservados a buen recaudo en sendos cepos. Para rescatar a sus jefes se reunieron seis mil indios; los amenazados, que no eran más de treinta, al percatarse con la debida anticipación del avance de tantos enemigos, y ante el peligro de un asedio incoercible, recurrieron a una treta tan riesgosa como temeraria: abandonaron el real « para que creyeran se habían ido »⁴, y salen todos a emboscarse en las afueras, y dispersos, sorprenden por la retaguardia a los indios — que, confiados, entraban al pueblo desierto — con el fuego graneado de los arcabuces; y en el transcurso de la desigual refriega un hado propicio, además, dispuso — o nuestro Señor, diría el Castellano — que « dos caballos se metieran luego entre los indios, relinchando y rifando » — interpretemos pateando — con lo cual se produjo tan insólito desconcierto y pánico entre los indios,

¹ Corzuela: La sacha-cabra de la región, *Mazama simplicicornis*, el guazú-birá de los guaraníes. Cuchi, pecarí o chanco del monte: *Pecari tajacu*. Lapacho: *Tabebuia avellanedae*. Jacarandá: *Jacaranda acutifolia*. Hace más de seis lustros, en trance de cacería mayor, he recorrido el probable trayecto de los conquistadores desde las altas « mesadas » (3600 m) junto a los nevados del Aconquija hasta Concepción e Ingenio Santa Rosa, transitando en particular por el distrito de Alpachiri (en quichua *Allpa* = tierra, *Chiri* = frío). A muy poca distancia al oeste del mencionado Ingenio, en el perímetro de un fundo denominado El Churqui, la tradición lugareña señala el sitio, Pueblo Viejo, donde estuvo la primitiva ciudad del Barco (1550), la primera ciudad de Tucumán; hubo varias fundaciones de este nombre y de la primera dice el P. Lozano, que fué así llamada « a contemplación del famoso Pedro de la Gascá, Gobernador del Perú » porque « era del Bárco de Avila ».

² y ³ Datos de El Palentino.

⁴ Téngase presente que todas las frases entre comillas, sin especificación, pertenecen a González de Prado. *Guazavara*, equivale a: batalla, combate. Henriques Ureña, en *Indigenismos*, escribe *Guazávara*.

que sólo atinaron a huir despavoridos, dejando el campo libre. Entre tanto en el fuerte, cuenta El Palentino, « Mari López (amiga de Balboa, que después se casó con ella) » – susurra entre paréntesis el muy chismoso – « con espada y rodela guardaba los caciques presos mientras los otros peleaban »; el locuaz Anton Griego tenía sus motivos para afirmar que era « la gente de la dicha provincia muy belicosa ». Y allí quedan « quatro meses » con la inquietud, por añadidura, de no saber si « la demas gente que avia pasado adelante ni sy eran muertos ni vivos ».

Pasan ellos también adelante. Estaban « en tierras de indios Juries » cuyas « flechas tenían ponzoña que en hiriendo a un hombre o caballo moria dende a cinco o seis dias », y, a manera de consuelo, aclara Anton Griego: « syno se halla la contra yerva ». Se internan en Santiago del Estero, llegan hasta Salavina sobre el río Dulce, en el corazón de la provincia; contramarchan un tanto hacia el norte, y a mitad de camino del actual Atamisqui, siempre entre los cauces del río, en Soconcho, se reúnen todos los sobrevivientes, reducidos a ciento ochenta. Han acaecido sucesos infaustos; falta nada menos que el jefe de la expedición, Don Diego de Rojas, muerto, positivamente, por una de esas pérfidas flechas y no, como lo suponía la maledicencia propalada por « su maestresala Mercado », en el Real, por obra del « bevedizo » suministrado por Catalina de Enciso, amiga del Capitán General Felipe Gutiérrez, beneficiario de los títulos del muerto por convención preestablecida. Rojas, antes de morir, influenciado por las intrigas circulantes o por amistosa inclinación instituye, en « el dia de San Juan Evangelista – 24 de junio – como heredero de sus prerrogativas al joven hidalgo Don Francisco de Mendoza, con el cargo de Teniente Gobernador, quien con su avance extremo en el prodigioso recorrido habría de justificar la denominación de Entrada al Río de la Plata aplicada a esta pertinaz epopeya. El legítimo sucesor Gutiérrez, con la Enciso, marchan hacia el destierro, es decir se acordó « los echar de toda la tierra nueva »¹, custodiados por treinta arcabuceros de a caballo que vuelven luego de encaminar a los proscritos. Heredia quedaba desplazado en su grado de Maese de Campo por Ruy Sánchez de Hinojosa. Estaban en Soconcho, bautizado como fuerte Medellín – oriundo de Medellín, en Extremadura, era Mendoza, como Hernán Cortés – les rodean tierras fértiles y « muy llanas », detalla El Palentino; « mucho mayz y algarroba, mucho pescado muy bueno –, la gente es limpia y bien dispuesta » y llevan de la cintura a las rodillas plumas de « abestruces » y « otras encima de los hombros que llegaban hasta la cintura »; eso para los hombres, que « las mujeres traen manta de la cintura para abajo y otras por debajo del un brazo y un ñudo al hombro ». Esta gente « limpia y bien dispuesta », son los indios Juries, « los de flecha con ponzoña »²

¹y² Dato de El Palentino.

Un incendio destruye el *pucará*, como ellos mismos decían adoptando un término quichua¹, y marcha Mendoza, y con él Pedro González, hacia tierra de diaguitas; pasan « ciénagas e ríos » « descalzos y las armas a cuestras » con el agua « a los muslos e barriga e a los sovacos », y luego los salitrales con « falta de agua e comida », « a donde si nuestro Señor » no les hubiera permitido hallar « unos huevos de aves » — con seguridad de flamenco y de garzas blancas — hubieran perecido « muchos de hambre », y el Padre Cerón devotamente proclama: « e todos tenían por gran milagro quando hallaron los guevos »². Llegaron a la actual Catamarca « y hallaron en ella muchas comidas de mayz y algarrobas e chañar e avestruces, ovejas en mucha cantidad » (a vicuñas y llamas, se refieren), donde establecieron un « rreal casi un año » y excursionaron por la actual La Rioja, y tal vez por el norte de San Juan. Atravesaron tres veces las sierras cordobesas (sierras de Chile para los españoles de entonces), alguna vez la de Comechingones, pasando por San Luis; en la primera incursión llegaron al valle de « Calamochita » (sic), en Córdoba, y atraídos por la feracidad y sosiego del paraje, volvieron para levantar su real catamarqueño, regresando luego a establecerse sobre la margen derecha del río Tercero, pomposamente bautizado por ellos de Amazonas, el mismo que « passaron... en balsas de Enea »³. Mas el placentero valle se invierte, de la noche a la mañana, de apacible en inquietante, porque salen de sus cuevas, donde estaban escondidos como fieras, los sanguinarios Comechingones. Se construye un fuerte « con palos e ramas de árboles », endeble defensa contra los indoblegables atacantes de aquellos impávidos intrusos, agredidos sin cuartel a pesar de ir enhorquetados sobre ese piafante y monstruoso animal, y ser poseedores de armas que lanzan fuego y matan a la distancia con un dardo invisible. Tantas fueron las penurias allí pasadas « que por los muchos cavallos que mataron [los indios] e guazavaras que en el dicho asiento se dieron se puso el [nombre] de la Malaventura »⁴. Los invasores están ya reducidos a unos ciento cuarenta. La mitad de ellos parte con Francisco de Mendoza, jefe de la expedición, « a hacer el descubrimiento del Río de la Plata ». Pedro Gonzáles, « que es de los soldados que el dicho Capitán hazia cuenta »⁵, « yba con el y le fizo volver y el no queria volverse e le mando que so pena de muerte se bolviese »⁶, y Julián de Umarán certifica que « dende ciertos días le vió volver », seguramente masticando el despecho de no participar en la

¹ Mossi, *Dicc. Quich. Cast.*: pucará: fortaleza o castillo.

² En los esteros santiagueños, así como en las Salinas Grandes de Córdoba, se forman inmensas colonias de garzas blancas — la grande, *Casmerodius albus egretta* (Gmelin) y la chica *Leucophoyx thula thula* (Molina), poseedoras de las buscadas *aigrettes*, y de flamencos, *Phoenicopterus ruber chilensis* Molina — colonias que en la estación propicia almacenan huevos como para alimentar un regimiento.

³ El Palentino. Enea, totora o espadana = *Typha angustifolia*.

⁴ y ⁵ Testimonio de Miguel Sánchez de Lantín, XIII.

⁶ Antón Griego.

briosa campaña; pero la prudencia lo aconsejaba porque así, « los buenos soldados quedaban a sustentar el real »¹, como que « en el asiento quedaron con muy grandísimo riesgo de la vida e tubieron más riesgo que los que yban a descubrir »². Estos siguieron el curso del río, entonces Amazonas, que al unirse con el Cuarto o Saladillo toma el nombre de Carcarañá, ruta que los lleva a las « fortalezas de Gaboto a donde se descubrió el río de la plata por tierra ». Río de La Plata era entonces – y aun en el siglo XVII – desde el Atlántico a la confluencia del Paraguay, el mismo que los guaraníes llamaban Paraná: pariente del mar³. Se les presentó « con más de ocho leguas de ancho en cinco brazos ». Desde lo alto del acantilado contemplan absortos la impresionante masa de agua que corre caudalosa y mansa rumbo al sur, sobre la cual « vieron muchos indios en canoas », alguno cubierto tal vez como señal de mando, por un cráneo de *yaguareté*, a manera de casco, guarnecido de la manchada piel y de los agudos colmillos que encuadran la frente morena. Retoñaba la primavera de 1545, y en las incontables islas, bordeadas de sauces colorados, encendían los ceibos sus flores rojas como sangre. Los descubridores despertarían de su asombro porque a una pareja de *horneros* se les ocurriera modular un estentóreo dúo de bienvenida, junto a la bóveda de su vivienda -- ejemplo de solidez y comodidad no alcanzado en la enramada india -- refugio de seguro admirado y apetecido por los recién llegados, hartos de intemperie y de dormir al raso⁴.

Quedaban, por consecuencia, enlazados en la región rioplatense el trayecto terrestre con el derrotero marítimo: Don Francisco de Mendoza tiene por delante la vía navegable que puede conducirlo a su añorado terruño a través de mares bonancibles, y antes de engolfarse en ellos, al costear el inmenso estuario, avistaría sobre el lomo de las barrancas alguna manada de potros baguales, único vestigio europeo del abandonado puerto de Santa María del Buen Ayre, fundado nueve años ha por su homónimo el Muy Magnífico Señor Don Pedro de Mendoza. Mas en el rincón donde estaban, confluencia de ríos, se habían conservado rastros no sólo mate-

¹ Antón Griego. ² Padre Cerón.

³ MONTROYA, *Tes. Leng. Guaraní*, (1639): *Pará*, mar; *Aná*, pariente.

⁴ *Canoa*: « El primer americanismo [*canoa*] nace, para el habla española, con sólo medio mes de gestación, a los diez y seis días del descubrimiento colombino, en la fecha de San Judas Tadeo (28 de Octubre), abogado de imposibles ». De una carta del autor a D. Eleuterio F. Tiscornia con motivo de una nota publicada, por éste, en la *Revista de Filología Hispánica*, año IV, N° 4, sobre el vocablo *almariarse*. Posteriormente he comprobado que la fecha exacta es el 26 de Octubre de 1492, porque en ese día estampa Colón en su diario el flamante vocablo: « Viernes 26 de Octubre. Dijeron los indios que llevaba que había dellos a Cuba andadura de día y medio con sus almadías, que son navetas de un madero adonde no llevan velas. Estas son las *canoas* ». El famoso gramático Nebrija recoge al punto el término y lo incluye en la segunda parte de su *Dictionarium latino hispanicum*, publicado entre 1493 y 1495. Cast. Latin: « *Canoa*, nave de un madero *Monozylium*, *Linter*, is ». Lat. Español: « *Linter*, *ris*. Las *canoas*, barcos de un madero pequeño, son propiamente barcos que se llaman de cargo, y descargo ». « *Monozylion*, La *canoas* nave de un madero ». *Yaguareté* o Tigre: *Panthera onca palustris*. Sauce colorado: *Salix Humboldtiana*. Ceibo: *Erythrina cristagalli*. Hornero: *Furnarius rufus rufus*.

riales sino también espirituales del paso de las avanzadas hispánicas pues los « yndios hablaban una lengua muy bien que la avian aprendido, de los españoles que por ahí avian estado con Ayolas, adonde se halló una carta de Domingo de Irala que dava aviso de los puertos que se avian de tomar viniendo de Castilla e de otras costas »¹.

Pronto comprobaron la instrucción lingüística, pues « algunos de ellos [los indios] se llegaron a la orilla saludando a los Christianos, y preguntaron por el Capitán en lengua española. Francisco de Mendoza se puso luego ala lengua del agua, y en viéndole dixo un cacique ladino: muy mozo eres para cacique; y volviendo el rostro a los demas christianos les dixo: Donde vays ladrones, desuella caras, malos christianos, robando todo el mundo; los otros christianos buenos son, vosotros soys vellacos; los otros decir a nosotros daca pescado, toma tijeras, daca mayz, toma bonete, toma chaquira; y vosotros daca comida, daca indios, daca todo y toma lanzada: Andá, andá, para vellacos...; y con estas palabras y otras tales los indios les davan la vaya, xabonandolos de esta suerte ». Sus motivos tendrían para dar rienda suelta a semejante explosión de tan vehemente y arrevesado vocabulario, motivos confirmados luego por una artera celada en la cual cayó prisionero el Cacique lengua-raz, quien consigue empero su libertad ofreciendo como rescate la carta de Irala « que la avía dexado en la fortaleza metida en un calabazo »².

Provistos del detallado informe resuelven remontar la costa, tal vez con el propósito de llegar a la Asunción, pero la marcha entre el matorral y el lodo no está compensada por el espectáculo del majestuoso río, florecido de camalotes morados, en cuya ribera montan la guardia en

¹ Dato de Pero Gonzales.

² Las citas de este párrafo son de El Palentino, y también las de los dos subsiguientes, cuando no llevan especificación.

Lengua del agua: extremidad de la tierra que toca el agua del mar o de un río.

Daca, por *dame*, *dá acá*. Cervantes: *La Ilustre fregona*, ¡Asturiano daca la cola! ¡Daca la cola, Asturiano!

Chaquira, palabra de origen vascuence (*chea-quería* = menudencias), muy en uso entre los conquistadores por caracterizar las cuentas de colores empleadas en el trueque con los indios. Dicc. Aut. 1726: « Chaquira s. f. el grano de Aljofar [perla pequeña e irregular], abalorio, o vidrio muy pequeño.

Andá, por *andad*, forma apocopada del imperativo, de uso corriente en el habla del siglo XVI, mantenida por Cervantes en la conversación de sus personajes: *Don Quijote*, I parte, en el soneto *Diálogo entre Babiaca y Rocinante*. Babiaca a Rocinante: « Andá, señor, que estais muy mal criado »; Cap. V, el ama: « Mirá en hora mala », Cap. XXXI, Sancho: « Tomás, hermano Andrés ».

En Lope de Vega, *Fuenteovejuna*, act. III, Esteban: « mostrá las armas acá... » ... « Echá todos por ahí ».

En Calderón, *El Alcalde de Zalamea*, jornada III: Escribano.... « vení a la casa — del consejo, recibida — la posesión de la vara ». Jornada III: Escribano:... « proseguí ».

Nebrija, en su *Gramática Castellana* (1492), Libro V, Cap. VII del Imperativo, in fine: « ...mas algunas veces hazemos cortamiento de aquella d, diciendo *amá, ref, ot* ».

Dicc. Autoridades, 1739: « *Vaya* s. f. Burla, ú mofa, que se hace de alguno, ú chasco, que se le dá. — *Xabonar*. Metaphoricamente vale tratar a alguno mal de palabras, o reprehenderle ásperamente. Cerv. *Quix.*, tomo 2, Cap. I: Bien creo yo, respondió D. Quixote, que si Sacripante ó Roldán fueran poetas que ya me hubieran xabonado a la doncella... ».

Para vellacos equivale a *por vellacos*; en el siglo XVI y aún en el XVII se empleaba *para* — o más comúnmente el apócope *par* — en vez de *por*. Cervantes, *La Gitanilla*: ¡Par Dios Señor Andrés! De *Por Dios* a *Par Dios* y de ahí a *Pardiez*.

línea desplegada los charolados *biguás*, atentos, en su voracidad, al « mejor y más sano pescado que puede ser en el mundo », e indiferentes a las acompasadas maniobras aéreas de los *rayadores*, negros y blancos, que rajan la superficie del agua con los picos de coral. Al cabo de trece fatídicas jornadas « hay gran murmuración y descontento » y también hambre: de puro famélicos « tres negros y cinco yanacónas » se pasaron a los indios « y los llevaron consigo en las canoas ». Ante la imposibilidad de continuar por esos intransitables bajíos pantanosos, los expedicionarios disponen regresar. Vuelven a través de los opimos campos santafesinos, con el andar del tiempo ubérrimos trigales, y de las desiertas llanuras cordobesas, hoy feraces, pobladas de ganado. Todo es amable y fácil menos el ánimo de la soldadesca. Crúzanse desafíos, resuenan insultos. Un tal Pedro Moreno se bate con Francisco García de la Cueva y muere de resultas de una estocada; el matador es reprendido imperiosamente por Mendoza, quien no acepta las disculpas del duelista, que afirma, « como era verdad », se « le había afrentado y desafiado »¹.

No aprovechan razones: « se le mandó confesar »; protesta altivo al persuadirse de « la determinada voluntad que Francisco de Mendoza tenía en le matar »; nada podía salvarlo, ni siquiera la circunstancia de « que avía sido muy su amigo ». Está sentenciado, y como un vaticinio o como una maldición, « dixo: Pues yo os digo Señor Francisco de Mendoza que no os llevaré mucha ventaja en esta partida », y sin más trámite « le fué dado garrote »; pena infamante porque el garrote no es para caballeros servidores del rey, que a fuer de uno de tales le correspondía el degüello². Y « Francisco de Mendoza fué siguiendo

¹ El camalote, llamado en guaraní: *Aguapei: Eichornia azurea*, de flores azul-moradas. — Biguá o Zaramagullón: *Phalacrocorax vigua* (Vieillot). — Rayador o pico tijera: *Rhynchops nigra intercedens* Saunders. — Yanacóna: voz quichua. Mossi, *Lengua quichua*: « Yanacóna: los criados, o un criado ». Este vocablo no fué incluido en el léxico oficial hasta 1899. *Dicc. Acad. Española*, Edic. XIII: « Yanacóna, adj. Dícese del indio que estaba al servicio de los españoles en algunos países de la América meridional », inclusión acordada después de cuatro siglos de haber sido la palabra empleada por un clásico, Lope de Vega en *El Bobo del Colegio*:

No se había visto estafeta
de los yanacónas indios
que vaya con más presteza
desde Chacona a Tampico.

Ejemplo citado por Juan de Arona, *Dicc. de Peruanismos*.

² Calderón. *El Alcalde de Zalamea*. Jornada III:... « (aparece dado garrote en una silla, el Capitán). Rey (Felipe II):

Pero ya que aquesto es así
¿por qué, como a Capitán
y Caballero, no hicisteis
degollarle?

Crespo (el alcalde):

¿Eso dudais?
Señor, como los hidalgos
viven tan bien por acá,
el verdugo que tenemos
no ha aprendido a degollar ».

su camino », rumbo, él también, a la muerte violenta, dejando a la zaga, cual un maleficio, dos cruces, señal efímera, en la soledad, de la sepultura de quienes en vida fueron sus camaradas. Los que quedan deben continuar y continúan, pero agobiados por la congoja, para llegar por último al pucará de Malaventura, después de tres meses de ausencia.

Durante ese tiempo el Maese de Campo Hinojosa y el desposeído Here-dia, con los suyos, han pasado luchas y penurias sin cuento, porque los indios « de continuo pelean de noche » y en sólo « veynte días » les « dieron cuatro guazavaras » — cuenta Pero González — y les « mataron veynte caballos »; gravísima merma porque, según opinión de El Palentino, « en tanto tenían faltarles un caballo como un español ». De esas guazavaras una fué memorable entre todas y puede reconstruirse con las propias palabras de los propios actores.

Continúa nuestro protagonista: « En el dicho asyento quedamos obra de setenta hombres, y cada semana salía la mitad de nosotros a buscar comida », por lo tanto les tocaba aguantar los ataques a poco más de treinta. Según Antón Griego « como estaban estantes... una noche velando González de Prado y Francisco Gallego el cuarto de la modorra ¹ que es en el que los yndios venían a dar, e para aquel cuarto escogían los mejores soldados, e como el dicho Pero González era tal soldado le mandaban velar aquellos quartos, dieron los yndios en el dicho asyento con fuego por quatro partes e se entraron dentro » ¹. En la oscuridad aparecieron los indios que son « barbudos, son grandes y andan desnudos; tienen muy gruesos los cueros de las carnes que son como armas defensivas. Trayan unos collares de cuero y las caras pintadas, la mitad negras y la mitad coloradas », ilustra El Palentino; irrumpían como seres diabólicos entre una horrisonante algarabía, formados en « esquadrón de más de quinientos », enumera González, « en buen orden de guerra cerrado; trayan arcos e flechas e medias picas ». El andariego Padre Cerón, beatamente recogido a la espera, tal vez, de un toque a maitines, despertado en cambio por el alboroto de un toque a rebato, presenció, sin realizar si era pesadilla o realidad, el embate de los indios — rojas y negras las caras, entre el fulgor de las llamas, como legión del infierno — el pavoroso momento cuando, confirma, « se entravan desvergonzadamente en el real y ellos dos solos arremetieron al escuadrón »; esos dos atrevidos eran Pero González y Francisco Gallego. Aquel amplía: « al tiempo que yo entré a rromper en dicho esquadrón me dan un palo en la cabeza del caballo que me lo aturdieron e cayó conmigo en medio del esquadrón, e los yndios me mataran a flechazos si no fuera por las buenas armas que llevaba, e me llevaban vibo en peso e me mataron

¹ Los centinelas llaman así — cuarto de la modorra — a una de las cuatro partes en que dividen la vigilancia nocturna, al tiempo inmediato al amanecer, al último de la noche cuando el sueño aprieta y caen en modorra.

mi caballo, que era muy bueno [agrega a manera de elegía], de cinco flechazos... y si yo y Francisco Gallego no arremetiéramos quemaran el pueblo y pudiera ser matar muchos de nosotros, y entre tanto que se ocuparon con nosotros en pelear tuvieron tiempo para salir los demás compañeros; e fueron desbaratados los yndios e muertos muchos de ellos». Con sobrada razón su devoto Antón Griego consideraba se le debía « loar... de hombre de mucho ánimo e valiente e que lo avía fecho en la dicha guazavara como un éroe ».

El caballo muerto era el famoso alazano, y « le mataron con yr tan bien armado de pecho e hijadas », exclama sorprendido el Padre Cerón, pero no está menos sorprendido y admirado cuando después del combate « lo vido a Pedro González de Prado todas las armas llenas de flechas que parecía un San Sebastián »; y si el santo, jefe de cohorte imperial, tuvo una piadosa Irene para restañarle las heridas y hacerlo revivir, el soldado de la conquista tenía una abnegada esclava nicaragüense para arrancarle las flechas y confortarlo en su cansancio. Pero en el nefasto pucará tan justicieramente apodado de Malaventura, la mujer, además de la misión consoladora, ejerció también la guerrera, como lo narra El Palentino, siempre sensible al estoicismo femenino: « dos mujeres que había, que la una se llamaba Leonor de Guzmán, mujer de Hernando Carmona, y la otra Mari López, amiga de Carmona » — la misma que en Tucumán vigilaba los caciques — ambas « tomaron sus espadas e rodelas » — por lo visto las tenían propias — « y varonilmente se fueron a favorecer a la puerta ».

Llegaba, pues, Francisco de Mendoza, cuando en el fuerte soplaban vientos de tragedia: muertos y heridos — dos y quince, respectivamente, sólo en el reciente combate, Gallego entre los últimos — la caballada diezmada, sobresaltos perpetuos, el coraje malgastado en defensas sin provecho, los inquietos voluntarios acosados en una inmovilidad que exacerbaba su pujanza, los ánimos tensos por el rencor, la rivalidad y los celos. Los llegantes traían el orgullo del descubrimiento del Río de la Plata, pero también la decepción de no haber rematado sus andanzas, vueltos « sin haber hallado oro ni plata, ni otro metal alguno »¹. El encuentro, por lo tanto, era peligroso. El roce continuo, en vez de suavizar asperezas, ponía en descubierto el fondo tempestuoso de instintos y pasiones. Son almas al desnudo. Todos se conocen entre sí, cada uno sabe del otro lo que puede dar y lo que puede quitar, hasta dónde hay que temerle, hasta dónde resistirle. Se encaraban la soberbia agresiva y el refrenado encono. Mendoza, con su juventud y su arrogancia, dominado por un optimismo perturbador, fruto de sus éxitos: Teniente Gobernador y Jefe de la famosa Entrada a los veinticinco años, descu-

¹ Datos de El Palentino todas las frases entre comillas de este párrafo.

bridor del Río de la Plata a los veintiséis; vislumbra la gloria, presente el poderío. Heredia, maduro de años, con experiencia en lances riesgosos, como que estuvo complicado en la muerte del Conquistador del Perú Francisco Pizarro, y acusado de « rebelde contra las armas reales », y además con su astucia evidenciada cuando confiscados sus bienes – en inminencia de castigos mayores – se dió maña para reducir la condena a una multa insignificante y obtener por añadidura el cargo de Maese de Campo de Don Diego de Rojas en la Entrada al Río de la Plata. Entre los dos: Hinojosa, el detentador del grado militar de Heredia. Este, a quien « todos respetaban », mantenía su prestigio y su ascendiente, « el qual e Hinojosa se llevaban mal ». Nada cuentan los precavidos actores de las polémicas motivadas por la ruta a seguir, ni de la pugna por el predominio y mucho menos del estallido de ambiciones terminado en entrevero de odios y regueros de sangre. Pedro González de Prado anota escuetamente, al pasar, que en el « pucará donde estábamos adonde murió Francisco de Mendoza », como si se tratara del desenlace normal enviado por la providencia. Pero la muerte no fué natural, porque mientras Heredia, manso y sometido, aguantaba las bravatas del jefe precoz, en la mesnada ardía la revuelta; una frase fué la chispa que hizo estallar el incendio. Había quedado de a pie el soldado Diego Alvarez, « persona de auctoridad », y de adeptos, y éstos pidieron a Mendoza que le entregara uno de los caballos dejados por Francisco García de la Cueva – el infeliz agarrotado en la vuelta de las fortalezas de Gaboto – y le rogaron « no mirase que avía sido amigo de Philipe Gutiérrez », el legítimo jefe de la expedición suplantado y desterrado por Mendoza. Quien, a la súplica, respondió « con alguna manera de desdén: Diego Alvarez duerme mucho ». La mecha quedó prendida. Alvarez conjúrase con la gente amiga – « hombres de hecho », firmes en la palabra y en la acción – para dar muerte a Mendoza y a Hinojosa. Era la noche de Nuestra Señora de Septiembre¹, el fuerte sumido en letárgico silencio, cuando Alvarez, con alevosía felina se desliza en el « bohío »² de Mendoza, quien, sobresaltado al sentirlo, dá el grito « Quién anda ay! Quién está ay! », y una voz sarcástica contesta: « Quién ha de ser! Diego Alvarez, que no duerme cuando es menester! ». Y simultáneamente se arroja sobre la cama « do estaba echado » el déspota y le mata a puñaladas. A la misma hora entraban « veynte conjurados » – no uno – al rancho de Hinojosa, « el cual no lo sintió hasta que le comenzaron a dar de puñaladas ». La suerte estaba tirada; caídos los opresores, ¿quién

¹ El 24 de Septiembre es el día de Nuestra Señora de la Merced por el calendario Juliano: el Gregoriano entró en vigencia en 1582.

² *Bohío* entra al *Dicc. Acad. Española* en la 4ª edic. 1803: « S. m. ant. choza o cabaña. *Tugurium* ». Mas a pesar de dárselo cabida como vocablo anticuado entonces, se ha mantenido hasta hoy como cubano corriente en la actualidad.

Lope de Vega, en *El Nuevo Mundo*, al principio del siglo XVII, emplea reiteradamente la forma *buhio*.

habría de mandar ahora? Heredia, mudo y quedo en su bohío, estaba ausente del « hecho » aunque « bien lo sintió y entendió ». Hasta él llega Diego Alvarez, « hombre de buenas fuerzas », arrastrando « del pescuezo el cadáver de Mendoza », y arrojándolo a las plantas del mafioso hidalgo « dixo: Señor Capitán veys aquí, quién os tenía opresso a vos y a todos estos cavalleros; y no hemos tenido poca pena de que éste nos haya assí sujetado, y presso a Philipe Gutiérrez », y en diciendo esto « assi mismo traxeron allí muerto a Hinojosa ». Ante los dos cuerpos sangrientos y semidesnudos, irguióse el provecto Heredia, seguro ya de su valimiento, imponiendo con su sereno ademán y con su barba blanca, el necesario respeto para encauzar el desbordado furor de los vengadores, quienes, por otra parte, demostraban con la actitud y las palabras su acatamiento al sexagenario. A fin de imponer su autoridad, sin pérdida de tiempo, salió fuera para ordenar perentoriamente « que ninguna persona sea osado salir de su rancho y aposento, so pena de muerte », y luego un pregón proclamó al « Señor Gobernador y Capitán General Nicolás de Heredia » quien « venido el día », reunidos « los principales », « manda por su Majestad habrirles juicio » a los jefes muertos « haziéndoles cargo de la prisión y destierro del Capitán Philipe Gutiérrez » y de la « prisión y opresión de Heredia »; y se dicta contra ambos difuntos sentencia póstuma de muerte, « después de lo cual fueron enterrados honradamente », termina El Palentino, como para demostrar que las conciencias quedaron en paz. Investido de todas sus prerrogativas y « obedecido por Gobernador y Capitán General », declara y « nombra a Diego Alvarez por su Maestre de Campo », obligado, más que justo, premio al ejecutor de sus designios y causante de su exaltación; mas « de ello pesó a muchos que lo pretendían [al cargo] especialmente a Pedro López de Ayala », que no disimuló su contrariedad, y también pesaría, aunque nada dijera, a nuestro Pero González de Prado, con más derecho que nadie para tal dignidad, como asiduo combatiente en la primera fila, constante y adicto compañero de Heredia. La situación ha cambiado: vida renovada sobre los restos de los caidos; se respiran aires de libertad, cada uno se siente más dueño de sí mismo, se admiten sobre « lo que deverían hacer contrarios y diversos pareceres », se aunan opiniones en el sentido de « volver a Soconcho », para que de allí alguien « fuese a dar relación de la conquista, al Gobernador del Pirú, y le pidiese socorro de gente »; los consecuentes pedían « traxesen a Philipe Gutiérrez », el desterrado, y todos, claro está, en ley de caballeros, clamaban por « muchos cavallos ». Preparan la partida, y « de ay a veynte días salieron del assiento de lo Comechingones ».

Y así termina la existencia del malhadado Fuerte de Malaventura, avispero de « indios barbudos como nosotros », según los definía Antón Griego, posesor, de juro, de profusa barba. Se abandona por fin ese lugar

sinistro - hogaño sosegado rincón de turismo, centro de fuerzas hidráulicas - porque « fué acordado » bajar « a las provincias de los diaguitas y juries », y « abaxaron », Pedro González de Prado caballero « en un caballo overo ¹ que era de Bartolomé de Aguilera, difunto que mataron los indios », porque había muerto el « cavallo alazano », y el otro castaño se le mancó. Mas cuando llegan a las dichas provincias « estaban los maizales en berza », vale decir tiernos, y « pasaron mucha necesidad de comida » y fueron entonces a « descubrir el río Salado adonde se halló algún maíz y mucho pescado », y luego pasan « a la provincia de los Lules », atraviesan zonas de chucho, cunde el desaliento, hay morriña de civilización; llevaban « en el descubrimiento quatro años más o menos, aviendo descubiert el Río de la Plata »; han traspuesto distancias inmensas, montañas ingentes, selvas frondosas, llanuras incommensurables; se sienten ricos en experiencia, lances e impresiones, pero están paupérrimos de botín y de prebendas; consideran el larguísimo recorrido, porque de la « Cibdad del Cuzco a las fortalezas de Gavoto se jugava más de setecientas leguas »; con todo « unos dezían que estuviessen, otros que saliessen, de suerte que todos estuvieron puestos en vandos para matarse, y estuvieron puestos en armas a punto para romper »; mas por fortuna los comandaba un caudillo diestro, avezado al manejo de los hombres, con probada maestría para desfacer entuertos, de manera que a todo « lo qual Nicolás de Heredia apaciguó con buenas palabras, sin muerte de nadie, ni escándalo alguno »; por tanto por él « fué acordado » alcanzar a la dicha ciudad, pero no con el ánimo de quedar ociosos; vuelven, a pesar de todo lo acontecido, con el propósito de reincidir en lo mismo, para « nos rehacer », asegura Pero González.

Escalan nuevamente los Andes, « no dexando de llover una noche », salen « cien leguas más abaxo, de por do avían entrado » ², probablemente recorriendo la quebrada de Humahuaca, para llegar a La Quiaca, desde donde hay unas buenas cien leguas contantes y sonantes hasta el Aconquija, sitio, para ellos, de entrada, como que el atravesarlo Sánchez de Lagunilla consideraba que era « pasar los Andes »; alcanzan el Alto Perú, mas no encuentran la ansiada concordia. No faltaron revueltas; para sofocarlas, Heredia, conciliador pero también ejecutivo cuando el caso aprieta, sustituye las « buenas palabras » con hechos contundentes, y a manera de escarmiento « hizo dar garrote a un Sayavedra, mancebo, que antes había sido grande amigo de Francisco de Mendoza »; fué esto en la provincia de Quire-Quire. Sólo « quedaban de los que salían de la dicha Entrada obra de noventa hombres », que deben seguir guerreando; mas ahora contra sus propios compatriotas en lucha fratricida, más cruenta aún que las anteriores.

¹ Overo, color de huevo; en castizo, equivale a nuestro bayo.

² El Palentino.

Se había producido el alzamiento de Gonzalo Pizarro, por su propia cuenta Gobernador absoluto del Perú, vencedor y verdugo del Virrey Blasco Núñez de Vela. Ante tamaña rebeldía los noventa hombres no pueden con el genio y les arrastra el humor pendenciero, y « siendo tan pocos » se pusieron « contra ». Esperan a la gente del Maese da Campo de Gonzalo Pizarro, Francisco de Carvajal — el « Demonio de los Andes » — « en la Provincia de la Canela, en un pueblo que se llama Pocona », y para combatirlo a él « y sus secuaces se metieron debaxo del estandarte real » que traía el Capitán Lope de Mendoza. Se alistan para la batalla, ciento diez contra trescientos; y refiere el Padre Cerón que a Pedro González « lo confesó aquella tarde para entrar en la dicha batalla ». Salieron al campo a esperar a Carvajal, pero éste « se metió en la plaza del pueblo que es fuerte que tenía tres puertas e un postigo », especifica Antón Griego. Por la noche Pedro González de Prado, de a pie, porque cansó su « cavallo en un despoblado » y lo dejó perdido — « con su pica en la mano... yba en la delantera de treynta e cinco hombres », puntualiza el bueno de Antón, todos de infantería. Arremetieron « e tuvieron ganada la una puerta de los enemigos », mas « como la gente de a caballo no les acudió a socorrer no la pudieron sustentar », entonces el narrador Antón Griego, « con un arcabuz que tenía con que peleaba » se juntó con Pero González de Prado « y siete hombres o ocho... y dieron en un postigo de la plaza por donde, vido, entró Pedro González de Prado el primero... e prendió a un soldado que se llamava Diego de Palacios e lo sacó afuera e le quitó el arcabuz e armas e le dió a un soldado que se llamava Carillo que lo guardase y luego tornó a entrar dentro otra vez... por el postigo », y con el auxilio de su constante guardaespaldas, Antón Griego, « prendieron a un Camacho soldado de Carvajal, y al tiempo que lo sacaban para le matar, dió voces » y fueron « sentidos », con lo cual « descargó mucha gente de los enemigos » sobre los asaltantes; y « Nuestro Señor fué servido fuésemos desbaratados », acota resignadamente Pedro González, quien todo lo pierde: « el servicio de yndios e yndias e todo lo que tenía » y hasta la « esclava de nicaragua », dulce compañera de su mocedad; pero enardecido por tan luctuosa pérdida no cesa en su saña contra el desalmado triunfador — Carvajal — a pesar de que éste nada respeta porque « mandava... matasen a todos los de la entrada del Río de la Plata », como que « avía cortado as cabezas a los Capitanes Nicolás de Heredia e Lope de Mendoza » — atestigua el expedicionario Bartolomé Díaz¹, — sin llevar en cuenta que el primero de los antedichos Capitanes era « uno de los vecinos mui honrados e de los más ricos de la ciudad de Cuzco ».

Muertos sus dos jefes, indefenso y despojado, retrocede el obstinado Pedro González hacia « la Villa del Plata » (Charcas), confabúlase con

¹ Probanza de Heredia.

el Alférez General Francisco Camargo para « matar al dicho Francisco de Carvajal » — se unen a « diez e ocho hombres servidores de su majestad » — llega éste con su gente, a quien, confiesa crudamente Antón Griego, también él mismo se « avía concertado dar de puñaladas », pero el lance « no se pudo effectuar » porque fueron « sentidos y descubiertos », y ahí entra en juego la ferocidad del Demonio de los Andes; continúa la horrible matanza: al « siguiente día del Señor San Miguel del año pasado de quinientos e quarenta e seys » mató a Alonso de Camargo e a otro » (un tal Balmaceda), recalca Julián de Umarán, « que se halló presente ¹; « e dende seys a siete días mató a otros syete »; « acuarteló ² e aoró diez de nosotros », corrobora Pedro González, « e a mí Nuestro Señor me libró debaxo de una pontezuela... e andavan por encima de mí apregonándome que quien quiera que de mí supiese lo viniese a decir so pena de muerte e de perdimiento de todos sus bienes »; escapa « milagrosamente » y le arrebatan « un cavallo overo muy bueno » que se había agenciado y fué a dar « obra de dos leguas del pueblo, en un arroyo debaxo de unas yerbas »; allí queda « quarenta días pasando mucha necesidad de hambre », donde un Padre Cozmorano lo auxilia con « un poco de mayz para comer », le toma bajo su protección y consigue « por industria », y con la ayuda de « ciertos frayles y caballeros » que Carvajal — ahito de sangre, « aviendo muerto a tantos » — le perdone la vida; pero lo mantiene prisionero y, narra González: « me envió a Lima » desterrado a Gonzalo Pizarro, a pie, e como yo no soy hombre que suele andar apié, compré un caballo de Pero Alonso Carrasco, e yendo con un Pero Gutiérrez que me llevaba a Lima al dicho Gonzalo Pizarro », después de muchas jornadas, más de doscientas leguas por intrincados caminos a través de la cordillera occidental de los Andes para llegar a los aldeaños del Pacífico, en Nazca, huye a los Lucanes, donde encuentra « ciertos servidores del rei ». Al saberlo Carvajal « enbió » a su Maese de Campo Dionisio de Bobadilla para que le « prendiese e matara », pero el muy ducho consigue evadirse, otra vez. Se corre hacia el norte a la provincia de Ica, más cerca de Lima que de Cuzco, donde cae en manos de Nicolás de Rivera, el Viejo, otro secuaz de Pizarro y de Carvajal, y nuevamente rumbo a Lima, enfermo, « muy malo », custodiado por Juanes de Galagarza. Pero enfermo y todo se escapa — y van tres — hacia la provincia de Guaytara, con tan mala suerte que los indios « le dieron una guazavara » y le mataran « syno fuera por el buen cavallo que llevaba ».

¹ Umarán, en su declaración, dice: « treynta y seis », por evidente error, probablemente de copia, año que me he permitido enmendar. El « día del Señor San Miguel », a que se refiere, debe ser el 8 de mayo, fecha en que la Iglesia celebra la primera aparición del Arcángel, y no el 29 de septiembre, cuando se le festeja en compañía de todos los ángeles. Esta conjetura sobre la fecha me la sugiere la circunstancia de que para fines de septiembre los conquistadores estaban ya de vuelta en el Cusco.

² *Acuartelar*, arcaísmo por *descuartizar*.

Y continúa « huyendo a los yndios de Alonso Martín de San Benito que es en los llanos », mas agotado por tanta fuga « allegó a punto de muerte », pero allí lo pesca Juan de Sylvera, Capitán de Gonzalo Pizarro, y se lo lleva hacia el sur a la ciudad de Arequipa donde le « quiso cortar la cabeza », y si bien « por muchos rogadores no lo hizo », se apropió, en cambio, de otro caballo castaño que tenía, tan bueno « que valía en aquel tiempo seiscientos pesos de oro ».

Siempre fiel a su rey se alista bajo la bandera de su majestad a las órdenes del Capitán Gerónimo de Villegas, y luego de « prender a Lucas Martínez capitán que era en aquella cibdad por Gonzalo Pizarro », fueron « en búsqueda del Capitán General Diego Centeno », y éste su jefe máximo, en el nuevo alistamiento, afablemente manifiesta « que le vido venir que vino muy bien aderezado con sus armas e caballo »¹. Le encargan, llegado a la provincia de Chucuito, hiciera « una puente » sobre el Desaguadero, « donde estuvo con seys compañeros haziéndola easy un mes », porque, decía su otro jefe Villegas, « como buen soldado e por ser persona sin sospecha le embiaban siempre a las cosas más peligrosas ». Lo sigue a Centeno por la provincia de Hayo-Hayo y utilizan « la puente » para llegar « a los llanos de Guarina adonde se dió la batalla entre el Capitán Diego Centeno en nombre de su majestad y Gonzalo Pizarro que tenía este reino usurpado a su majestad ». Se arma la descomunal batalla; los realistas toman las banderas de la gente del « tirano de Gonzalo Pizarro »; a éste le matan el caballo; tenían ya « la victoria en nombre de su Majestad » en contra del « usurpador », pero — azares de la guerra — un enérgico contraataque de « la gente de ynfantería enemiga (con la mucha arcabucería que tenían) » transforma el triunfo en derrota y en horrible carnicería, porque « murieron más de trescientos christianos » y « más de sesenta » de los que quedaban de la Entrada del Río de la Plata; mataron el caballo de Pero González « de dos arcabuzazos uno en el anca y otro en el pescuezo », y él quedó tendido en el campo « con cinco heridas una por la cara e narices e otra por la mano e otra en la cabeza » y además, asevera el aguerrido Julián de Umarán que « le vido una lanzada que le pasa desde el costado a la quixada, cosa espantable de ver », la misma lanzada que para Martín de Rentería, pulcro hombre de pro, era « cosa grandiosa de ver », después de la cual agrega, « Pero González anda mal de la vista de los ojos ». Salvó sin embargo la vida gracias a « una mujer » que le « hizo curar por amor de Dios », porque de no ser así caían en manos de los « cirujanos » y « secuaces » de Pizarro, quienes les « tratavan peor que a moros ». Quedó tan lisiado y tan desconocido que a los pocos días « entrapaxado de la cara, cabeza, pescuezo e mano »

¹ CERVANTES, *Rinconete y Cortadillo*: « Al volver que volvió Monipodio ».

² Lima, nombre que empieza a darse a la flamante Ciudad de los Reyes, fundada por el conquistador Francisco Pizarro, el 6 de enero de 1535, día de los Reyes Magos.

se le enfrentó el temible Francisco de Carvajal a preguntarle « sy hera.. el traydor Pedro González », y el insultado añade: « yo me negué el nombre que a conocerme me mandava luego dar de estocadas, porque me quería muy mal por ser de los de la Entrada e de los del motín de las Charcas e por averle sido su enemigo ». Pero aún descalabrado no pierde su indómita bravura; aguza su ingenio para libertarse de las garras « del traydor de Gonzalo Pizarro » — devuelve el insulto — trama su plan y nos cuenta: « Hablé e concerté con cinco compañeros que se huyesen del real; e una noche los saqué del dicho Real e nos huimos [por cuarta vez] e como yo no veo bien de los ojos me despeñé, e como no estaba sano de las heridas, se me abrieron e me descalabré a donde por los despoblados que andávamos yo allegué a punto de muerte ». Y después de tanta peripecia adversa « entraron en el Cuzco por el mes de Septiembre del año quarenta y seis », atestigua Bernabé Picón¹. Han pasado tres largos interminables años de azarosas luchas desde el día en que doscientos esforzados valientes salieron desde el Cuzco para la famosa Entrada; en el transcurso de la dura campaña la muerte, en acecho continuo, había segado sin tregua vida de hombres mozos hasta arrasar con ellos: a la Ciudad Imperial sólo retornaron una docena escasa².

Ese fué el saldo numérico de la magnífica epopeya, conquista espiritual de la futura Argentina, virtualmente desierta en aquel entonces, sin tesoros « ni metal alguno », mas con su riqueza en potencia bajo el suelo fecundo, las aguas y lluvias fertilizantes y el sol benéfico, promesas — industria mediante — de oro en espigas, plata en vellones y gemas vivientes en ganadería; conquista realizada por aquel puñado de bravos, arquetipos de heroicidad, a quienes el veraz y escrupuloso Palentino llegó a proclamar como « la mejor gente, y más famosa de todas las Indias: soldados de gran pundonor y valientes... y ha durado — concluye — hasta hoy día tanto su fama en el Perú, que puesto que ha habido otras muchas conquistas y entradas, con ninguna se tiene la cuenta que con ésta, y con la gente que á ella fueron »; como que eran soldados españoles, indiscutidos como los mejores combatientes del siglo XVI, trasplantados a un mundo de leyenda, campo propicio a la expansión de su intrépido estoicismo, esencia de la raza.

Acabaron, pues, las malaventuras de quien fuera calificado como « héroe » por sus hazañas en el fuerte de Comechingonia. Habría de quedarle como consuelo de tantos sinsabores, y desquite de las implacables persecuciones del « tirano González Pizarro », el haber contribuido con

¹ Probanza de Alonso Domínguez.

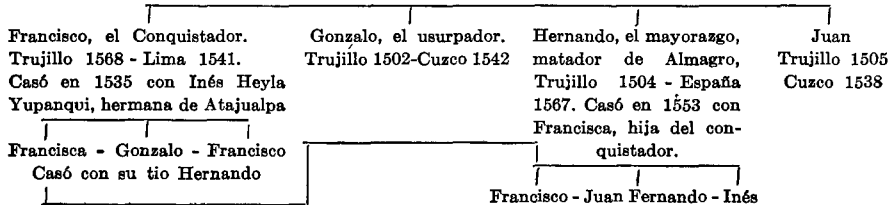
² Además de Pedro González de Prado, volvieron con vida: Martín de Rentería, Julián de Umarán, Miguel Sánchez de Lantinilla, Antón Griego y el Padre Juan Cerón, todos testigos en la Probanza de méritos del primero; deben incluirse, de acuerdo a sus propias declaraciones, a: Gonzalo Bardales, Miguel de Ardiles, Gonzalo Sánchez Garzón, Bartolomé Díaz, Alonso Domínguez y Juan Pérez Moreno, este último mencionado por el Padre Lozano; la presencia de Alonso Díaz Calderón en la Entrada, a pesar de la afirmación del mismo autor, no parecería comprobarse.

su persona, sus armas y caballos, a su costa y sin ayuda de nadie, a la derrota definitiva del turbulento usurpador en el campo de Xaquixiguana (1548), a cuatro leguas de la ciudad del Cuzco.

Después de esta batalla queda reintegrado el reino del Perú al dominio de su Majestad Católica, luego de diez años de truculentas alternativas, durante las cuales Hernando Pizarro, hermano de Marqués Conquistador, ajusticia al Adelantado Diego de Almagro; en vindicación el hijo de éste, Diego el Mozo – de madre india – hace matar al Gran Marqués – de plebeya cuna labriega, pero de noble estirpe paterna – un año después el hermano de éste, Gonzalo el rebelde, dispone la decapitación de Almagro el Mozo, y por último, al vencido de Xaquixaguana, Gonzalo Pizarro, el usurpador, le cortan la cabeza por orden del Presidente de la Audiencia Real, Licenciado Pedro de la Gasca¹. Este antiguo inquisidor, experto en milicia, había sido enviado por el Príncipe Felipe II, a la sazón regente de España por ausencia de Carlos V, para desfacer los agravios de sus levantiscos vasallos en las lejanas « Yndias islas y tierra del mar Océano ». Terminada airoosamente su misión, el eficaz licenciado vuelve a España cargado de inmensos caudales para su Sacro Emperador Rey y Señor; tesoro consistente en « un millón y medio de castellanos que reducidos a Coronas de España es más de dos millones y cien mil coronas de a trezientos y cincuenta maravedís la corona »². Tan positivo éxito merece honores especiales, recibe el dictado de Padre Restaurador y Pacificador, se le acuerda dignidad episcopal y la corte lo recibe, cual a benemérito personaje, con marcada distinción. Más tarde, septuagenario, con el título de obispo de Palencia, bajo el reinado efectivo de Felipe II, tiene el privilegio de formar en el séquito cortesano para asistir, entre Príncipes y Grandes, el 21 de Mayo de 1559, al primer solemne Auto de Fe, realizado con ostentoso ceremonial en Valladolid, y seguido con angustiada atracción por los circunstantes – salvo un niño de doce años, invitado especial del rey, que agobiado por el interminable proceso se duerme profundamente para ser despertado luego por el murmullo de los curiosos, que pujaban por verle, ignorante la inocente criatura, de azorados ojos azules, que era hijo del gran Carlos V, y de que cuatro meses después trocaría el humilde nombre de Jeromín por el glorioso de Don Juan de Austria.

¹ Genealogía de los Pizarro:

Coronel Gonzalo Pizarro de los Añuscos, el Largo, nace en Trujillo, 1446. Muere en Pamplona, 1522.



¹º Marqués de la Conquista 1631. Título en la actualidad en poder de D^a María Piedad Carvajal y Guzmán.

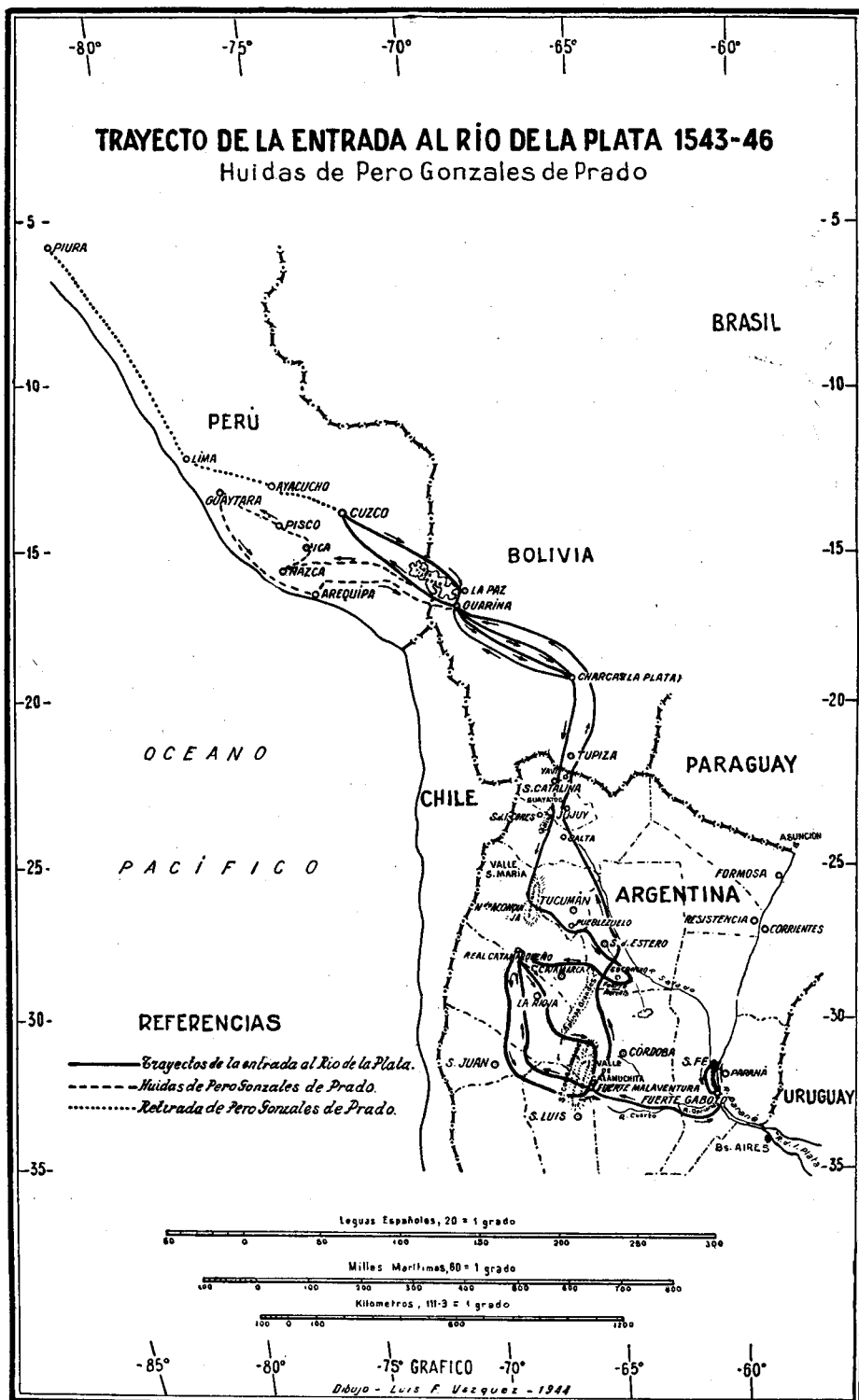
² El Palentino.

En España Felipe II trata de ahogar el fermento de protestantismo difundido entre gente principal y se prepara a enfrentar la amenaza creciente de los turcos depredadores del Mediterráneo; en el Perú el Virrey Andrés Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, preside el fomentado arraigo de los peninsulares en la heredad indiana; y en una encomienda de Piura, al norte del Virreinato, próxima al Ecuador, Pero González de Prado, cuarentón, descansa el cuerpo estropeado y el ánimo maltrecho, entre sus yanaconas, indios servidores, oculto bajo el incógnito, confortado quizá por el recuerdo deslumbrador de las tierras recorridas, teatro de sus proezas juveniles, y por la íntima seguridad de haber cumplido, sin interrupción, con su deber de hombre, de militar y de español. Ahí queda apagándose, como su vista, en un ocaso prematuro, pronto a derivar hacia el olvido, borrado de los fastos de la historia, ese ejemplo de soldado sin miedo en el ataque, sin tacha en la derrota, arrojado hasta la temeridad, astucioso y leal. Sus compañeros de aventuras, aun sus mayores, pudieron continuar sus andanzas y presenciar la fundación de las primeras ciudades argentinas, donde reciben dignidades de alcaldes, regidores y tesoreros, mientras él en su retiro de encomendero sufre la nostalgia de los días mejores, desvanecidas para siempre las esperanzas de gloria¹. Si, cuando suene la hora de honrar a nuestro siglo XVI, a Diego de Rojas se le erigiese un monumento en Tucumán, su descubridor virtual, y Francisco de Mendoza fuera rememorado sobre las barrancas del Paraná, bien podrá merecer un recuerdo el modesto Pero González de Prado, sobre la margen derecha del río Tercero, en el valle de Calamuchita.

Iniciaba, pues, mis excursiones por Estanzuela acompañado por la evocación de las hazañas de aquellos conquistadores sumidos en el limbo del pasado; vagaba como incitado por su numen, con la imprecisa esperanza de encontrar una « casa de piedra ».

La sierra homónima, en gran parte dentro del perímetro del establecimiento, extiende sus ramificaciones, como dientes de un inmenso peine, en dirección al norte desde el macizo sur, formando cuatro quebradas de aspecto y extensión diferentes. La más amplia, y primera en saliendo de « las casas », es la que lleva el pintoresco nombre de Zapato Bayo, largo valle de dos mil metros, pastoso y con árboles, flanqueado por las alturas que rematan, en el fondo, con los cerros Mirador y Mío-mío, sitio fértil y protegido, aparente para refugio y vivienda. Entre la vegetación aflora el más diverso material geológico, desde el voluminoso risco, en lo alto, al canto rodado que baja por las laderas para disminuir

¹ Rentería, primer Alcalde de Barco I^o (1550), primera ciudad tucumana, alcalde también de la segunda, luego de Santiago del Estero; Ardiles, regidor y alcalde de la misma ciudad. Pérez Moreno, llega a teniente gobernador y justicia Mayor de Tucumán, y Sánchez Garzón asiste a las fundaciones de Santiago del Estero (1553), Tucumán (1565), Córdoba (1573) y Salta (1582).



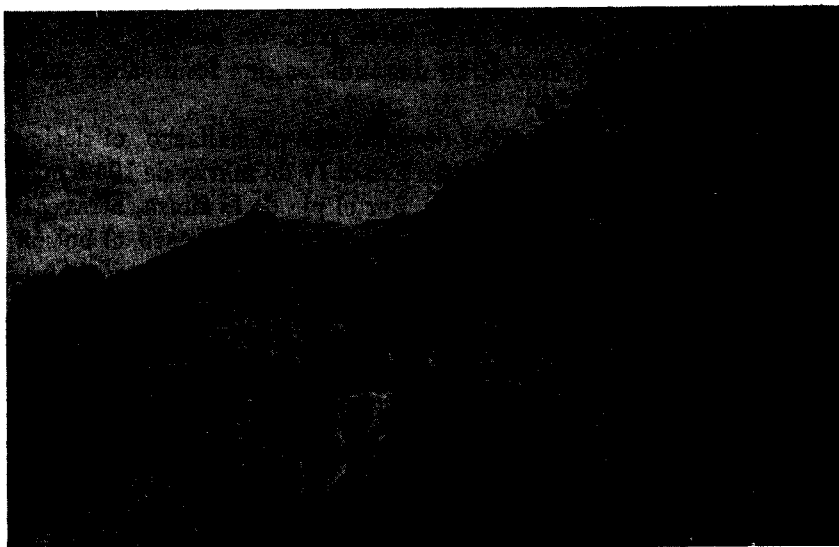
Trayecto trazado de acuerdo a las referencias de los mismos conquistadores, preciso en una parte, aproximado en otra y conjetural en la región diaguita de Catamarca y La Rioja.

en pedregullo, deshacerse en ripio y terminar en arena en las hondonadas, en sucesión de formas y colores que harían el deleite de un petrógrafo, y que denuncian la formación surgida del fuego, así como las llanuras bonaerenses la emanada del agua. Asoman semiocultas por la maleza algunas combas de piedra, presumibles moradas de Comechingones, entre ellas una, con la apariencia de un caparazón de inmenso glyptodonte asentado sobre débiles patas, que dejaba entrever la oquedad interior; estaba encaramada en un talud a pique atascada por la espesura silvestre; no intenté la inspección pero me propuse realizarla provisto de los indispensables elementos y con las debidas precauciones contra las alimañas; y próxima a la misma, otra roca redonda, más pequeña, a ras del suelo, atravesada de lado a lado por un túnel, conocida por la Casa del León, una perfecta madriguera para un animal y aceptable guarida para un ser humano. Eran dos indicios que tonificaban mi confianza.

Atento siempre a mi propósito de concretar un hallazgo, oí decir que en el cerro del Molle había una gruta. Era el 17 de marzo de 1942, cuando salimos en caravana, rumbo al oeste, por el pie de la sierra, atravesando sucesivamente el nacimiento de las quebradas: la del Zapato, el bolsón de la Chica, la llamada de la Carbonería, cuajada de peñascos, entre los cuales uno lleva marcada por dos rajaduras naturales una enorme V claramente visible a la distancia como un símbolo de la victoria, y por último la de la Viña, cruzada por un hilo de agua y con restos de antiguos cultivos, probablemente jesuíticos, y a la cual vigilan desde una altura dos piedras, como dos garitas vecinas, la una en cúpula con puerta de arco levantado y la otra puntiaguda con abertura en ojiva. Llegados, al fin, a la base del cerro del Molle — a tres kilómetros del punto de partida, — mirando hacia el sur percibimos sobre el perfil de las primeras escarpaduras una serie de peñascos extendidos de norte a sur, como restos de una ciclópea muralla derruida, en cuyo extremidad más elevada se destacaba la saliente de una peña mayor. Echamos pie a tierra, dejando los caballos atados a los árboles, y emprendimos la ascensión, trabajosa por cierto, porque la cuesta estaba cerrada por arbustos espinosos y había que esquivar las erizadas *pencas-bola*¹; llegamos finalmente a una puerta natural enfrentada al oeste, de un metro ochenta de alto por tres de ancho, aproximadamente, abierta sobre la peña mayor, mole con aspecto granítico, de grano grueso — en la cual escamas de mica reverberaban al sol como chispas — con un marcado paralelismo en su estructura, por interposición de vetas cuarzosas blanquecinas. Sobre la puerta avanzaba un dosel hacia afuera; en el suelo, por ambos costados, grupos de piedras parecían responder a una ordenación artificial;

¹ *Penca-bola* = *Echinopsis* spec.

hacia el interior se extendía, en cuatro y medio metros, una galería en breve ascenso, de anchura variable — dos y medio la mínima — y una elevación que en un corto trecho bajaba a un metro cincuenta para subir en seguida a dos, punto donde, con suave declive del terreno, el ambiente se ensanchaba hasta formar un recinto casi circular de cinco metros de diámetro, en cuyo extremo se abría sobre el naciente una portada como de tres cincuenta de ancho por uno setenta de alto; algunas piedras allí colocadas hacían presumir hubiera sido cerrada en alguna época remota por la mano del hombre. Por el costado norte dos pequeños arcos, por donde entraba escasa luz, estaban interceptados por fragmentos de lajas



Entrada ^{este} de la Casa de Piedra.

(Foto del autor).

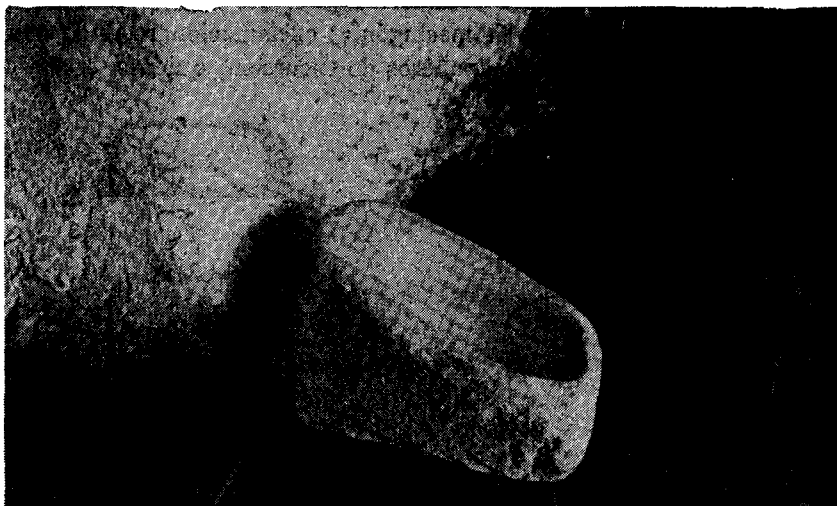
de micacita¹. El piso es granítico desde la puerta hasta el recinto, y en éste, sobre todo en su parte central, estaba removido, con escoria, tierra y residuos carboníferos.

Mi emoción era grande. Comprobaba que la gruta reunía todas las características de una típica « casa de piedra », tal cual me la había representado a través de mis lecturas de los trabajos de Aparicio y de Vignati. Ahí estaban las lajas verticales como una de las « obras complementarias »²; la inclinación del suelo sugería la existencia de los rudimentarios enseres domésticos aborígenes, los llamados « morteros »,

¹ La comparación con muestras del Gabinete de Mineralogía de la Facultad de Ingeniería me hace suponer que se trata de micacita gnéissica.

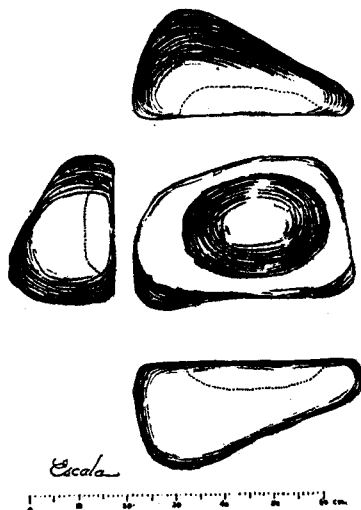
² Véase FRANCISCO DE APARICIO, *La Antigua Provincia de los Comechingones*, en *Hist. de la Nación Argentina*, 1, 1936.

horadados en la misma piedra, con un diámetro de 10 cm por 30 de profundidad – medidas variables, – para servir como depósitos de agua o de



Conana de cuarzo blanco, colocada junto a la entrada de la casa-habitación de Estanzuela, frente oeste. (Foto del autor).

alimentos¹, así como también la « conana », excavación generalmente ovalada y poco profunda, destinada a moler el maíz, y de las cuales he

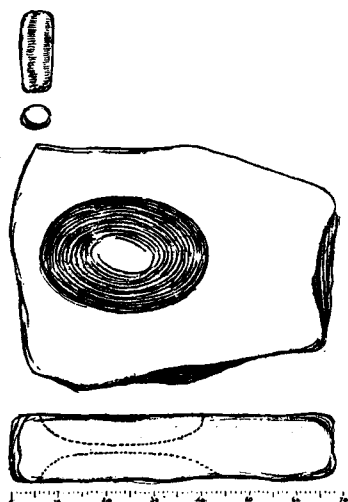


Esquema de la conana representada en la fotografía.

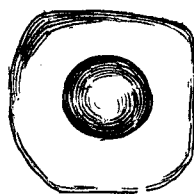
visto varias en los ranchos de la región recogidas en la sierra y fabricadas en una piedra blanca, al parecer de cuarzo.

¹ Véase MILCIÁDES A. VIGNATI, *¿Morteros o represas?*, 1931. *Not. Pra. M. La Plata*.

Por otra parte, nos hospedaba un albergue brindado por la naturaleza que ofrecía la comodidad y abrigo máximos para un salvaje; no era posible suponer que no hubiera sido aprovechado. Pensé fuerte y llegué a murmurar: « Esta es una casa de indio Comechigón »; exclamación recibida con la mayor indiferencia por mis compañeros de excursión, quienes, escépticos,



Conana doble: lo delgada que queda la piedra, en donde coinciden las dos cavidades, prueba que la operación de « conar » era puramente ejecutada a fricción y presión de la piedra « mano », y nunca por percusión; eso, por otra parte, coincide con la información de doña María Beron, quien dice que la mano era « chiquita y redonda y se apretaba para conar ». (Datos del Arq. Real de Azúa).



Conana o mortero fabricado en una piedra oscura.

ESQUEMAS DE CONANAS EXISTENTES EN ESTANZUELA

salieron a una a manera de terraza formada por piedras planas, sitio ideal de vigilancia y defensa, desde donde se domina hacia el norte un vasto valle, parte del Concaran, en el cual alternan hasta perderse de vista las copas de los árboles con los campos de pastoreo, las « serrilladas » al fondo, entre las sierras de Tilisarao y las altísimas de Comechingones; desde ahí un conglomerado de piedras sucesivas que asoman entre la verdura, despliega dos líneas paralelas, que se pierden luego en la espesura, como una doble defensa de fortaleza. Cuando volvieron les señalé los rastros de humo sobre el dintel del ventanal, y una voz, la del buen sentido, sentenció: « Refugio de cuatreros ». Estaba seguro de mi conjetura, pero no podía demostrarla: no me entregaba sin embargo. Quedé nuevamente solo, menoscabado en mi prestigio; pero, impelido por mi terquedad, continué el examen del lugar. Y cuando menos lo esperaba, sobre el costado izquierdo del ventanal, más o menos a la altura de los ojos, per-

cibí un dibujo en color blanco sucio, típicamente indio: dos círculos; el mayor llevaba otro concéntrico y estaba unido por un bastón, atravesado en el medio por una barra, al menor, que tenía líneas entrecortadas en el centro, tal vez representación del sol y la luna, presuntas divinidades. Respondía el dibujo a la técnica de los rupestres señalados por



Portada ^{este} de la Casa de Piedra. El arquitecto preparando el croquis. (Foto del autor).

Outes¹. Quedé un instante en silencio, conmovido por la feliz comprobación, mas luego dí un grito de llamada y acudieron todos precipitadamente. El manifiesto testimonio originó miradas bondadosas, cual si pidieran disculpas por la pasada incredulidad.

Los papeles quedaron cambiados; a mí me correspondió el sosiego después de la desazón y del acierto; los demás, en fiebre de curiosidad, huronearon impacientes, con resultados positivos, porque a los pocos minutos, a la izquierda de sobre uno de los arcos pequeños, a ochenta centímetros del suelo, en un rincón, que ofrecía la intimidad de un hogar, fue-

¹ FÉLIX OUTES, *Los Tiempos Prehistóricos en la Prov. de Córdoba* en *Rev. Mus. La Plata*, 1911.

ron individualizados dos ciervos perfectamente estilizados en un color blanquizo y fracción de un tercero, realizados con la misma técnica de los copiados por Leopoldo Lugones en las grutas del cerro Colorado en Córdoba¹, y en breve rato más, en el lado derecho del mismo arco, apareció de igual factura, pero rojiza, un ave de cola larga y forma que podría representar una charata, figura ornitomórfica, como diría Outes, que adquiere para el caso el valor de un justificativo, porque explica, autoriza o hace tolerable un tema etnográfico en una revista de ornitología. Era la certidumbre y por consiguiente el triunfo, intrascendente y minúsculo, pero con su recompensa por el fin logrado. Sin embargo se pretendió aún más; la avidez de los inexpertos arqueólogos pedía escrutar nuevos y más importantes arcanos. En el soporte que divide la galería del recinto se notó, paralela al suelo, una redondez que en su extremo tenía una rajadura circular con toda la apariencia de una tapa. «¡Un sepulcro!», dijo un optimista exaltado, y de consuno, movidos quién sabe por qué locas ilusiones — ¡Oh manes de Tutankamón! — improvisamos toda suerte de palancas para forzar, por una rendija, la tapa misteriosa. Manos, codos, hombros, luchaban, molestándose, por dar su mayor concurso en la excavación. La tapa cedía enardeciendo el empuje de los alucinados por el oculto tesoro. Cayó, por fin, ruidosamente la cubierta y apareció la roca maciza e impenetrable, desvaneciendo nuestras esperanzas. Cinco caras perplejas y diez brazos caídos fueron tácita expresión de sorpresa y desagrado: se trataba sencillamente de una costra pegmatítica², engrosada por sedimentos acumulados por la humedad de la caverna. Recibíamos de la madre naturaleza justo castigo por la ambición desmedida y la insaciable codicia.

Mas lo principal estaba conseguido. Nos encontrábamos positivamente en una « casa de piedra »; podíamos, con algún esfuerzo de la fantasía, remontarnos a dos siglos atrás, cuando los aborígenes algo hubieran recogido de los invasores españoles, y figurarnos un grupo de indios barbudos refugiados en el recinto con las mujeres e hijos, en corro junto al fogón, con una indumentaria más abrigada que cuando peleaban con Pero González de Prado, hace cuatrocientos años. Visten los hombres el *uncu*, camiseta corta a la moda peruana, y un púdico delantalillo — la *huara*; se engalanan con pulseras, collares, y valvas de caracoles adheridas al tejido, y algunos dignatarios llevan como adorno *ticas* de pluma y anchos alfileres de cobre en la cabeza. Las mujeres, envueltas en mantas, son las tejedoras, con lana de guanaco, de todas aquellas vestiduras protectoras del frío y resguardo de la honestidad. Adormecidos, en el decaimiento del vigor de la raza, hablan poco frente a la rudimentaria marmita donde humea algún cocimiento, mientras en el rescoldo se chamusca un

¹ Véase LEOPOLDO LUGONES, *Las grutas pintadas del cerro Colorado*, en *La Nación*, 26 marzo 1903.

² La pegmatita es una especie de granito de grano grueso.

costillar de venado. Los mayores intercambian con gesto ritual narigadas del polvillo de cebil sorbido a manera de excitante rapé, y algún mozo canturrea aguijoneado por la aloja de algarroba¹. En el rincón más oscuro un artífice en cucullas estampa en el muro blancas siluetas de ciervos en reposo o en marcha; en el lado opuesto del tragaluz rastro, un anciano industrioso, acurrucado en el suelo, dibuja, bajo la contemplación admirativa de un desarrapado indiecito, una charata, entrevista en sus excursiones por el norte, o tal vez aclimatada entonces en la región², y un adusto varón, de pie, diseña en la bóveda del ventanal el misterioso símbolo de los dos círculos. Añoran todos la libertad de antaño, han olvidado la pujanza guerrera; los enconosos extranjeros les tienen acorralados, sometidos a una quietud en la cual languidecen y se extinguen; saben, por sus abuelos, que antes eran muchos y temidos, y no sospechan que dentro de poco no quedará uno solo de ellos, que van a desaparecer del mundo, llevándose consigo el secreto de sus vidas y de su idioma, para confusión de unos pocos sabios descifradores de enigmas, como pasiva y única venganza contra quienes tentaron en vano domarlos. Terminada la inspección salimos de la evocadora gruta, dejando detrás de nosotros fantasmas desvanecidos, mientras un ruiñeñor lugareño entonaba, en un árbol vecino, sus trinos decididos como un canto triunfal³.

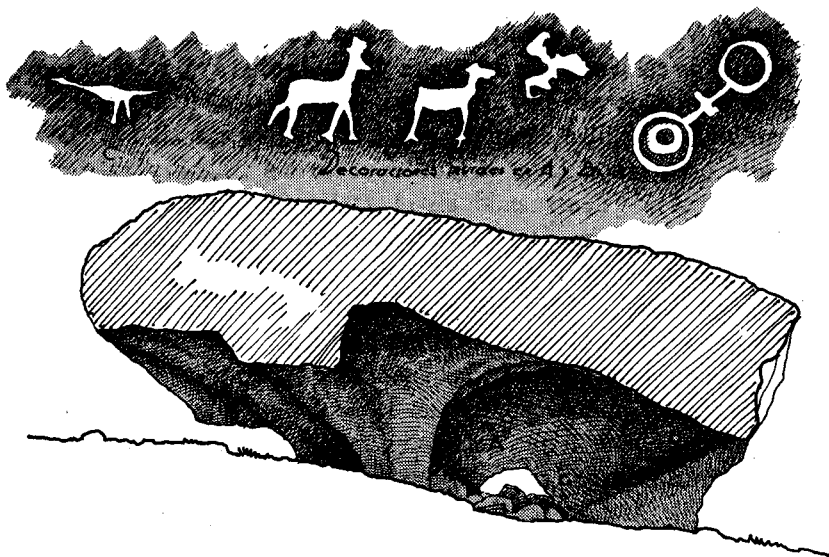
Al subsiguiente día volvimos con el Arquitecto Real de Azúa, quien levantó la planta y corte reproducidos en la lámina, que permiten apreciar la disposición de la « casa de piedra », cuya enorme masa, de un desplazamiento no menor de doscientos cincuenta metros cúbicos, está apoyada en cinco soportes, el más reducido con un diámetro de ochenta centímetros y el sostén maestro con una longitud aproximada de seis metros por otro de ancho, más una columna central de poco más de un metro de diámetro, y finalmente, en el costado norte descansa en dos sustentos que no alcanzan a un metro en su ancho medio, por tres de largo. Tan extraordinaria sobriedad constructiva motivó de parte del proyectista, mientras tomaba medidas para el croquis, una reflexión formulada con autoridad de profesor: reírse de la arquitectura gótica.

Entretanto empleaba mi tiempo en un nuevo examen de los dibujos e intenté una limpieza de las paredes, con el propósito de buscar los que pudiere haber cubiertos por la humedad y el polvo; mas en la incertidum-

¹ Véase *Relac. Geog. de las Indias*. Madrid, 1888. Relac. de Don Gerónimo Luis de Cabrera (1573); Relac. de Pedro Sotelo Narvaez (1583): « Toman por las narices el *Sebil*, ques una fruta como *Vilca*, hacenlo polvas y bebelo por las narices » y ANTONIO SERRANO, *Los Comechingones y Sanavirones*, en *La Prensa*, 29 Dic. 1940 - Mossi, *Dicc. Cast. quichua*: « plumajes de plumas o flores = *ttica* ». El caracol empleado era *Straphocheilus oblongus* (Müller), hasta de 12 cm de largo y 6 de diámetro, blanco mate y la boca rosado intenso.

² Charata, *Ortalis canicollis canicollis* (Wagler) no figura entre las aves de San Luis, pero Schulz y Doering señalanla « en las regiones-montuosas del Este de Córdoba ».

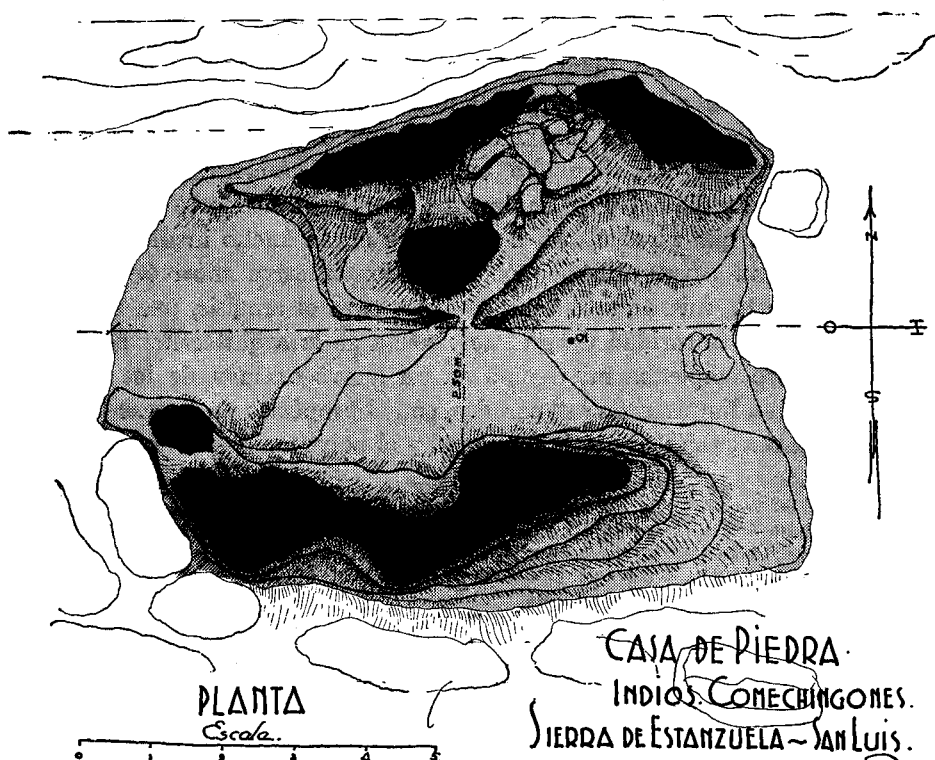
³ Ver *ut supra*: 46. Ruiñeñor, *Upucerthia certhioides lusciniæ*.



CORTE.
Escala

CASA DE PIEDRA
INDIOS COMECHINGONES.
SIERRA DE ESTANZUELA - SAN LUIS.

Enz.



PLANTA
Escala.

CASA DE PIEDRA.
INDIOS COMECHINGONES.
SIERRA DE ESTANZUELA - SAN LUIS.

Enz.

bre de no ejecutar la operación en forma apropiada y por el temor de perjudicar a los existentes resolví suspender el trabajo. Pasé entonces a una tímida remoción del suelo terroso del recinto y pude extraer algunos huesos, cáscaras calcinadas de huevos de avestruz, residuos carboníferos y dos fragmentos de tierra cocida con todo el aspecto de alfarería primitiva india, de un barro arcilloso muy inferior, con granos de cuarzo, mica y partículas de roca, y algunos otros residuos. De practicarse más profundamente el rastreo es probable se consiguieran objetos de mayor importancia.

Al caer la tarde abandonamos la « casa de piedra »; su comba clara, sobre el portal oscuro, emergía entre las breñas iluminada por los rayos del sol poniente; ya no era — disipado el misterio — la espelunca anónima y muda: sus piedras nos hablan ahora de épocas pretéritas, de una raza desaparecida para siempre; pero con todo es posible que aun guarde secretos que algún día la pericia del etnógrafo podrá desentrañar.

Cuando bajábamos la pendiente el canto de los pájaros era reemplazado por balidos gemebundos y lejanos: eran los balidos de un chivito colocado como cebo en la trampa para el puma; el pobrecillo estaba amarrado en el fondo de un corral de ramas espinosas, largo y angosto, con altura que no puede ser saltada por la fiera; en la entrada, disimulados bajo las hierbas, están abiertos los dos arcos ondeados, que a la menor presión debe cerrarse. Al llegar la noche el puma se deslizará cauteloso entre las zarzas, con paso estirado y lento, dejando impresas en el polvo la huella de sus cuatro dedos redondos y su talón alargado, sin marcar las garras; husmeará a través del cerco la codiciada pitanza, hasta dar con el portillo a través del cual percibirá el angustiado animalito, que gime su *má... má...* suplicante, como llamado de auxilio a la madre ausente. Ante la aparición del monstruo, de ojos reverberantes en la oscuridad, el corazón del infeliz chivito, sobrecogido por el terror, latirá precipitado; el receloso puma, después de volver la cabeza a uno y otro lado, para cerciorarse de la impunidad, lengüeteará famélico, avanzando por el pasadizo que ha de conducirlo hasta la engañosa carnada. Un tranco más, y queda aprisionado de una mano entre las ondas filosas de la trampa; el aire se llena de aullidos furiosos de dolor, el chivito, aterrado, no sabe ni puede saber cuánto le queda de vida, cuánto tardará en caer en las fauces de ese animal atroz que lo atisba iracundo porque lo cree el causante de su desgracia. Una noche entera de mugidos y de sobresaltos; el chivito, agotado, repite los *má... má...* desfallecientes, mientras su enemigo se debate en una lucha infructuosa por libertarse. Se aleja el puma arrastrando los diez kilos de la trampa, que va dejando un surco, intencionalmente suelta para que no ofrezca resistencia y no pueda zafarse el prisionero; se refugia en algún escondite para ocultar su impotencia y

rehacerse; pero al amanecer se presenta el peón « leonero », precedido de su jauría. Comprobada la ausencia de la trampa, los perros siguen el rastro y van dejando el suyo de cuatro dedos alargados, el talón redondo y la marca de las uñas; llegan a donde está la fiera; se alza dispuesta a defender su vida con una sola mano, ruge y gruñe a los perros, que aturden con sus ladridos, la acechan por todos lados, y en el momento en que gira para defenderse de un ataque por la espalda, el mastín especialista dá un brinco y clava sus dientes, tan acertada y enérgicamente, en la garganta del león, que éste abre sus patas, inerme, y cae como fulminado. Terminó la lucha; los perros, jadeantes, menean los rabos y trotan nerviosos, el pujante mastín resuella atragantado por pelambre sanguinolenta mientras mira con fijeza de miope a su víctima para asegurarse de que está positivamente muerta; entre tanto el chivito, aun trincado por las ligaduras, exhala, persistente, su *má... má...* sin conseguir reponerse del espanto sufrido durante toda la noche ¹.

La quejumbre lánguida resonaba en nuestros oídos cuando llegamos al bajo, donde, una delgada viborilla pálida, con nariz respingada provista de una verruga, cruzaba un sendero con gracia picaresca de ente inofensivo, pero al ser interrumpida en su fuga se irguió agresiva mostrando sus punzantes comillos; era una parienta menor de la imponente víbora de la cruz, que pocos días antes habíamos visto — larga de metro y medio, grueso el cuerpo terminado en cola aguda y corta, con escamas terrosas y las típicas manchas en doble garfio — que se hundía, pesada y lenta, en la maraña con un leve rumor de brisa, pronta a la menor alarma a levantar la cabeza amenazante como una moharra — fijas las pupilas verticales — y a expandir sus descoyuntadas mandíbulas armadas de los mortíferos glifos por cuyos canales circula el terrible veneno, que ha de inyectar a su desgraciada presa ².

En la serenidad del crepúsculo flotaba un soplo del pasado, un retorno a la naturaleza primitiva, como cuando por un desfiladero de la sierra de Comechingones — teníamos al frente el cerro Moro — cabalgaba Pero González de Prado, la pica en alto, bruñidas las armas, sobre el « cavallo alazano », llevando a su vera la esclava nicaragüense, arrebujaada sobre « el otro castaño », y seguido por la recua « de los muchos yndios a su servicio » cargados con « todas las cosas necesarias » para la empresa por tierras de barbarie, hoy florecientes campiñas donde nadie lo recuerda.

¹ Puma o león: *Puma concolor*, puma.

² Viborilla pálida = *Bothrops amodytoides* Leybold; *Bóthros* = agujero, *óps* = cara, alusión a un agujerito entre la nariz y el ojo, característica del género. *Ammos* = arena; *dytes* = zambullidor, el que se sumerge. Víbora de la cruz = *Bothrops newiedii* Wagler.

Señor Director de la Revista EL HORNERO.

Mi compañero de infancia, el Dr. Jorge Casares, a quien estimo tanto como a mí mismo, me ha hecho la crónica de unas vacaciones pasadas en « Estanzuela », pintoresca propiedad situada en San Luis.

Las referencias detalladísimas y, a decir verdad, entusiastas, me impresionaron — a fuer de poeta y paisano, porque soy criollo viejo y además rimador — al punto de incitarme a la composición de un soneto en honor de « Estanzuela ».

En consecuencia, me propuse dar cabida en los 14 versos a: los fundadores jesuítas, al rancharío con su pirca de lajas, las viñas, los nogales, las pencas, la represa magnífica y los sauces centenarios; las catitas, las diucas y las calandrias blancas, tan abundantes todas ellas, en la región, como extraordinarias cantoras las últimas; también pretendía transplantar al soneto uno que otro chañar y alguna palma y, lo que era más difícil, a los indios comechingones, con su barba, su ferocidad y sus « casas de piedra », y también, ¿por qué no?, a las « corriedales » y a las rechonchas « aberdeen angus ».

Mi amigo y perpetuo consejero me señaló, con toda prudencia, la casi imposibilidad de encerrar tantos y tan diversos elementos en un molde tan estrecho y trabajoso como el soneto. No me dejé arredrar, sin embargo, por la atinada advertencia, confiado en mi larga práctica y en mi relativa destreza. Ahí va el resultado de mi osadía; lo entrego a su juicio y benevolencia.

Hubiera sido lamentable que en ese cuadro, con pretensiones de completo, de la antiqüísima estancia, faltara nada menos que « el estanciero »; por eso he agregado un « estrambote » — de sólo dos versos — a la usanza antigua, tal cual lo practicara, alguna vez, Cervantes, cuando hacía de poeta y deseaba consignar un dato importante más, como en el presente caso.

Le ruego remita una de las dos copias acompañadas — carta y soneto — al Dr. Casares, porque me interesa su opinión y porque deseo mostrarle cómo he salido de trance tan arriesgado.

Quedo a sus órdenes,

S. S. S.

ANACLETO EL PATO.

« ESTANZUELA »

1753-1943

SONETO

En tierra otrora de comechingones
— los de « casa de piedra », trogloditas
barbudos y bravíos — los jesuítas
fundaron encaladas « poblaciones »
entre viñas, nogales y cardones,
por la pirca de laja circunscritas:
junto a limpia represa las « catitas »
cotorrean en cien sauces llorones.
Hoy pastan en los valles, retozonas,
las borregas con hebra larga y fina,
y mochas, renegridas, vaquillonas,
mientras en el palmar la diuca trina
y una calandria blanca, en los chañares,
suelta al aire un cantar de sus cantares.

ESTRAMBOTE

Ese ayer y este hoy lo usufructúa
Don Ezequiel María Real de Azúa.